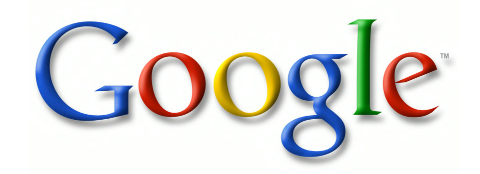
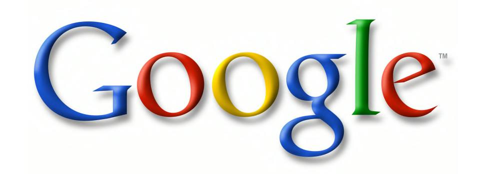
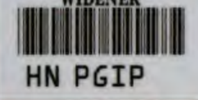





WIDENER
HN PGIP


EL QUIJOTE DE LOS SIGLOS
POR
D. E. CEBALLOS QUINTANA

EL QUIJOTE DE LOS SIGLOS.

OBRAS

DE LA

PROPIEDAD DE ESTA CASA.

Estudios sobre filosofía, por G. Tiberghien, traduccion de A. García Moreno: un tomo en 8.° mayor, 8 y 10 rs.

Historia del derech
sieur Alberto Du-Boys, ε
castellano anotada y adi
José Vicente y Caravan
20 y 24 rs.

Los mandamient
moral en forma de cateci
berghien, profesor de la
traducida por Alejo Garc

Manual del derec
las instituciones de Jus
obra traducida y adicion
dices en vista de las pri
mano, por D. José Vicen
mayor, 24 y 26 rs.

Oraciones escogid
cios de varios escritores
Demóstenes y sus obras, traducidas por Arcadio Roda:
un tomo, 14 y 16 rs.

Principios metafísicos del Derecho, por Kant, traducidos por D. E. Lizárraga: un tomo en 8.°, 10 rs.

Los Antepasados de Adan, historia del hombre fósil, traduccion de A. García Moreno: un tomo en 8.°, 10 y 12 rs.

Almanaque ilustrado del HURACAN de los años 1876 y 1877, con 51 grabados: 4 rs. cada año en toda España.

Almanaque del Gran Mundo para 1877, ilustrado y redactado por D. Ricardo Becerro, 4 rs.

EN PRENSA

C

EL QUIJOTE
DE LOS SIGLOS,

NOVELA ORIGINAL

DE

D. ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

MADRID.
ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

1876.

Á MI QUERIDO AMIGO,

EL ILUSTRADO JEFE MILITAR,

D. CÁRLOS DEL BARCO,

en testimonio de sincero y cariñoso aprecio,

E. Ceballos Quintana.

CAPITULO I.

Lucha en la sombra.

Las diez de la noche habian sonado en el reloj de la torre.

Esta torre pertenecia á la iglesia del pueblo de ***, en la provincia de Valencia.

Era el año de gracia de 187..., y corrian los últimos dias de Noviembre.

Reinaba un fuerte temporal, y el agua, á impulso del viento, azotaba las fachadas de los edificios.

Las calles estaban desiertas y sombrías.

En una de ellas, tortuosa y estrecha como la mayor parte, se elevaba una casa de piso bajo y principal, con su correspondiente terrado.

Esta casa era la última de la manzana.

Por un costado formaba grupo con las contiguas, el opuesto daba al campo.

La calle ascendia en esta direccion con prolongadas revueltas.

El terreno, lleno de sinuosidades, se hallaba á causa de la lluvia cubierto de fango y lodazales.

Poco despues de estinguidas las últimas vibraciones que lanzara al espacio el regulador del tiempo, dos bultos, avanzando con precaucion, subian al extremo de la calle.

Aquellos dos bultos pertenecian á dos hombres, embozados completamente en las tradicionales mantas del país.

Al llegar á la altura de la mencionada casa se detuvieron y conversaron algunos momentos en voz baja.

Despues, uno de ellos, adelantándose, llegó hasta la puerta y llamó, mientras el otro daba la vuelta en torno de la casa y se ocultaba entre unos escombros bajo un cobertizo, guareciéndose al propio tiempo de la lluvia.

El que estaba á la puerta volvió á repetir su llamamiento, tras un corto intervalo de espera.

Resonaron, por último, unos lentos pasos en el interior, y á continuacion el eco de una voz pausada y cascajosa.

Haremos gracia á nuestros lectores del dialecto.

—¿Quién llama?—preguntaron con visible acento de mal humor.

—Se suplica al señor doctor que haga la merced de pasar al punto á casa de mosen José; no admite dilacion ninguna.

—¿Qué le pasa á mosen José?

—A él precisamente nada, á su sobrina Clareta la há dado un accidente que hace temer por su vida; pero abra, hermano Visentet, ó dé la contestacion en seguida, que está la noche para matar á cualquier cristiano que se ponga de planton.

—Voy á llevar el recado, aunque me parece un cargo de conciencia hacer salir al señor con un tiempo como este.

—Las bendiciones de los desgraciados le acompañen y la Vírgan de los Desamparados le proteja por su mucha caridad; quédese con Dios, señor Visentet, y disimule: confío en que no le faltará á la enferma el socorro que necesita, y yo me vuelvo á casa del padre para ayudarle como buen vecino en lo que valga.

Al decir esto, el que hablaba por la parte exterior de la casa, separándose de la puerta, se deslizó á lo largo de la pared, desapareciendo en la misma direccion que el que le habia acompañado.

El que sostenia el diálogo desde el portal murmuró aun dos ó tres frases interrogatorias, y no obteniendo respuesta se calló, oyéndose á poco el rumor de sus pasos que se alejaban hácia el interior.

La calle quedó nuevamente en silencio, inter-

rumpido tan solo por los silbidos del viento y por el monótono ruido de la lluvia que continuaba con más fuerza.

Pasaron algunos minutos.

Al cabo de ellos la puerta de la casa citada se abrió y volvió á cerrar, despues de dar paso á un indivíduo.

Era este un hombre de aspecto vigoroso, aunque de edad avanzada, y principió á bajar la calle con cuanta celeridad permitia lo desigual y pantanoso del terreno.

Su rostro iba totalmente cubierto por el embozo de una larga capa, desapareciendo la parte superior bajo las alas de un sombrero hongo, que le bajaba hasta las cejas.

Cuando llegaba al centro de la calle, el hombre que habia llamado á la puerta apareció sigilosamente en la esquina de la casa.

Mantúvose allí algun tiempo en observacion, hasta que el de la capa hubo desaparecido al final de la parte baja de la calle.

Entonces se volvió, dirigiéndose hácia el que se ocultara anteriormente trás de los escombros, y que le salia ya al encuentro.

—No hay que perder tiempo,—dijo el primero en voz baja y acercándose,—el viejo anda de prisa y es preciso que antes que vuelva esté todo terminado.

—Pero ese diablo de Visentet, á quien con tu llamada ahuyentarías el sueño, estará con el oido alerta esperando el regreso de su amo.

—Visentet se habrá vuelto á dormir, pero aunque así no fuera nada debemos temer de ese cobarde; por todo el oro del mundo no hubiera abierto la puerta, aunque presumia que un prójimo se estaba calando hasta los huesos.

—Lo que me extraña es que sin conocer tu voz haya dado á su señor el aviso.

—Visentet á más de cobarde es egoista, y le importa poco que sea el demonio quien venga á pedir socorro, como él no se vea obligado á verle los cuernos.

—No es así el doctor Simon, y prueba de ello lo diligente que ha salido, á pesar de sus años y del temporal.

—Por eso mismo, y porque es hombre decidido, conviene obrar prontamente; manos á la obra y mucho tiento: si el criado vela, se le cose la boca de la mejor manera posible; y en cuanto á la señorita no hay cuidado ninguno, estará ahora en siete sueños, y á su edad no la despierta un cañonazo.

Al decir esto, el hombre que parecia ejercer la iniciativa echó á andar por la parte del campo pegado á la pared del edificio.

Su compañero por toda respuesta le siguió.

A los pocos pasos el primero se detuvo.

Acababa de tropezar con el cobertizo á que antes hicimos referencia.

A la altura de los hombros habia una reja, correspondiente al piso bajo de la casa del doctor.

—¿Que piensas, Chavalillo?—dijo el que marchaba detrás de éste, deteniéndose á su vez.

—Aguárdate aquí, Mata-suegras,—contestó el aludido;—vas á ver cómo me encaramo hasta lo alto, y en cuanto me halle arriba, corres á dar un vistazo por el camino y repites la misma operacion.

El llamado Chavalillo, al decir esto, se agarró á los barrotes que cerraban la ventana, subiéndose sobre ella con estremada agilidad.

Despues apoyándose en las hendiduras y ladrillos salientes de la pared, estendió el brazo derecho, tropezando su mano con la techumbre del cobertizo.

Asido con fuerza á uno de los estremos salientes, unió la otra mano y desprendió el resto del cuerpo de la ventana, que se hallaba separada un medio metro.

Osciló algunos segundos, y quedando á plomo hizo una flexion con la seguridad de un consumado gimnasta, ascendiendo en breve sobre los maderos cruzados, que componian, con urdimbre de paja, aquel techado provisional.

Acto contínuo Chavalillo se enderezó y dirigió una rápida ojeada en torno suyo.

Quedaba en su altura al nivel de la azotea de la casa.

Ya hemos dicho que esta se hallaba á medio metro de distancia.

El escalador se quitó sus alpargatas, y midiendo el espacio con la vista, dió un salto hácia adelante.

Cayó exactamente sobre la cornisa del terrado.

Indudablemente el hombre estaba práctico en aquella clase de maniobras.

Mata-suegras, cuando le vió saltar, volvió á la entrada de la calle observando por algunos momentos cuidadosamente.

No divisó nada por ninguna parte; la lluvia habia amenguado algun tanto, pero el viento arreciaba y la oscuridad era completa.

Satisfecho de su exámen, tornóse rápidamente, y aunque con menos destreza que su compañero, reunióse á él, empleando los mismos medios para llegar hasta el terrado.

En uno de sus extremos se destacaba entre la sombra el ángulo de pared donde se hallaba la puerta que daba paso á la escalera interior.

Mata-suegras, provisto de una ganzúa, facilitó el acceso abriendo con precaucion.

Aguardaron un momento y aplicaron el oido.

Ni el más leve rumor se dejaba percibir.

Colocaron las mantas sobre el primer peldaño sujetando la puerta, y comenzaron á descender.

Cuando bajaron un tramo, Chavalillo hizo luz con una linterna sorda que llevaba oculta.

Despues abrieron dos disformes navajas y continuaron su descenso.

Llegaron á una galería donde estaba la habitacion de Visentet.

El viejo criado comenzaba á conciliar su sueño, cuando el resplandor de la linterna hirió sus espantados ojos.

Incorporóse en el lecho y la voz espiró en su garganta al sentir en ella la punta del acero.

—Si haces el menor movimiento ó te oigo respirar siquiera, te mando al otro barrio,—le dijo al mismo tiempo Chavalillo con un acento melífluo.

Visentet quedó mudo y tembloroso y no opuso resistencia alguna.

Mata suegras le amarró fuertemente á su propia cama, mostrando en esta operacion más práctica y lijereza que en la del escalo.

El otro bandido, alumbrando con la linterna, y navaja en mano, seguia atentamente todos los detalles.

Cuando el viejo sirviente quedó atado y amor-

dazado, salieron, cerrando con llave la puerta del dormitorio.

Siguieron á lo largo del corredor, á cuyo final se veia una espaciosa sala amueblada ricamente y con buen gusto,

A la derecha de la sala habia un gabinete con alcoba.

Los criminales se dirigieron á esta, y penetraron en ella, entreabriendo con precaucion la puerta de cristales.

Una jóven descansaba en un lecho.

A la luz de la linterna, que hirió su rostro al entrar aquellos hombres, pudo verse que era rubia y hermosa y que podia contar diez y siete años á lo sumo.

Su respiracion tranquila y lo apacible de su semblante, acusaban un sueño dulce y sosegado.

Antes de que fuera interrumpido, los bandidos, arrojándose violentamente sobre ella, la amordazaron y ataron del mismo modo que á Visentet.

La jóven abrió los ojos, estremeciéndose de terror ante aquella brusca acometida; un sonido inarticulado se escapó de su garganta y quedó inmóvil sobre la cama, perdido el conocimiento.

Esta circunstancia, que esperaban, favoreció á los criminales, para la pronta terminacion de su empresa.

Una vez asegurada la jóven, volvieron por el mismo sitio á la galería y franquearon la puerta que daba paso á una habitacion próxima á la de Visentet.

Era el despacho del doctor Simon.

En pocos segundos descerrajaron y abrieron un baul, una maleta y los cajones de una mesa de escritorio.

Recogieron algunas alhajas, y de esta última una voluminosa cartera con una crecida cantidad en talones y billetes.

—Salgamos en seguida,—dijo Mata-suegras apoderándose de ellos;—no me encuentro muy á gusto en esta casa, y arde en deseos de respirar el aire libre.

—Poco á poco,—repuso Chavalillo con gran calma;—antes es preciso que ajustemos cuentas y arreglemos la parte positiva del negocio, que en tus manos,—añadió, arrebatándole la cartera,—corre el peligro de redondearse demasiado para tu sola conveniencia.

—Estamos en el mismo caso,—replicó Mata-suegras, embolsándose con aire distraido las alhajas que habian ido colocando sobre la mesa, —y pues desconfiamos mútuamente de nuestra honradez, hagamos las particiones á conciencia y desocupemos el local, antes que el pájaro vuelva al nido y haga el diablo que se enrede.

—Hagamos un último reconocimiento,—dijo Chavalillo, aparentando la misma distraccion que su compañero y ocultando entre su faja la cartera,—conviene que no se apolille nada que valga la pena en estos cofres.

Mata-suegras miró á su compañero con aire receloso, pero Chavalillo sostuvo la mirada sin pestañear y le volvió la espalda, inclinando el cuerpo para registrar el fondo de la maleta.

Una idea siniestra cruzó por la mente de Mata-suegras.

¿Por qué no habia de ser él solo el poseedor de todo lo robado?

Chavalillo estaba á sus piés, una puñalada rápida y certera podia hacerle realizar su pensamiento.

Cogió la linterna como para alumbrar á su compañero, afirmó en la diestra la navaja y dió un paso hácia él.

Chavalillo, cual si comprendiera ó adivinara su intencion, se enderezó bruscamente volviendo la cabeza.

Pero fué tal el gesto de asombro que se marcó en su semblante, tan rápida y profunda la variacion de su fisonomía, que Mata-suegras giró su vista en la misma direccion en que parecia haberse quedado enclavado su compañero.

Esta direccion era la de la puerta de entrada del despacho.

En el dintel de ella, pálida, sombría y amenazadora se destacaba la figura del doctor Simon.

Mata-suegras, alucinado por un terror supersticioso, sintióse acometido de una conmocion violenta, agitándose todo su cuerpo con un temblor convulsivo.

Cayósele la linterna de la mano y quedaron los tres sumidos en la más profunda oscuridad.

Desde entonces reinó un silencio sepulcral.

Aquellos hombres comprimian el aliento y hubieran detenido de buen grado la circulacion de la sangre y el latido de sus corazones.

Cada cual temia que el menor rumor, revelando su posicion, atrajera sobre su pecho un golpe homicida.

Los dos bandidos, sorprendidos de aquella manera, habian perdido su natural audacia.

A los dos les convenia ayudarse mútuamente contra el comun enemigo; pero ¿cómo obrar sin exponerse y sin equivocarse en medio de las tinieblas?

El doctor, por su parte, dominaba la situacion á sangre fria.

Hombre sereno y de ánimo esforzado, reunia á estas condiciones la tranquilidad de su con-

ciencia y el conocimiento exacto de la casa y de la colocacion particular de los objetos.

No podia contar con la ayuda de Visentet á quien suponia sorprendido y asegurado, así como su hija, la jóven á quien antes mencionamos.

El doctor, al presentarse de improviso ante los criminales, se habia despojado de su capa y tenia una pistola montada en cada mano.

Fácilmente hubiera podido hacer fuego sobre los miserables; pero enemigo de derramar sangre inútilmente, pensó, si no era observado, aprovechar un momento oportuno, cuando se hallasen entregados á nuevas pesquisas, para encerrarlos desde fuera en la habitacion, y llamando en su socorro, entregarlos vivos en poder de la justicia.

El diabólico pensamiento de Mata-suegras y la desconfianza de Chavalillo que hizo volver á este la cabeza y descubrirle, desbarató el proyecto del doctor.

La rápida extincion de la luz detuvo á la par su movimiento temeroso de dar un golpe en vago y quedar á merced de los bandidos.

Mata suegras estaba al lado de la mesa de escritorio, Chavalillo próximo á él, y á la puerta de la galería el doctor en el umbral de aquella.

Simon comprendió que debia desaparecer del

punto en que se hallaba y desorientar á los malvados.

Podia dirigirse á la sala, abrir un balcon y llamar en su ayuda; pero antes que fuese oido y auxiliado, tenian tiempo de lanzarse sobre él ó escapar á la persecucion por la azotea los bandidos, llevándose lo robado.

Podia asimismo salvar la puerta de la escalera, cerrar por fuera y demandar socorro; pero en este caso, además de quedarles libre la huida por el terrado y los balcones, exponia á su hija á cualquier atentado de los bandidos, si es que ya no habian perpetrado alguno.

Esta idea principalmente atormentaba el espíritu del doctor y le obligó á precipitar el desenlace de aquella siniestra y tenebrosa escena.

Al lado de la pared opuesta á la entrada del despacho, y dando frente á la mesa de escritorio, habia un sillon que el doctor ocupaba para dedicarse á sus trabajos.

Los ladrones lo habian desviado algun tanto, pero conservaba con corta diferencia su primitiva posicion.

El médico, al presentarse, habia podido apreciar este detalle.

Le importaba ponerse á cubierto y al propio tiempo dejar expuestos á sus mútuos golpes los pechos de ambos miserables.

Con esta idea avanzó con precaucion y de puntillas hácia el lado de la mesa.

Llevaba los brazos extendidos hácia adelante, con los dedos sobre los gatillos de las pistolas y dispuesto á hacer fuego en cuanto tropezasen algun cuerpo las bocas de los cañones.

El oido experto de Chavalillo sintió al momento el apenas perceptible rumor de las pisadas, y extendió la mano izquierda horizontalmente, preparado con la diestra á descargar una puñalada sobre el primer indivíduo que topase.

La mano de Chavalillo tropezó con la cabeza de Mata-suegras.

Este, al sentir el contacto, se agachó con rapidez, encogiéndose cuanto le fué posible.

Sin este movimiento, el doctor que avanzaba hácia él en aquel instante le hubiera tocado con el cañon de la pistola.

Chavalillo volvió á extender el brazo y solo encontró el vacío.

El médico tentó el sillon y se ocultó tras del respaldo guardando la espalda con la pared.

Chavalillo estaba perplejo.

No tenia duda de que alguno cruzara á corta distancia de él.

¿Pero quién habia sido?

¿A quién habia tropezado anteriormente con su mano?

¿Deberia temer de Mata-suegras lo mismo que del doctor?

A esta pregunta mental se contestó en el acto afirmativamente.

No convenia prolongar aquella situacion.

Un movimiento involuntario, un acceso de tos, la misma respiracion mal comprimida, podia determinar la direccion de una pistola ó el alcance de un acero.

Otra cosa preocupaba á Chavalillo.

¿Cómo explicarse la repentina presencia del doctor?

La casa de Mosen José estaba situada en las afueras y al otro extremo del pueblo: para llegar hasta ella, conocer el engaño y regresar, necesitaba Simon una hora más de lo que habia tardado, y esto, concediéndole una seguridad en la marcha, que aquella noche no podia ofrecer de ningun modo.

Dada su estraña é inopinada presentacion, ¿no podia estar en connivencia con la policía, por sospechas del doctor ó por traicion de Mata-suegras?

En este caso su pérdida era segura y no podia ya fiar sino en su propia sagacidad y arrojo.

Todos estos pensamientos que cruzaron rápida y simultáneamente por la imaginacion del bandido, le decidieron á jugar el todo por el todo.

Dió un paso adelante y despues otro.

Al segundo su pié tropezó contra un objeto.

Aquel objeto debia ser un cuerpo humano.

Chavalillo no se equivocaba.

Era el cuerpo de Mata-suegras, que permanecia encogido, en la misma posicion que adoptára al sentir el contacto de la mano en su cabeza.

El doctor, que habia sentido el primer paso del bandido, se aprestó á disparar desde detrás del sillon al primero que se le acercara.

Chavalillo levantó el brazo y asestó una puñalada hácia el lugar en que suponía hallarse un indivíduo.

Por segunda vez su movimiento se perdió en el aire.

Mata-suegras, á impulsos del temor, al sentirse tocado por el pié y no atreviéndose á levantarse, palpó la mesa y se arrastró como un reptil por debajo.

Calculó que colocándose entre ella y la pared tendria una doble defensa natural, y cuando se creyó llegado al lado opuesto, se alzó súbitamente asegurando la navaja.

La distancia recorrida era exactamente la propuesta; mas al incorporarse, en su aturdimiento, olvidó las partes salientes de la mesa, dándose un fuerte golpe en la cabeza y lanzando

una exclamacion de dolor, que no le fué posible contener.

Estos dos sonidos marcaron la direccion al médico.

Descerrajó ambos tiros á la vez, apuntando con una pistola hácia la puerta del despacho y con la otra al lado de la mesa donde acababa de oir el golpe y la exclamacion.

La bala de la primera pistola se incrustó en la pared opuesta de la galería, la segunda se alojó en el pecho de Mata-suegras.

Este, herido gravemente casi á boca de jarro, lanzó una horrible imprecacion y cayó como una masa inerte sobre el pavimento.

Chavalillo, al doble resplandor de los fogonazos, apercibió la puerta de salida y afirmando la cartera que antes ocultara, se lanzó á la galería en direccion de la escalera que le habia servido para descender.

CAPITULO II.

Un mártir de nuestros dias.

Al pasar por la Puerta del Sol, el señor Calleja, calándose las antiparras, dirigió una mirada á la esfera del reloj colocado en el Ministerio de la Gobernacion.

Eran las seis de la tarde y hacia una hora que habia anochecido por completo.

Infinidad de transeuntes cruzaban la espaciosa plaza en distintas direcciones.

Nuestro indivíduo apretó el paso, subió la calle de la Montera y por la de Jacometrezo penetró en la de Tudescos.

Sentia vacilar sus piernas, su vista se extraviaba y el frio que se hacia sentir con extremado rigor, le ocasionaba una sensacion penosa.

Indudablemente, la gran mayoría de los que pasaban al lado suyo se dirigia á sus hogares,

para practicar con acostumbrada regularidad, uno de los más esenciales actos de la vida.

Aquellos semblantes satisfechos y aquellos ademanes vivos y resueltos, hacian afirmar á nuestro hombre en su creencia.

No hubiera titubeado un solo instante en jurarlo.

Aquellas bocas sonrientes, decidoras y expresivas se preparaban á comer.

Calleja hacia mucho tiempo que no habia podido conjugar la primera persona del presente de indicativo de este verbo.

Y eso que poseia la gramática á la perfeccion.

No solo la gramática, sino la retórica y poética, la historia sagrada y la profana, las matemáticas, el latin, el griego, otros excesos menores.

Pero toda esta sabiduría no era nada en comparacion del gran problema que habia comenzado á resolver.

El problema de vivir sin alimentarse.

Es verdad que el estómago de Calleja no era estómago de hombre político ni mucho menos.

Pertenecia á la más asombrosa especie de las conocidas.

A la especie de estómagos de maestros de escuela de provincias.

El Sr. Calleja tenia la *debilidad* de pertenecer á esa inverosímil é ilustrada clase.

Llegado que hubo hácia el centro de la calle de Tudescos, entró en el portal de una vieja casa y comenzó á subir escaleras hasta que no hubo más.

En la última meseta, y á derecha é izquierda, se estendian dos galerías que daban al patio de la casa.

En ambas algunas puertas numeradas abrian paso á otras tantas guardillas vivideras, aunque inhabitables, á pesar de su nombre.

La especulacion de los caseros y la tolerancia de las autoridades llega, en nuestros tiempos, á un extremo inconcebible.

El maestro de escuela dió dos golpes con la mano sobre la puerta señalada con el número tres.

Algunos momentos despues quedó la entrada franca.

La que acababa de abrir la puerta era una mujer hermosa.

De diez y ocho primaveras, ojos rasgados y negros, velados por largas y sedosas pestañas, tez blanca y delicada, talle esbelto, seno levantado y turgente, mano breve y torneada, y cabellera espléndida de bellas gradaciones que formaban un magnífico conjunto: aquella jóven cautivaba los

ojos, enloquecia el alma y atormentaba los sentidos, ante la impresion del amor y la sensacion de los deseos.

Su sonrisa erá provocativa y voluptuosa; sus lábios rojos, húmedos y lascivos, semejaban el nido del deleite, y sus miradas de fuego arrojaban en corrientes magnéticas emanaciones de placer.

Su traje era modesto, pero vestida con presuncion, con elegancia, formaba contraste con la miseria de la estancia en que se encontraba y con el triste aspecto de la demacrada figura del señor Calleja.

Era hija única de este y hacia algunas semanas que ambos habian venido á la córte, procedentes de un pueblo de la Alcarria.

En él habia ejercido su cargo durante algunos años el Sr. Calleja.

A pesar de su erudicion y sus estudios, el maestro no acababa de comprender el progreso de la época.

A medida que el tiempo trascurria, empeoraba la situacion económica y social.

Por lo menos, en lo referente á su clase, esta situacion llegaba al último límite.

El oro habia llegado á ser un metal olvidado por los profesores antiguos y desconocido por los modernos.

De la plata se guardaba aun la tradicion de su existencia.

De la calderilla se conservaba la memoria.

Calleja, en los primeros años del ejercicio de su profesion y merced á los donativos del vecindario, ayunaba uno ó dos dias á la semana y comia los demás.

Despues, cuando las cosas fueron cada vez peor, se invirtieron fatalmente los términos de esta proporcion.

Es decir, comia una ó dos veces cada siete dias, y ayunaba los restantes.

El buen maestro era viudo, y no se hubiera apurado seguramente si solo hubiera tenido que atender á su persona.

Pero la salud y la existencia de Ernestina, su hija, formaban su constante preocupacion.

Calleja ideó un recurso.

Subdividia el alimento de los dos en una série de raciones destinadas exclusivamente para Ernestina y que hacia durar á fuerza de método y cuidados.

De este modo la jóven podia sostenerse.

El sábio acudia á sus autores favoritos, inundaba su mente de ideas filosóficas y de razonamientos morales.

Pero todo esto, embrollando su imaginacion, no llenaba el menor vacío de su estómago.

El maestro acudió á un sistema.

Al sistema de la alimentacion con vejetales.

Salia fuera del pueblo y recorria el campo en todas direcciones y á las mayores distancias que le permitian sus escasas fuerzas.

A fuerza de observacion, de necesidad y de estudio, llegó á tener un conocimiento exacto de las raíces más nutritivas, de las plantas más harináceas y sustanciosas.

Calleja se atracaba de yerbas que daba compasion.

Su semblante tomaba el color de la lechuga, su respiracion simulaba el ruido de las hojas secas, y su conversacion tomaba giros extravagantes, amenazando una triste perturbacion en sus ideas.

Ernestina vió que se acercaba la catástrofe.

Su padre se aniquilaba por momentos.

El sistema vejetal no era suficiente para restaurar sus fuerzas.

Al propio tiempo, ella tenia conciencia de su hermosura, de su ambicion y de su fuerza de voluntad.

Queria ser rica, brillar por su belleza y sus atractivos, y no esponerse á perder su frescura y sus encantos por la demacracion de una abstinencia forzosa.

Era preciso, á todo trance, buscar un modo

de vivir, de salir de aquella horrible situacion.

La jóven dominaba á su padre por completo, y desde la muerte de su madre no habia otra voluntad que su capricho.

Indicó al maestro la conveniencia de marchar á Madrid y sentarse á la mesa en el gran festin del presupuesto.

Con osadía y con recomendaciones podia obtener algun destino y cambiar radicalmente su posicion.

El hombre-yerba accedió á los deseos de su hija, y derramando amargas lágrimas, vendió á Horacio, á Virgilio y algunos otros autores apergaminados.

Con los escasos recursos que allegó se trasladó á la corte.

Pero para conseguir su objeto tenia esceso de lo que no necesitaba y carecia de lo que le era más preciso.

Le sobraba en aplicacion y buena fé lo que le faltaba en proteccion y descaro.

Las pocas recomendaciones que habia podido agenciarse no le produjeron resultado alguno.

Sus huesos estaban demasiado visibles y su traje demasiado raido para ser atendido por una sociedad que rinde tan solemne culto á las apariencias y al dinero.

Pasaban los dias, perdíanse las esperanzas, y

ni aun le quedaba á Calleja el recurso de los vejetales.

En Madrid no hay otro campo que el del Moro.

Ernestina tuvo que hacer algo por la vida, cosiendo para una sastrería, y ganando un jornal miserable despues de trabajar todo el dia y mucha parte de la noche.

Esta situacion no era la que habia soñado la ambiciosa jóven.

En sus salidas para ir al obrador á recoger y llevar la costura, habia tenido ocasion de fomentar y dar pábulo á sus aspiraciones.

El vicio siempre encuentra cabida al lado de la hermosura, cuando esta se halla acompañada por el orgullo y por la vanidad.

Tal era la situacion de nuestros dos personajes, en la ocasion en que los hemos dado á conocer.

Ernestina, sentada al lado de una vieja mesa de pino, sobre la que se hallaba, dando su escasa luz, un velon antiguo de metal, tenia abandonada su labor en el momento en que su padre habia llamado á la puerta de la galería.

Al verle entrar con el semblante sombrí[illegible] despertó á la triste realidad de su existen[illegible] liendo de la dorada esfera que recorri[illegible] brillantes ensueños.

—¿Qué noticias trae usted?—le preguntó á pesar de esto, cediendo á la fuerza de la costumbre.

—Siempre lo mismo,—respondió el maestro con acento lúgubre, dejándose caer sobre una desvencijada silla.

—Es decir, promesas y solo promesas; farsa, y siempre farsa,—exclamó la jóven con enojo,—y mientras tanto nuestros recursos se acaban, la miseria penetra en nuestra morada, y el hambre habita á nuestro lado, ni más ni menos que en el pueblo.

—Dios mejorará sus horas, hija mia,—dijo Calleja lanzando un suspiro y manifestando un ánimo que estaba muy lejos de sentir.

—Pero es preciso que nosotros pongamos de nuestra parte lo que nos sea posible, y que no despreciemos las ocasiones que se nos presenten para salir de este triste estado.

—¿Qué quieres decir con eso?—repuso el maestro con severidad, fijando su mirada en la mirada de Ernestina.

—Quiero decir,—contestó la jóven con el mayor aplomo,—que estoy cansada de tanto sufrimiento, que mi juventud se marchita y mi porvenir se oscurece cada dia más en esta senda del trabajo y de la austeridad.

—Pero este es el único camino que se nos ofrece, no tenemos otro que seguir.

—Sí, padre mio, hay otro que proporciona resultados más positivos.

—No te comprendo, esplícate con precision.

—Es el camino que varias veces le he indicado. Su edad de usted y sus contínuas privaciones le hacen carecer de la actividad y del vigor necesario para un trabajo corporal. La ventajosa colocacion que usted debiera obtener por sus conocimientos no llega á proporcionarse por carecer de influencias, su salud se resiente cada dia más y yo no tardaré en perder la mia á fuerza de trabajo y por falta de aire y de alimentos.

Ese caballero que me persigue con sus galanteos es el conde de Mina de Oro, segun me ha dicho una compañera de obrador; ¿por qué no he de prestar oido á sus palabras? ¿Seria el primer caso de un matrimonio desigual en posicion?

Ese señor ha perdido ya su juventud; yo conservo la mia, y, segun dicen, una regular belleza; ¿por qué no he de sacrificar mi gusto para asegurar nuestra tranquilidad y nuestro porvenir?

El señor Calleja sufrió horriblemente al oir espresarse á su hija de este modo.

Conocia su carácter y sus inclinaciones, y temblaba á la idea de que diera algun dia el primer paso por la senda del mal, fascinada por el explendor de la riqueza.

Por otra parte, él, que la adoraba, no podia proporcionarla el bienestar que hubiera deseado; la veia consumirse y languidecer con sus penosas tareas y perdia la esperanza de realizar por sus medios un cambio favorable.

El maestro de escuela sostenia en su corazon una violenta lucha.

La voz de la razon y del honor, sin embargo, se dejaba escuchar con fuerza sobre la manifestacion del sentimiento.

—Hija mia,—la dijo con gravedad y dulzura, —si las palabras del hombre á quien te refieres fueran ciertas, y prestando atencion á ellas se realizara esa union inconcebible en estos tiempos, labrarias la base de tu futura desgracia, á menos que ese sujeto se hallase adornado de todas las virtudes que los hombres de cierta esfera están muy lejos de reunir en su inmensa mayoría.

Pero si como es probable, el intento suyo estriva en burlarse de tu credulidad abusando de nuestra precaria situacion, entonces ya no es la base de tu infelicidad la que fabricas, es la desgracia misma que nos abrumaria con su peso, sepultándonos en el abismo de la deshonra y la desesperacion.

No es posible que un hombre de su clase haya fijado sus ojos en tí con buen propósito.

La dicha no se funda en la riqueza, ni la paz del alma se adquiere con el bienestar del cuerpo.

Por mi parte te conjuro á que deseches semejantes ideas.

A pesar de mi ciego cariño, renegaria de él si algun dia menospreciaras sobre este punto mis consejos.

Dios no abandona nunca á los que en su bondad confian; quizá las pruebas porque estamos pasando tengan pronto fin, y solo conservando incólume nuestra dignidad podemos aspirar á la tranquilidad futura.

Yo salgo de nuevo á practicar mis gestiones, siento renacer mi energía ante la idea del peligro, y mi constancia y mi fé no podrán menos de dar un resultado provechoso.

Piensa bien en mis palabras, que son la espresion del más desinteresado y verdadero de todos los afectos.

Diciendo esto, el maestro de escuela se levantó encasquetándose el raido sombrero, y besando la frente de su hija salió del aposento antes de que estallara su emocion.

Cuando salió á la galería, se desbordó su sentimiento.

Sus ojos se inundaron de lágrimas, y bajó la escalera conteniendo los sollozos que se escapaban de su pecho.

El buen Cálleja habia manifestado ante su hija un valor de que carecia por completo.

¿Qué paso podia dar si se le presentaban intransitables todos los caminos?

El pobre viejo salió á la calle con el abatimiento en el cuerpo y la duda en el espíritu.

Ernestina, cuando se vió sola, dió rienda suelta á su desesperacion.

Lloró largo rato, y sintió cruzar por su mente mil ideas encontradas.

Por fin, se serenó algun tanto; enjugó sus lágrimas, y abrió la ventana de la boardilla para respirar algunos momentos el aire libre.

La noche estaba fria y despejada.

Ernestina, asomada á la ventana, dominaba su tejado, así como muchos de la vecindad.

En el de la casa de enfrente habia otra ventana que correspondia igualmente á una boardilla *vividera*.

Cuando Ernestina abrió la suya, se hallaba asomado en la ventana opuesta un jóven como de veintiocho años de edad.

Al ver á la jóven, se dibujó en su semblante una expresion de alegría.

Ernestina, por el contrario, mostró en el suyo una expresion de disgusto y se retiró hácia atrás para cerrar.

El jóven le hizo seña de que se aguardase.

Ella accedió instintivamente.

Su vecino se ocultó por un momento, volvió á asomarse, y háciendo una indicacion á la jóven para que se apartara á un lado, arrojó un objeto que vino á caer en el interior de la habitacion, y desapareció acto contínuo de la ventana.

Ernestina cerró la suya, y se inclinó para recoger el objeto lanzado por el jóven, excitada su femenil curiosidad.

CAPITULO III.

De qué manera puede prosperar un hombre y adquirir reputacion una mujer.

Eleuterio Llorente era un muchacho aprovechado.

Lo que se llama un chico listo, en toda la estension de la palabra.

Hijo de unos honrados horteras de provincia, se trasladó á Madrid terminadas las asignaturas del Instituto, para seguir cursando sus estudios en la Universidad Central.

Adquirió los títulos de bachiller en teología, de licenciado en letras y de doctor en Derecho.

Como se vé, nuestro jóven habia tocado varios palos.

Pero no encontraba el registro que buscaba.

El modo de hacerse rico y de brillar.

Al cabo dió con el quid.

Dos sendas se le presentaban como de fácil

acceso y á su final dos figuras le mostraban sonriéndole afectuosamente el horizonte dorado de su porvenir.

Las dos figuras eran la *mujer* y la *política*.

Las dos sendas la adulacion y la osadía.

Eleuterio se dedicó á la política por cálculo, á la mujer por especulacion.

Empleando sus dos medios, siendo á la vez ó sucesivamente adulador y osado, logró ingerirse en la redaccion de un periódico ministerial.

Cambió el gobierno y nuestro periodista cambió prudentemente su manera de pensar.

Una nueva variacion en las esferas del poder la introdujo igualmente en las ideas de Llorente con toda oportunidad.

Con tan felices disposiciones no podia menos de obtener su recompesa.

El periodista recibió un empleo proporcionado á sus méritos.

A cada cambio de poder cambiaba de color, cual los camaleones, y como estos animalitos, aseguraba su presa con extraordinaria rapidez poniéndose al acecho.

Su desfachatez y su ignorancia aumentaban simultáneamente á medida que ganaba en posicion.

Para deslumbrar con esta era preciso frecuentar los altos círculos.

Y para asegurarla necesitaba la proteccion de una mujer.

De una mujer hipócrita y vanidosa que necesitase de la trompeta de la fama, ó lo que es lo mismo, de la prensa, para pregonar sus quiméricas virtudes y sus mentidas cualidades.

Llorente encontró su tipo.

Lo encontró en la duquesa del Bombo, rancia jamona, de dudosa historia, y que queria cubrir los puntos negros de su tenebroso pasado con las deslumbradoras apariencias del presente.

Su orígen era plebeyo, como lo eran su conversacion y sus maneras, á despecho de su aristocrática metamórfosis.

En sus juveniles años habia poseido una hermosura excepcional, una hermosura provocativa é incitante, que habia sabido aumentar con el incentivo del lujo y de la coquetería.

¿De dónde provenia su título y su fortuna?

Los que pasaban por mejor enterados, aseguraban que esta última la debia á un lord inglés, que desesperado de su vida la prolongó ocho dias más con los halagos de la hermosa, á quien legó toda su fortuna antes de colgarse del árbol que habia elegido para terminar su spleen. Respecto al título, se aseguraba que habia contraido enlace, con el solo objeto de heredarle en *artículo mortis*, con un noble arruinado, viejo y

achacoso, quien en este último trance llegó á concebir risueñas esperanzas para el logro de sus deseos con la bella á quien inútilmente pretendia.

La verdad del caso era, que aunque la maledicencia se cebaba desapiadadamente en la vida anterior de la duquesa, no sucedia lo mismo con la de la actualidad.

Es más, citábanse rasgos que hacian su completo elogio.

Rasgos benéficos dignos de ser conocidos é imitados.

Y era que la duquesa, como hemos dicho, queria cubrir las deformidades del pasado con las deslumbradoras apariencias de la actualidad.

La publicidad hecha en el seno de la confianza y de la amistad, no bastaba, sin embargo, para satisfacer los deseos de la duquesa.

Muchas veces la envidia ó el encono podia ocultar con mala fé ó desfigurar con intencion torcida la realidad de los hechos.

Necesitaba más ancho círculo para difundir sus actos.

Cuando conoció á Llorente, encontró en el audaz periodista el complemento que necesitaba para conseguir su fin.

El por su parte, la facilitó el camino.

Habia penetrado su deseo desde el primer momento:

El primer acto de filantropía ejercido por la duquesa, fué conocido por el jóven con todos sus detalles.

Al siguiente dia la prensa toda los reproducia en un expresivo suelto, redactado por él con la galanura de estilo de que era susceptible.

La reputacion de la duquesa comenzó á crecer como la espuma.

Algunas semanas despues, el empleado recibia un nuevo ascenso, que él asimismo, con otro suelto, cuidaba de justificar ante la opinion.

Conforme llegaba á la realizacion de sus ensueños, el carácter de Llorente descendia de adulador á bajo, de bajo á rastrero y degradado.

Tenia siempre el temor de perder lo que con tanto afan habia conquistado.

Un dia recibió Llorente aviso de la duquesa para presentarse en su casa.

Le pagaba con usura, pero le hacia servir como un criado.

El camaleon acudió puntualmente, como de costumbre.

La duquesa, en elegante *deshabillée*, se hallaba en un precioso gabinete muellemente reclinada en un magnífico divan.

Hízole seña á Llorente para que tomara asiento.

—Voy á casarme,—le dijo sin más exordio y con acento natural.

El periodista se admiró, pero creia que se hallaba en el caso de aplaudir sin demostrar extrañeza.

—Es una cosa bien pensada,—repuso,—y no dudo que será muy envidiado el feliz mortal en quien la señora duquesa haya fijado su eleccion.

—Se necesita que lo seamos los dos,—añadió la jamona mirándole con expresion.

—¡Los dos!—repitió Eleuterio sin atreverse á interpretar la frase y la mirada.

La duquesa prorumpió en una carcajada estrepitosa.

—Mi futuro esposo y yo,—añadió con acento jovial, gozándose en la turbacion de Llorente,—creo que mi deseo no se halle en desacuerdo con la lógica.

—Perdone usted, señora,—dijo el empleado queriendo reparar su momentáneo aturdimiento;—creí al pronto que no habria hombre bastante digno de usted para que excitase usted la envidia con solo tomar su nombre.

El juego habia sido sostenido con la habilidad de un consumado adulador.

—Es V. un hombre de ingénio, preciso es confesarlo,—exclamó la duquesa con acento satisfecho,—por lo mismo debe V. emplear toda su agudeza en complacer á los amigos.

—Mi pobre inteligencia y mi voluntad están siempre á la disposicion de la señora duquesa.

—El hombre que ha solicitado mi mano, llega á mí precedido de una reputacion un tanto equívoca.

—Calumnias, sin duda; siempre lo mismo el corazon humano.

—Yo tambien fuí atacada en una época, hasta que mis actos confundieron á mis enemigos.

—Eso fué una infamia, señora, ¿pero de qué motejan á su presunto marido?

—Dicen que antes de entrar en el gran mundo era un simple comerciante.

—Y aun cuando así fuera, la profesion es noble como la que más.

—Añaden que anduvo en negocios no muy limpios.

—Chismografía, falsedad, envidia.

—Que contrató con los gobiernos en beneficio propio, con usura.

—Esto último será exajeracion, lo primero es natural y hasta meritorio.

—Se le acrimina por su conducta con algunas jóvenes de la clase proletaria.

—Caprichos disculpables en una elevada posicion, y en la edad de los amores.

—Respecto á la edad, ha pasado ya de los cuarenta.

—Reminiscencias del pasado, disculpable, siempre disculpable.

—En cambio tiene á su favor algunas honrosas circunstancias.

—¡Oh! veamos, sepamos al fin en qué le rinden justicia.

—Es elegante y derrochador.

—Lo creo muy bien, señora.

—Ha tenido cinco duelos, saliendo en todos victorioso.

—¡Imcomparable! ¡magnífico!

—Posee la biografía de los artistas más notables, hace música y política.

—Eso era suficiente para labrar una reputacion.

—Es necesario que esta se consolide en todos los terrenos, que se desvanezcan todos los rumores sobre esas reminiscencias, como usted las llama, del pasado.

—Perfectamente comprendido.

—Desde hoy en adelante su nombre podrá figurar asociado con el mio en algunas obras de beneficencia pública y privada, á la que desde luego se inclina, siguiendo mis aspiraciones y las suyas propias.

—Será usted enteramente complacida; ahora solo me resta saber el nombre de la persona á quien debo dedicar, en union con usted, mis especiales atenciones.

La jamona iba á desplegar sus lábios, cuando levantándose con precaucion el portier que cubria la entrada del gabinete, un criado vestido con magnífica librea apareció en el umbral.

—El señor conde de Mina de Oro,—dijo inclinándose con respeto,—solicita tener el honor de saludar á la señora duquesa.

—Que pase el señor conde,—dijo la interlocutora de Eleuterio,—y volviéndose hácia éste añadió en voz baja:

—Ese es el nombre que precisamente iba yo ahora á pronunciar.

Llorente conocia lo bastante al futuro esposo de la duquesa del Bombo, para comprender lo árduo y peligroso de la tarea que se habia comprometido á desempeñar.

Nuestros lectores recordarán tambien, que el personaje aludido, era el mismo de quien habia hecho mérito Ernestina, en la conversacion sostenida con su padre en el interior de la boardilla número 3 de la calle de Tudescos.

CAPITULO IV.

La décima Musa.

Comenzaba á oscurecer.

Una espesa niebla se extendia por las calles de la populosa villa.

Los transeuntes no se veian unos á otros á diez metros de distancia.

Habíanse encendido los faroles mucho antes de lo acostumbrado.

Sus luces y las de los carruajes y edificios públicos aparecian cual pequeños puntos luminosos, fijos y móviles entre aquella densa oscuridad.

El Guadarrama acariciaba con su helado soplo la ciudad del Manzanares, y sus habitantes evitaban en lo posible ó arrostraban con infinitas precauciones su mortífero contacto.

Era al siguiente dia de aquel en que el señor

Calleja, física y moralmente abatido, habia aconsejado á su hija con la voz de la razon y del honor.

Un jóven como de veintiocho á treinta años, con la levita abrochada hasta el cuello, y ciñéndose alrededor de este un deteriorado tapabocas de lanilla, salia de la oficina de la estacion central de telégrafos.

Atravesó la Puerta del Sol, y con paso rápido subió por la calle de la Montera, tropezando con más de un indivíduo y sin detenerse á escuchar ni importársele un ardite, las exclamaciones que motivaban su carrera.

Llegó á la calle de Tudescos y penetró en el portal de una casa situada enfrente de la en que tenia su albergue nuestro maestro de escuela.

El jóven ascendió á tientas hasta el sotabanco, y de igual modo buscó una puerta, sacó una llave del bolsillo y abrió.

Entró, cerró una ventana, encendió un quinqué, que habia sobre una mesa, y guardó en el cajon de ésta varios papeles y recibos de expedicion de telégramas.

La habitacion, con el techo algo inclinado, se componia de tres piezas.

Una sala, una alcoba y la cocina.

En la sala habia cuatro sillas de paja, la mesa cubierta de papeles y recado de escribir, una

jaula con un jilguero y un estante lleno de libros y de manuscritos.

En la alcoba dos camas, una silla y un palanganero.

La cocina estaba desprovista de toda clase de menaje.

En vez de los utensilios del arte culinario, figuraban, colgadas de clavos en las paredes, colecciones de periódicos políticos y literarios de la córte.

El suelo estaba desnudo, y esto, unido á la carencia de lumbre, hacia que se dejase sentir el frio con exceso.

El recien llégado comenzó á dar paseos de uno á otro ángulo de la sala.

Al verle salir de la oficina de telégrafos dijimos que era jóven.

Añadamos que su aspecto era simpático y su fisonomía franca y expresiva.

Llamábase el jóven Luis Ramirez, era poeta, y no teniendo opcion al presupuesto para comer, se agenciaba algun trabajo, llevando alcances de noticias y telégramas á varios periódicos, y enjaretando de vez en cuando algun juguete cómico ó algun folleto de actualidad.

Tenia un buen talento natural y recomendables dotes como escritor festivo; pero á pesar de ello y de su constante trabajo, no ganaba lo

bastante para luchar con ventaja contra la décima Musa, que sin ser llamada, se habia entrado por la puerta de su casa, é instaládose en la habitacion.

Larra hizo ya público el nombre de esta Musa que tan fácilmente se prodiga en los hogares de los bardos de la época.

Aquellas nueve que antiguamente los inspiraban son pocas hoy, dados los adelantos del dia.

Y los pobres hijos de Apolo han descubierto el complemento necesario.

La décima Musa es la Miseria.

Los poetas vierten perlas de su pluma, crean bosques de esmeralda, rios de plata, sueños de oro, cielos y nubes de brillantes, de zafir y de topacio, y en cambio de tanta riqueza como arrojan al mundo con esplendidez, reciben de él una sonrisa burlona ó una frase compasiva.

¡Y mientras, se contemplan ellos sin hogar, ó el hogar sin lumbre, ó la lumbre sin puchero, ó el puchero sin garbanzos!

Luis Ramirez se hacia estas reflexiones paseando de uno á otro extremo de la habitacion para ahuyentar el frio.

Algunas veces se detenia junto á la puerta de salida y aplicaba algunos momentos el oido.

Esperaba y se impacientaba á medida que el tiempo trascurria.

Otro compañero compartia con él aquella pobre vivienda y las penalidades de su azarosa vida.

El compañero era tambien poeta, pero sentimental y filosófico.

Llamábase Marcelino Perez, y por lo breve y sentencioso de sus frases, así como por la discrecion de sus juicios, era conocido entre sus compañeros con el sobrenombre de *Salomon*.

Luis Ramirez tambien habia sido confirmado por un bohemio de buen humor.

El nombre de *Gacetilla* aplicado por él á Luis Ramirez fué recibido entre la gente de letras con universal aplauso.

Su mision de traer y de llevar noticias, su ingénio cómico y su carácter espansivo y decidor se avenian perfectamente con aquella denominacion.

Los dos amigos aceptaron aquellos motes como pseudónimos para dirigirse al público, se connaturalizaron con ellos y acabaron por prescindir de su verdadero nombre.

Nosotros seguiremos el ejemplo designándolos en adelante por sus calificativos.

Nuestro jóven, como hemos dicho, se impacientaba esperando á Salomon.

Habia este salido aquella tarde con objeto de empeñar su capa, la capa de los dos, porque eran

bienes comunes, y algunas de las mejores obras de su modesta biblioteca.

Atravesaban una de las peores épocas.

Salomon habia escrito una obra filosófica, de un pensamiento altamente trascendental y provechoso.

Olvidando que se hallaban en España, se decidieron á publicarla por su cuenta y arrostrar el resultado.

Este fué fatal, contra sus seductoras esperanzas.

No se vendia un ejemplar, y los gastos de la tirada los arruinaban para tiempo indefinido.

Salomon, en vista del éxito, pronunció una lúgubre disertacion sobre el estravío y la corrupcion del buen gusto literario y de las costumbres.

Gacetilla improvisó un epígrama picante sobre sus compatriotas contemporáneos y contra todos los gobiernos pasados, presentes y futuros.

Desahogaron su mal humor, pero se quedaron sin comer.

La política estaba paralizada, los teatros languidecian, los periódicos sucumbian en la flor de su edad, y Gacetilla apenas hallaba alguna que otra ocasion de desplegar las buenas dotes de su actividad y de su ingenio.

Hubo que adoptar por único recurso el sis-

tema de ventas y de empeños, despues de haber agotado el escaso de adelantos á cuenta por sus producciones literarias.

El dia en que los damos á conocer habian salido de su casa los dos amigos á las diez de la mañana.

Ambos pensaban almorzar por cuenta agena.

Gacetilla se presentaria de improviso en casa de un cura párroco, tio suyo, y á quien solo acudia en los casos extremos.

Llevaba prevenidas, para catequizarle, unas magníficas redondillas dedicadas á Moisés en su paso por el Mar Rojo, al frente del pueblo hebreo, huyendo de Faraon.

Salomon, despues de empeñados los libros y la capa, y ocultando su producto, se lanzaria en busca de una antigua patrona, vieja verde, á quien debia algunos cuartos y que en circunstancias críticas solia proporcionarle algunas magras de carne, bajo un monte de patatas, á cambio de algun reclamo, ó anuncio en los periódicos, de su acreditada casa de pupilos.

Salomon, para asegurar las magras, llevaba redactado un artículo de fondo ponderando los encantos de aquella mansion de penitencia.

El plan de Gacetilla fracasó.

Su tio el cura habia marchado la víspera á un pueblo inmediato, encargado de pronunciar

un sermon, panegírico del santo tutelar, en la funcion que motivaba.

El ama habia salido por la mañana muy temprano, recomendando al portero el cuidado de la habitacion y advirtiéndole que no volveria hasta la oracion.

Gacetilla se desesperó, pasó el dia formando castillos en el aire y yendo al telégrafo á trasmitir algunos partes á varios periódicos de provincias.

Mas á todo esto sin probar bocado, lo que justificaba su impaciencia por el regreso de Salomon.

Al fin, éste apareció.

Tenia tambien una llave de la puerta; pero Gacetilla no le dió tiempo, lanzándose á abrir en cuanto sintió sus pisadas por la escalera.

Así que vió á su compañero, se le cayó el alma á los piés.

Traia la misma capa que habia llevado, y el semblante mustio y ojeroso.

Gacetilla se quedó sin fuerzas para hablar.

A su gesto interrogativo, contestó el otro lanzando un suspiro:

—¿Qué significa esto?—preguntó Gacetilla finalmente.

—La capa estaba apolillada,—dijo Salomon con acento lúgubre, quitándosela y colocándola sobre una de las camas.

—¡Apolillada!—repitió el autor cómico dando un paso atrás;—¿y tienen valor de no admitirla por una circunstancia que atestigua sus dilatados servicios?

—Así es el mundo,—murmuró Salomon con gravedad,—de nada sirven los méritos pasados si no revisten las buenas formas del presente.

—Pero, ¿y los libros?—dijo Gacetilla alentando con una nueva esperanza;—supongo que sobre ellos no habrán titubeado en adelantarte alguna suma.

Salomon sacó una peseta, que presentó á los ojos de su amigo.

—¿Es eso todo?—exclamó este con ademan angustioso.

—Me he comido otra peseta, ó mejor dicho, me la he almorzado, impelido por la necesidad y el disgusto recibido.

Gacetilla se sentó, porque sus piernas vacilaban.

—¿Segun eso,—repuso con voz débil,—no ha tenido lugar el almuerzo de la vieja?

—La vieja estaba furiosa á consecuencia de un ataque de gota, y de tres estudiantes, con principio, y un caballero, con vistas á la calle, que se han marchado sin pagar.

Gacetilla no pudo menos de reirse; comen-

zaba á recobrar su buen humor ante la estóica y grave figura de su amigo.

—Es una mujer grosera,—prosiguió este sacando una cajetilla de cigarros, que colocó al alcance del hambriento;—no tan solo me ha negado las patatas, sino que ha cometido la inconveniencia de recordarme una deuda que yo habia olvidado ya.

Gacetilla cogió la cajetilla y sacó un cigarro, que encendió.

Despues refirió su mala suerte, con la marcha del cura.

—¡Pobre amigo mio,—dijo Salomon,—veinte y cuatro horas sin comer, y aún me recibes sin enfadarte, sin reconvenirme, sin anonadarme!

—¿Tienes tú acaso la culpa?—exclamó el autor de juguetes, echando una bocanada de humo,—tomemos el tiempo conforme viene y esperemos que la fortuna nos vuelva sus favores.

—La publicacion de mi obra nos arruinó completamente; ya ves si puedo tener el remordimiento de haber ocasionado nuestra triste situacion.

—Olvidemos ese asunto, y atendiendo al presente veamos el medio de atender por ahora á las necesidades del estómago.

—Esa peseta te pertenece; yo me he comido mi parte, justo es que satisfagas tu necesidad.

—Has almorzado, sí; mas no has comido,—dijo Gacetilla.

—Pero de una manera opípara, sin dejar resto alguno, en la prevision de lo que pudiera suceder.

—Con todo, es preciso que me acompañes; tomaremos un café con media tostada, y veremos si á última hora se nos ocurre algun medio de cenar: el ama de mi tio habrá regresado á casa, y formaremos un plan para dar un asalto á sus provisiones.

—Aprovéchate tú solo; te aseguro que me encuentro satisfecho. A más de esto, la noche está muy fria y uno de los dos tendríamos que salir sin capa.

—Todavía vamos á felicitarnos porque no la hayan tomado,—dijo Gacetilla levantándose y poniéndosela;—te dejo, pues, atendiendo á dos razones.

—Veámos cuáles son,—objetó el filósofo.

—La primera, que creo más accesible á uno solo la despensa de mi tio, y pienso que podré traerte de ella algun fiambre.

—¿Y la segunda?—preguntó Salomon con acento conmovido.

—La segunda,—respondió Gacetilla, despues de titubear un momento;—la segunda es que tú estás enamorado, y los enamorados necesitan

estar solos para abstraerse en sus ideas y para echar cartas á las vecinas ó recibir sus contestaciones.

Salomon se levantó y dió un abrazo á Gacetilla.

—Perdóname mi falta de franqueza,—le dijo, —no pensaba habértelo ocultado; pero queria callar hasta saber el éxito que logran mis pretensiones.

—Anoche presencié tu maniobra desde la cama, cuando para borrar el mal humor me habia arrojado en ella con intencion de dormirme, lo que no pude conseguir y sí observar ciertos manejos.

Al decir esto Gacetilla, dió algunas palmadas en el hombro de su amigo; guardó la moneda que éste le presentaba, encendió otro cigarrillo y embozándose en la capa hasta los ojos, salió de la estancia tarareando un aire de zarzuela.

Nadie hubiera podido sospechar que aquel jóven, de rostro satisfecho, tenia en perspectiva, despues de su prolongado ayuno, una peseta en el bolsillo y la esperanza de una cena, que tenia más visos de ilusoria que de realizable.

CAPITULO V.

El hombre del capote ruso.

Salomon, en cuanto salió su amigo abrió la ventana y se asomó.

La niebla habia cedido algun tanto y permitia distinguir los objetos casi á distancias normales.

Nuestro jóven, pues era con corta diferencia de la edad de Gacetilla, se hallaba efectivamente enamorado, pero enamorado como poeta y como poeta romántico, llena de ilusiones la mente y de verdadero sentimiento el corazon.

Aun cuando habia sostenido frívolas relaciones con algunas muchachas, particularmente de la clase de modistas, estos pasatiempos, considerados como tales, no habian causado impresion en su alma, dispuesta, no obstante, á recojer esa divina emanacion, ese destello sublime, grada-

cion magnífica en la escala de las afecciones del hombre, que se denomina amor.

Salomon, de temperamento apasionado y de imaginacion brillante, amaba verdaderamente por primera vez, y la imágen de la mujer que idealizaba en sus ensueños, llenaba su pensamiento y se presentaba como término feliz de sus aspiraciones.

El jóven era huérfano lo mismo que su compañero.

Ninguno de los dos habia conocido á su madre y esta circunstancia dejaba en su corazon un vacío, que la mujer que amase tenia forzosamente que llenar.

Salomon y Gacetilla se conocieron en su vida azarosa de bohemios, simpatizaron y el estrecho lazo de una profunda y leal amistad, unió á aquellos dos nobles corazones.

Algun tiempo despues de su instalacion en el sotabanco que hemos descrito, ocupaban el suyo, de la casa de en frente, Ernestina y el maestro Calleja, recien venidos del lugar.

Los dos amigos paraban poco en casa, particularmente de dia, á no ser que tuviesen entre manos algun trabajo perentorio.

Comian en la fonda, en el café, ó en las casas de comidas á ínfimo precio, segun la situacion monetaria en que se hallaban.

Solamente cuando las circunstancias eran malas y cuando lo extremo del caso hacia que pasase á los establecimientos de préstamos una parte de sus ropas, los dos amigos, imposibilitados de presentarse en la calle de una manera conveniente, alternaban en el ejercicio de sus respectivas funciones.

Uno de ellos salia en busca de recursos, de trabajo y de noticias.

Para ello completaba su traje con las mejores prendas que habian quedado de los dos.

El otro permanecia en casa revolviendo en su imaginacion mil planes en busca de una idea luminosa que les ayudase á salir de aquel estado.

En una de sus últimas crísis, Salomon, esperando el regreso de su compañero, emborronaba cuartillas trazando planes para la confeccion de un drama que pensaba presentar en uno de los teatros principales.

Sus ideas, sin embargo, se embrollaban y el pensamiento no obedecia á la voluntad del poeta.

Por fin, tiró la pluma, se levantó y abrió la ventana para respirar el aire libre.

En la de en frente se hallaba Ernestina sorprendiendo al jóven con la imágen de su expléndida hermosura.

Salomon olvidó el drama, la situacion y el

mundo entero, ante la vista de aquel rostro encantador y provocativo, de aquella belleza extraordinaria.

Sintió palpitar su corazon de una manera extraña, á impulsos de una sensacion desconocida.

Nuestro jóven se habia enamorado.

Sea que su traje no correspondiese á las miras ambiciosas de la hija del maestro, que su aspecto no la fuera simpático ó que tratase de aparentar rubor y cortedad, lo cierto es que Ernestina, en cuanto se apercibió de la observacion de que era objeto, se retiró de la ventana cerrándola inmediatamente.

En vano el filósofo esperó la nueva aparicion de aquella vision encantadora.

Cuando Gacetilla regresó, encontró á su amigo apoyado en el repecho de la ventana, inmóvil y con el rostro alterado.

A sus preguntas contestó el enamorado con frases vagas é inconexas.

Desde aquel dia, Salomon expió á Ernestina y Gacetilla á Salomon.

El primero se apercibió del poco efecto que causaba.

El segundo, de la dolencia que atormentaba á su amigo.

Salomon, como sabemos por la locuacidad de Gacetilla, escribia cartas para su vecina.

Pero debemos añadir que solo una habia sido remitida á su destino.

El objeto que vimos entrar por la ventana de la habitacion de Ernestina, era esta carta, sujeta á una piedrecita con una cinta de seda, y enviada desde su observatori o por Salomon la víspera del dia en que le hemos dado á conocer.

Salomon, sin ser dueño á contener dentro de su corazon la pasion que le devoraba, habia dejado desbordar su sentimiento y hacía su declaracion á Ernestina, con toda la ingenuidad de su carácter, con toda la mágia de su brillante estilo y de su entusiasmo de poeta.

Al marcharse su amigo y asomarse á la ventana, aguardaba, pues, Salomon con inexplicable angustia, que su vecina le diese á conocer por algun medio el efecto que su carta habia producido en ella.

Pero trascurrió el tiempo, sin que la menor señal indicase que se pensaba dar contestacion á su amatoria epístola.

El jóven se vió asaltado por amargas reflexiones.

Todos los síntomas, desde que habia visto por primera vez á la hija del maestro, le hacian presagiar un triste desengaño.

Y sin embargo de los antecedentes que se habia procurado, resultaba que la jóven no tenia

relaciones conocidas ni recibia cartas que hicieran presumir en la probabilidad de una ausencia.

Sabia que Ernestina se mantenia del trabajo de sus manos, y que era pobre por consiguiente, ¿pero no podia esperar un buen partido dada su expléndida hermosura y las brillantes dotes de que la suponia adornada el enamorado jóven?

En cambio él no solo era pobre, sino que por efecto de su abatimiento, parecia serlo más, y su semblante pálido y ojeroso y su raido traje, compartido con Gacetilla, no podia inspirar sino compasion ó desden.

¿Cómo aspirar á labrar la felicidad de una mujer, ni á que esta correspondiese á su pasion, cuando carecia de esos mil detalles de la elegancia que tan agradables son á los ojos del bello sexo?

Su amigo y él eran hijos del trabajo; pero de ese trabajo intelectual que agosta la inteligencia, que diseca el espíritu y que consume la materia con sus rudas vigilias.

¿Y qué reportaba ese trabajo?

Miseria en el presente, miseria en el pasado, miseria para el porvenir.

Mientras tanto, los hijos de la fortuna, desconociendo hasta la existencia de los desheredados, brillaban en la sociedad, asumian la omni-

potencia del siglo y llenaban con el fango que despedian las ruedas de sus magníficos carruajes á los mártires del talento y la honradez.

Salomon, desesperanzado y abatido, fijó una vez más la vista en la ventana de la guardilla de enfrente y se apartó de la suya dejándose caer sin fuerzas sobre una silla al lado de la mesa.

Su postracion moral se hallaba al nivel de la debilidad de su cuerpo.

Para tranquilizar á Gacetilla y obligarle á que él solo disfrutara de la peseta apostada, le habia engañado en lo referente á su almuerzo.

Cuatro reales le hubieran dado por el empeño de los libros, y Salomon no quiso aumentar la amargura de su amigo, manifestándole que lo mismo que él habia visto trascurrir el dia sin tomar ninguna especie de alimento.

El poeta inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos divagando su fantasía por la desconsoladora region de sus melancólicos ensueños.

Algunos momentos iban trascurridos de su dolorosa abstraccion, cuando fué sacado de ella por el ruido de dos golpes dados en la puerta de entrada.

El jóven se levantó para abrir.

Le estrañaba la pronta vuelta de su amigo.

Mas en vez de este penetró en la estancia un

hombre de elevada estatura, de aspecto noble y simpático y envuelto en un magnífico capote ruso.

Su rostro espresaba una edad muy juvenil, desmentida algun tanto por un largo y sedoso bigote y por una poblada barba rubia.

El desconocido entró, quitándose el sombrero, que volvió á ponerse á instancias del poeta y atendiendo á la frialdad que se sentia en la habitacion.

El jóven le invitó á sentarse admirado de aquella visita inesperada.

El del capote ruso dirigió en torno suyo una rápida ojeada.

Despues, fijando la vista en el poeta, le dijo:

—Deseo saber si tengo el gusto de hablar con el distinguido escritor que oculta su nombre bajo el pseudónimo de Salomon.

—En efecto,—respondió este,—el escritor soy yo, aun cuando sin el calificativo con que usted se ha dignado favorecerme.

—Vengo á proponer á usted un negocio relativo á la obra que ha dado usted á luz últimamente.

El poeta se sorprendió al oir la palabra negocio, tratándose de una obra que habia alcanzado un éxito tan desgraciado.

El desconocido prosiguió:

—He tenido ocasion de examinarla en la casa donde se halla en administracion, y me ha parecido una verdadera joya literaria, tanto por sus bellas formas como por el pensamiento altamente moral y filosófico que encierra.

—Agradezco á usted mucho,—dijo el escritor, —el favorable concepto que le ha merecido mi trabajo, aunque desgraciadamente el público no ha sido de la misma opinion, y la obra pasará al panteon del olvido, á pesar de no creerla digna de tan desastrosa suerte.

—Espero que la alcanzará mejor, y que vivirá para la posteridad.

—No abrigo yo semejantes ilusiones; la sociedad del dia es frívola y superficial, y creo que las generaciones venideras no han de encontrar tampoco aliciente en cierta clase de estudios.

—Aun así y todo, yo no cejo en mi propósito y espero sacar partido de la obra.

—Veamos cómo,—dijo Salomon, sintiendo renacer una halagüeña esperanza.

—La edicion, segun me han dicho, se ha hecho de mil ejemplares.

—Así es la verdad, y no se ha vendido ni uno.

—El precio de cada ejemplar es tres pesetas, y usted abona dos reales en concepto de administracion.

—Esas eran las bases establecidas.

—Pues bien; yo adquiero todos los ejemplares al precio de diez reales, reservándome el derecho de venta al que tiene señalado.

Salomon creia estar soñando.

¡Aquella obra, que creia completamente perdida, le proporcionaba en un momento tan inesperada utilidad!

¡Todos los ejemplares vendidos, y sin hacerle rebaja en lo que á él le correspondia percibir!

Indudablemente aquel hombre era un maniático, ó no conocia sus verdaderos intereses.

¿Cómo podia contar con los productos de una venta que habia sido nula desde la publicacion del libro?

El del capote ruso pareció adivinar su pensamiento.

—A usted se le figura que me arriesgo demasiado en el asunto,—dijo sonriéndose;—pero no se estrañaria tanto si supiera que tengo de antemano colocacion segura para esos ejemplares; así, pues, el negocio no es tan malo como aparece á primera vista: todo estriba en la manera de hacer las cosas y en saber dar á cada una la conveniente direccion.

De buena gana hubiera preguntado Salomon el destino señalado anticipadamente á sus libros, y cómo aquel hombre iba á manejarse para dar tan pronta salida á su trabajo; pero no se atre-

vió, temiendo pecar de indiscreto si mostraba su curiosidad.

Además, lo esencial para él, dada la situacion extrema en que se hallaban, era allegar recursos; y aquella proposicion increible, aquella seductora oferta, significaba tal vez la base del porvenir para Gacetilla y para él.

Salomon bendijo al cielo desde el fondo de su alma, considerando aquel suceso como un hecho providencial, y se apresuró á manifestarlo así al desconocido, exponiéndole con franqueza su situacion y el gozo que sentia por proporcionar á Gacetilla á su regreso una satisfaccion que estaba muy lejos de esperar.

El comprador de libros se sonrió ante la expansion ingenua del poeta.

—Puede usted, si gusta, firmar esa autorizacion,—dijo entregándole un pliego,—la traia estendida de acuerdo con el administrador de su obra, en la prevision de que usted se sirviese aceptar mis proposiciones.

El poeta tomó el papel y firmó.

Era una autorizacion al portador para retirar de la casa la totalidad de los ejemplares, haciendo constar el recibo de su importe.

El hombre de la barba rubia sacó una cartera de piel de Rusia, y de ella diez mil reales en billetes de Banco.

Despues recogió la autorizacion, y se levantó.

Salomon hizo lo mismo, temeroso de despertar á cada instante de una fantástica alucinacion.

Conteniendo á duras penas su emocion, acompañó hasta la galería al desconocido, y éste bajó la escalera abrochándose su capote y despidiéndose cortesmente del poeta.

CAPITULO VI.

Un título conocido y una nobleza ignorada.

El hombre del capote ruso no era un tonto ni un maniaco.

Tampoco se dedicaba á comprar libros por vía de especulacion.

Pertenecia á esa clase de verdaderos filántropos, que tan raramente existen en nuestra sociedad indiferente y egoista.

Practicaba el bien en su marcha por el mundo por solo el placer de hacerlo, sin ostentacion y sin publicidad.

Tenia medios para labrar la felicidad de muchos desgraciados, y la práctica de las buenas obras habia llegado á constituir para él una obligacion imprescindible.

Aquel hombre reunia dos noblezas.

La del nacimiento y la del alma.

La primera era conocida, la segunda trataba siempre de ocultarla.

En la buena sociedad de la córte era conocido por el título de marqués del Arenal.

Pero rara vez trascendian sus buenas obras hasta ella.

El marqués del Arenal, aunque muy jóven, era ya viudo.

Habia perdido á su mujer, casi una niña, al poco tiempo de su casamiento.

Su madre, excelente señora, de aristocrático nombre y elevados sentimientos, habia fomentado los de su hijo por medio de una esmerada educacion.

El marqués, viudo y sin hijos, vivia al lado suyo, encontrando un gran consuelo en el cariño maternal y en la constante práctica de sus actos filantrópicos.

El noble y delicado instinto de la madre habíale acostumbrado á la bondad de la forma en los procedimientos de la caridad y á su oportuna aplicacion.

Su recto criterio le mostraba el buen camino y los medios conducentes á discernir el bien del mal, á no confundir el infortunio de la virtud con la desgracia del vicio.

El marqués se disfrazaba de varios modos para ejercer sus obras sin arriesgarse á ser conocido.

Iba siempre solo, y generalmente de noche, cuando el socorro que iba á dar no revestia el carácter de la urgencia.

Tenia á su servicio, en calidad de secretario privado, un hombre activo y entendido, y dotado de experiencia y de conocimiento del mundo, que le servia de auxiliar en sus empresas, aunque sin dárselas á conocer.

La obligacion de este hombre consistia en averiguar con certeza y exactitud la historia de esos mil mártires, indigentes de levita, que ocultando su miseria y sin atreverse á afrontar la humillacion de la limosna, perecen en la sombra y en el abandono, extinguiéndose su vida en esos míseros antros, focos impuros de putrefaccion social, que se extienden con deformes anillos, como víboras gigantescas, en torno de las grandes capitales.

El agente del marqués reunia el mayor número posible de datos y formaba una noticia biográfica con las observaciones recogidas, que entregaba á su señor, el cual, á su vez, las ampliaba con las propias averiguaciones.

El secretario se valia de mil estratagemas para lograr sus fines.

Ya se presentaba en las casas de préstamos para comprar alhajas, averiguando los domicilios de los primitivos dueños, é introduciéndose en

ellos con algun pretesto plausible; ya seguia á una muchacha de rostro pálido y demacrado, que marchaba en busca del trabajo de costura al establecimiento, en el que nuestro hombre adquiria las noticias deseadas, ó bien se introducia en las casas de comidas á precios económicos, donde algunas propinas distribuidas con acierto, le ponian al corriente por boca de los camareros, de cuantas noticias eran conducentes á los humanitarios fines del marqués.

Algunas veces penetraba tambien en las moradas de los verdugos de los pobres, de esos dignos descendientes de los antiguos judíos, que conocian perfectamente muchos lúgubres dramas, en los que por desgracia de los protagonistas, habian tambien tomado parte, apresurando su ruina.

En estas tristes mansiones, y gratificando á los amanuenses, descubria grandes miserias y grandes amarguras, devoradas en silencio por los innumerables tipos de la clase media, á quienes la imprevision, el vicio, las desgracias y las enfermedades, conducian al lamentable estado de tener que suicidarse con el puñal de la usura.

El marqués acudia en auxilio de lo que era digno de ser socorrido, con el traje adecuado al lugar y á las circunstancias.

Su madre era la única persona que conocia el objeto de aquellas nocturnas expediciones, que

pasaban desapercibidas, así como el cambio de trajes, para la servidumbre, saliendo por una puerta secreta, de cuya llave era él solo poseedor.

El marqués no habitaba en un palacio por vana ostentacion, sino por cariño y respeto á la casa donde habian nacido y muerto muchos de sus antepasados; sus costumbres eran sencillas y consideraba natural y lógico emplear en beneficio de la virtud y del trabajo, las sumas que habia de haber gastado en objetos supérfluos de lujo ó de capricho.

Era un digno miembro de la antigua y verdadera nobleza española, de esa nobleza sin tacha, en la que siempre se encuentra un apoyo para el débil, un consuelo para el triste y una proteccion para el desamparado.

La virtud, la aplicacion y la mala suerte de Salomon y Gacetilla eran demasiado conocidas para que el marqués dejase de saberlas.

Su diligente secretario le puso al corriente de la trasparente vida de ambos jóvenes, y ya hemos visto como el noble filántropo halló un medio delicado de protegerlos sin que pudiera ofenderse su dignidad.

La obra de Salomon habia sido, en efecto, examinada por el marqués, y al recoger los ejemplares de una obra que comenzaba á cubrir el

polvo del olvido, quiso que su accion resultase doblemente provechosa.

En un pueblo donde tenia muchas de sus posesiones, habia fundado un colegio para educacion y asilo de todos los niños huérfanos, y á este colegio remitió la edicion de la obra del filósofo poeta, encargando al director la destinase para premio de los discípulos más aventajados.

La obra era de una moralidad esquisita, y en manos de aquellos niños que mañana serian hombres, propagaria insensiblemente las buenas doctrinas y los honrados principios que brillaban en sus páginas.

Cuando el marqués salió á la calle despues de haber dejado á Salomon los billetes, se dirigió á la casa comisionada de la administracion del libro, presentó la autorizacion firmada y dejó dispuesta la manera de hacer la remision de los ejemplares.

Terminado esto, regresó á su palacio, donde le esperaba la marquesa viuda del Arenal, que suponia á su hijo en el ejercicio de sus filantrópicas tareas, al ver que se retrasaba más de lo acostumbrado para acompañarla á la mesa.

El marqués entró furtivamente, se dirigió á sus habitaciones y se despojó del gran bigote, de la barba rubia y del capote.

Quedó descubierto su natural semblante, en

el que apenas sombreaba el lábio superior un fino bigote negro.

Despues se dirigió al aposento de su madre para ir con ella al comedor.

Generalmente, el marqués no se sentaba nunca á la mesa sin haber aliviado el infortunio de alguno de sus semejantes.

Terminada la comida, se retiró á su despacho como tenia por costumbre, para enterarse de los asuntos del dia y formar sus proyectos para el inmediato.

Su secretario privado, se le presentó, entregándole varios papeles que contenian notas sobre las indagaciones practicadas.

El marqués experimentaba, á la vez, tristeza y alegría al repasar diariamente aquellas páginas desconsoladoras.

Alegría, porque gozaba de antemano pensando en el alivio que iba á proporcionar á aquellos desgraciados.

Tristeza, porque veia que el número de estos era inextinguible.

Despidió á su secretario y comenzó á leer.

El primer papel que desplegó ante su vista tenia en el márgen la siguiente nota:

"Apuntes relativos al maestro Calleja."

El marqués leyó rápidamente el contenido.

A medida que avanzaba en la lectura, se de-

pla.

tallaban en su rostro las señales de una profunda emocion.

Cuando terminó, guardó el papel en su cartera, se levantó, se puso unas patillas y un nuevo bigote, con la maestría de un actor, cubrió su cabeza con un hongo, tomó del guarda-ropas una capa, y embozándose en ella, se dirigió á la calle apresuradamente, por la puerta secreta del palacio.

CAPITULO VII.

Donde el lector retrocede en busca de unos antiguos conocidos.

La sucesiva exposicion de tipos y de escenas nos ha impedido hasta ahora reanudar el hilo de nuestra narracion, y preciso nos es, por lo tanto, dirigir una ojeada retrospectiva hácia varios de los sucesos y de los personajes.

Dejamos al doctor Simon, que en su lucha con los bandidos habia disparado un pistoletazo sobre Mata-suegras, mientras Chavalillo, aprovechándose de la momentánea claridad de los fogonazos, salia del despacho huyendo por la galería en direccion á la escalera del terrado.

Cuando el médico sintió caer al herido, corrió tras el fugitivo, aunque sin resultado.

Por mucha que fuera su ligereza, no podia equipararse con la del bandido, que era más jó-

ven, más diestro, y á quien el temor infundido por el ruido de la doble detonacion prestaba alas para salvar las distancias con vertiginosa rapidez.

Al llegar Simon al terrado el malhechor habia desaparecido.

Volvió aquel sobre sus pasos, entró de nuevo en el despacho y encendió una luz.

Sin detenerse á examinar á Mata-suegras, corrió al dormitorio de su hija.

Esta se hallaba sobre el lecho fuertemente ligada á él y sin sentido.

Trémulo y conmovido, el doctor desató las ligaduras y socorrió á la jóven, consiguiendo, á fuerza de cuidados, hacerla volver en sí.

Cuando vió á su padre sano y salvo, se tranquilizó algun tanto.

Simon la explicó lo sucedido, y obligándola á permanecer en el lecho, salió en busca de Visentet.

El viejo criado, cuando oyó abrir la puerta, sintió un extremecimiento de terror.

Fué igualmente desatado, y refirió, temblando, á su amo, la sorpresa de que habia sido víctima.

Ambos se dirigieron al despacho.

Mata-suegras, en medio de un gran charco de sangre, permanecia inmóvil en el suelo.

El doctor le reconoció y comprendió que la herida era de suma gravedad.

Cuando se hallaba haciéndole la primera cura, ayudado por Visentet, sintieron fuertes golpes dados en la puerta de la escalera.

El criado salió á abrir.

Eran el sereno y algunos vecinos que, alarmados por un siniestro accidente, acudian á la habitacion del médico.

Uno de aquellos habia oido el ruido de los pistoletazos y se habia levantado, asomándose con precaucion á la ventana por si podia orientarse de la causa que los habia producido.

La habitacion de este vecino se hallaba situada en la casa contigua á la del médico.

Al asomarse á la ventana llamó su atencion una viva claridad que, proviniendo del lado del campo, iluminaba parte de la calle.

Vistióse apresuradamente y se lanzó á la calle para enterarse mejor y dar aviso.

Al salir se encontró al sereno que llegaba con el propio objeto.

Ambos doblaron la esquina de la casa de Simon y vieron el costado del edificio invadido por las llamas.

Chavalillo, al huir, habia prendido fuego al cobertizo inmediato con objeto de entretener la accion de la justicia en los primeros momentos.

Cundió la alarma en el instante y se dirigieron á avisar al doctor del peligro que corria.

Acababa de vendar á Mata-suegras cuando, guiados por Visentet, penetraron en su despacho los vecinos.

Simon conservaba siempre su serenidad en los momentos de peligro.

Cuando se enteró de la nueva desgracia que le amenazaba, se dirigió á la habitacion de su hija.

La jóven se acababa de vestir, llena de miedo al verse sola.

Su padre la obligó á abrigarse cuidadosamente, y mientras tanto salió para recomendar la discrecion á los vecinos y para convenir con uno de éstos el lugar donde la jóven habia de ser conducida.

El vecino propuso la casa de una parienta suya, que se hallaba en otra calle á regular distancia, y cuya parienta, anciana labradora sin más compañía que la de una criada, aceptaria con mucho gusto la de la hija del doctor.

Este la hizo salir sin perder momento, con pretexto de no obligarla á presenciar las diligencias judiciales.

El vecino se adelantó para preparar á la vieja.

Simon consiguió sacar á su hija sin que és-

ta, en medio de su congoja y de su aturdimisnto, se enterase de la nueva catástrofe que se les venia encima.

Una vez instalada en la casa de la labradora y seguro de que por el pronto no llegaria á sus oidos la noticia del siniestro, el buen doctor corrió de nuevo á su casa.

El fuego habia tomado un incremento prodigioso, y se hacian para atajarle desesperados aunque inútiles esfuerzos.

Mata-suegras, oida la primera declaracion de Visentet, habia sido trasladado á la cárcel del lugar.

Aquella traslacion, que fué preciso hacer inmediatamente á causa del incendio, agravó el estado de la herida, cuyo funesto desenlace habia Simon pronosticado.

Á los pocos minutos de hallarse en la mansion de los criminales, Mata-suegras sucumbió sin poder suministrar dato alguno á las indagaciones fiscales.

Gran parte de la noche se trabajó luchando contra el voraz elemento que consumia la casa del doctor.

Cuando se consiguió extinguir el fuego, no quedó en pié sino una pequeña parte del edificio.

El doctor quedaba arruinado.

Solo habian podido salvarse las alhajas y algunas ropas.

El resto y los muebles habian sido destruidos por las llamas.

Respecto á los fondos, desaparecieron con el audaz Chavalillo.

Por más pesquisas que se hicieron para descubrir el paradero de éste, no se logró dar con él.

El bandido, con su doble crímen, habia logrado escapar á la accion de la justicia.

CAPITULO VIII.

Cambio de vida.

El doctor Simon era querido y respetado en el pueblo.

Su desgracia fué generalmente sentida y recibió nuevas demostraciones del afecto que se le profesaba.

El médico, hombre de corazon y de voluntad para el trabajo, no se desesperaba por las pérdidas materiales que acababa de sufrir.

Lo que sí preocupaba grandemente su atencion, era el estado de su hija.

Aurora Simon, habia experimentado una sensacion muy fuerte.

Su organizacion delicada habia sufrido mucho con la vielenta sorpresa de los bandidos, abatiéndose su espíritu luego con los detalles de la catástrofe, que la fué preciso conocer.

La jóven veia interrumpido el curso de su tranquila existencia de una manera brusca é inesperada.

Su padre, años atrás, se hallaba en una capital de Castilla dedicado al ejercicio de su profesion.

Algun tiempo despues del nacimiento de Aurora, resintióse la salud de su madre de un modo alarmante.

El marido empleó durante un largo espacio los recursos de su ciencia para dominar la afeccion.

No obteniendo resultado satisfactorio y perdida la confianza en sus propias fuerzas, acudió á la cooperacion de algunos colegas ilustrados.

Segun la opinion de estos era preciso un cambio de aires para ayudar á la naturaleza de la enferma.

El doctor se encontraba en una posicion desahogada y resolvió abandonar temporalmente sus tareas y dedicarse exclusivamente á la asistencia y cuidado de su mujer.

Necesitaba esta un clima templado que favoreciese el plan curativo propuesto, y el doctor eligió la provincia de Valencia, trasladándose como simple particular al pueblo donde le hemos dado á conocer.

La variacion del país favoreció algun tanto á

la esposa del médico, pero no sirvió sino para prolongar algo más su existencia.

Algunos meses despues de su llegada al pueblo, sucumbió, dejando á Simon sumido en una profunda pena.

Aquella criatura que quedaba á su cargo, le hizo, no obstante, volver en sí, y aceptar con cristiana resignacion los consuelos de la religion y de la amistad.

No queria privarse del único consuelo que le quedaba.

En el cementerio del lugar estaban los restos de su infortunada compañera, y decidió establecerse en el país.

Ya hemos dicho que se encontraba en una buena posicion.

Compró una finca á corta distancia del pueblo, instalóse en ella y se dedicó por completo á la educacion de su hija.

Esta, de allí en adelante, constituia para él la única esperanza: la sola aspiracion de su existencia era el logro de su felicidad.

Aurora, demasiado niña al ocurrir la muerte de su madre, no podia entonces conocer la inmensidad de aquella desgracia.

El cariño de su padre, solícito á sus menores deseos, prevenia todos sus gustos y satisfacia la voluntad antes de manifestarse.

Si Aurora hubiera tenido una organizacion dispuesta al vicio, aquella educacion, falseada por el esceso del cariño, ó por su locura mejor dicho, hubiera adulterado sus aspiraciones y bástardeado sus inclinaciones y sus sentimientos.

La jóven no sufrió esta metamórfosis, porque su carácter dulce y angelical era incapaz de adulterarse, y su corazon, demasiado puro y demasiado noble, para que la inclinase á variar de rumbo en direccion de la coquetería, de la vanidad ó del orgullo.

Sin duda el doctor lo conocia así, y por eso tal vez dejaba aquella naturaleza vírgen abandonada en cierto modo á su natural impulso.

Aurora veia deslizarse su vida con apacible tranquilidad.

La posesion del doctor era una pequeña maravilla del arte, y el panorama que se descubria desde ella en aquel país privilegiado, encantaba los ojos y engrandecia el corazon.

La jóven era feliz en aquel nido delicioso.

Su alma se elevaba con la contemplacion de las múltiples bellezas que se ostentaban por do quier.

Flores y aromas, celajes de oro y nácar, sol refulgente, brisas murmuradoras y balsámicas.

Las diamantinas gotas del rocío con límpidos reflejos brillaban sobre el césped, que se doble-

gaba á impulsos del suave céfiro, como se doblega la voluntad de una niña al dulce arrullo del amor.

Bosques dilatados cimbreaban sus copas de esmeralda, de variados matices; bulliciosos arroyuelos serpenteaban cual movibles cintas de plata entre los verdes campos, y en lontananza los elevados perfiles de escarpadas rocas, destacaban sus fantásticas siluetas, contrastando admirablemente con los bellos contornos sobre los que se elevaban jigantescas.

El mar brillaba á lo lejos con su extension sin límites.

Las nevadas olas bordaban caprichosamente la azulada superficie de las aguas con espumosos juegos, estrellando su impotencia sobre la playa, y arrastrando hácia su seno las doradas arenas para repelerlas de nuevo en su periódico empuje.

Huertas maravillosas con sazonados frutos salpicaban el fondo de los valles, entrelazándose y confundiéndose con deliciosos jardines de aromáticas auras, cual se confunde la madurez de la vida con los mágicos albores de la niñez y de la infancia.

Los pájaros abrian sus picos, embelesados ante hermosura tanta, y lanzaban al espacio sus trinos armoniosos, que en múltiples ecos pare-

cian repetir á la expléndida naturaleza que los sonreia: "¡pí... pí!... pí!... pí!... ¡Dios está aquí!..."

Y otros alados compañeros, con suaves acordes, admirando y adorando al autor de tales magnificencias, añadian en acompasado coro: "¡cú... cú!... ¡cú... cú!... ¡grande eres tú!..."

En los prados y en las selvas, en los montes y en los valles, las voces y los cantares de aldeanos y aldeanas contribuian con sus múltiples ecos y su poética expresion, á engrandecer aquel magnífico conjunto, en el que todo era belleza, adoracion, encanto y armonía.

La mayor parte del año el clima era dulce y agradable, y la hermosa primavera, con sus rosadas galas, parecia presidir el cuadro todo, dándole vida, animacion y alegría, con el tibio aliento de su perfumada boca.

El carácter de Aurora, formó, con la perspectiva continuada de aquel cuadro, sus poéticos instintos.

En su corazon germinaba un profundo sentimiento que no bastaba á dar completa espansion el respetuoso cariño que profesaba á su padre.

Este se mostraba orgulloso con poseer aquella hija, y hallaba en ella una poderosa compensacion á su desgracia.

Pero esta se presenta siempre con bastante frecuencia en el camino de la vida.

Vinieron años fatales para los campos, perdiéronse las cosechas, subieron las contribuciones para alivio de la situacion, y el buen doctor vió mermado su capital considerablemente.

Luchó cuanto pudo con su acostumbrado denuedo contra la mala suerte, pero tuvo que ceder á la fuerza de las circunstancias.

Vióse precisado, para dejar cubierto su buen crédito, á desprenderse de aquella posesion que constituia su delicia por ser el encanto de su hija.

Vendióla lo mejor que pudo, vertiendo lágrimas amargas al comunicar á su hija la aflictiva nueva.

Aurora reanimó el valor de su padre afrontando con serenidad y resignacion aquella prueba.

El médico alquiló la casita donde por primera vez le hemos conocido.

Queria hallarse próximo al campo, ya que no le era dable continuar viviendo en él.

Aurora, con su apacible carácter, se habituó bien pronto á la nueva situacion y aparentó asimismo mayor contento del que en realidad sentia para no aumentar la amargura que devoraba á su padre.

Su corazon, que encerraba un tesoro de ele-

vados sentimientos, modificó entonces sus aspiraciones, y las fantásticas visiones que la naturaleza hacia surgir en sus ensueños, se vieron trocadas por otras imágenes, que hablaban al alma de la jóven con una dulce vaguedad.

Eran las primeras manifestaciones del amor, que se revelaba en su sér con las vagas formas de la pureza y el candor.

Aurora creó en su mente un bello ideal, cuya radiante figura se la aparecia en sus doradas alucinaciones, y á quien prestaba adoracion desde el fondo de su alma.

El doctor soñaba con recuperar lo perdido y con ofrecer de nuevo algun dia á su adorada hija aquella posesion que por tantos años habia sido testigo de su dicha.

Quedó vacante la plaza de médico-cirujano del lugar, y Simon la solicitó para coadyuvar, trabajando, á su propósito.

Fácil le fué obtener aquel destino, tanto por hallarse reputado como hombre de saber, cuanto por las generales simpatías que habia logrado conquistarse.

Á fuerza de economía y de perseverancia, Simon se hallaba próximo á realizar su deseo.

Un año más de trabajo y de estrechez, y el fondo que iba reuniendo llegaba á la suma necesaria para adquirir de nuevo la posesion codiciada.

Mas el doctor propuso, y Chavalillo dispuso.

Los que viven de lo ajeno saben perfectamente dónde se oculta el dinero, y buscarlo en sus madrigueras más recónditas.

Robado su tesoro, incendiada la casa, solo le quedaba al doctor el recurso de las alhajas.

Encontró en la mayor parte de los vecinos pruebas de sentimiento y de adhesion; no escasearon los sinceros ofrecimientos y las vivas muestras de simpatía é interés.

El doctor, fiando en estas expontáneas manifestaciones, y en su trabajo y fuerza de voluntad, hubiera continuado en el pueblo y sacrificado su reposo y todos sus instantes para reponer su destruida fortuna.

Pero la salud de su hija le hablaba más alto que todo, y desde el funesto accidente, Aurora habia decaido física y moralmente de una manera tan visible, que el médico llegó á concebir sérios temores.

Conoció que la permanencia en aquel país seria fatal á la jóven, pues la lucha de su espíritu por el temor que de ella se habia apoderado, aniquilaria la materia y haria impotentes los esfuerzos de la ciencia y del amor paternal.

Simon titubeaba en la eleccion del punto para fijar su residencia.

Al lado de su hija se consideraba feliz en cualquier parte de la tierra.

¿Dónde podria con más acierto atender á su curacion y dedicarse nuevamente á crearla un porvenir modesto?

La palabra Madrid brotó en la mente del doctor.

Esa populosa villa, centro de las grandes riquezas como de las grandes miserias, tumba de tanta ilusion y fuente de tantas decepciones, se presentó á la imaginacion del médico como una esperanza para el logro de sus planes.

Se deshizo de todas sus alhajas, dió el último adios á la perdida posesion y al sepulcro de su esposa, y despidiéndose conmovido de aquellos honrados labriegos, que deploraban su marcha, emprendió con su adorada hija el camino de la córte.

Esta vez el cambio de vida era completamente radical.

CAPITULO IX.

En el que se vé á Calleja trasportado al siglo XX.

Dejamos al asendereado maestro saliendo de su casa despues del corto y expresivo razonamiento dirigido á Ernestina, para evitar que ésta, sintiendo propagar en su mente sus ideas ambiciosas, alimentase locas esperanzas, cuyo logro habia de redundar necesariamente en menoscabo de su reputacion y de su honor.

El infortunado Calleja llegó á la calle y comenzó á vagar como una sombra por entre el enjambre de séres humanos que le codeaban, le empujaban y se reian descaradamente de su triste y demacrada catadura.

El buen hombre tenia erudicion y talento, pero era feo con una fealdad superlativa.

Agréguese á esto que hacia treinta y seis ho-

ras que no abria la boca sino para lanzar suspiros.

Y añádase, para complemento, lo inverosímil y extrambótico de su mugrienta y raida levita, y de su informe sombrero, y la expresion de su rostro largo y enjuto, reflejo fiel de las angustias que martirizaban su espíritu, y se tendrá una idea algun tanto aproximada del notable contraste que ofreceria aquel tipo singular, entre los bulliciosos y almibarados transeuntes, que pululaban por los tránsitos de la cortesana capital.

El filósofo de lugar sentia desmayar sus fuerzas físicas y morales en aquel emporio de la riqueza, de la elegancia y del fausto.

Sus argumentos psicológicos, inspirados en la abstraccion de sí mismo y en la contemplacion de la naturaleza y de los astros, no hallaban modo de manifestarse en aquel horrible pandemonium, laberinto infernal, que trastornaba sus ideas con la estrepitosa y deslumbrante exhibicion de la locura, la vanidad y los placeres.

Sus expedientes alimenticios, esto es, los buscados para sostener engañosamente las necesidades del estómago, corrian parejas con los argumentos mencionados.

En el mundo en que vivia todo era artificial,

y en todas partes veia la naturaleza falseada y metamorfoseada por el arte y por la especulacion.

El buen maestro carecia de las yerbas, raíces y otras golosinas, que se ofrecian en el pueblo á su creciente voracidad.

Calleja habia llegado á incluir alguna parte de vegetal en el todo de su organizacion.

Preciso es convenir en que para un maestro de escuela, aquella glotonería insaciable admitia un calificativo exagerado.

Se le podia llamar tragon á boca llena.

Y llamárselo sin remordimiento, porque en algunos momentos solia verse en él la personificacion de la gula.

Se habia dedicado á comer plantas con exceso.

No habia tenido la energía suficiente para imitar á sus dignos compañeros de profesion, muertos heróicamente de hambre al lado de Nebrija y Calepino, como los artilleros al pié de los cañones.

Indudablemente Calleja sufria un castigo merecido.

Su manera de proceder no se hallaba conforme con el espíritu de la época.

Ni con el del ministerio de cierto ramo.

La ilustracion y la moralidad bien podian

ayunar en un país donde la política se atracaba á dos carrillos.

El maestro no habia procurado nunca que su hija adoptase el sistema vegetal.

Ernestina trabajaba para una sastrería, como hemos dicho, y cuando los recursos no alcanzaban para la racion de los dos, el padre se privaba de la suya, fingiendo siempre hallarse suficientemente alimentado, aun cuando el pobre solo lo estuviera de esperanzas.

El estruendo de la calle y el contínuo movimiento que se verificaba ante su vista, mortificaban á Calleja, y trató de evitarlo ausentándose del centro de la poblacion.

Encaminó sus pasos por la calle de Alcalá y bajó hasta Recoletos, en cuyo paseo se internó.

La temperatura se habia modificado, el frio era menos intenso y la noche se presentaba serena y apacible.

El hombre de las aulas sintió aumentar la debilidad de las piernas tras el largo camino recorrido, y se dejó caer en un asiento, en el interior de los jardines, apoyando en el tronco de un árbol la espalda y la cabeza.

Inclinó esta sobre el pecho y cerró los ojos, abismado en sombrías reflexiones.

Permaneció algunos minutos de este modo.

De pronto se apercibió de que su sér se tras-

formaba, y de que atravesando una region desconocida se vigorizaba su espíritu y se animaba su materia.

Calleja se encontraba en otro mundo, donde habia avanzado un siglo la carrera de los tiempos.

Nuestro hombre, sin la menor admiracion por su parte, vivia, al par de las generaciones posteriores, en aquel nuevo país.

Pero ¡qué país tan pintoresco! ¡Qué vegetacion tan vigorosa y tan rica!

Y, por otra parte, ¡qué edificios tan sólidos y tan sencillos, tan higiénicos y tan bellos!

Por do quiera se veia la mano de Dios en la naturaleza, el trabajo del hombre en el arte: uno y otro sirviéndose de complemento y auxilio, dirigiéndose al mismo fin, proporcionando al ser humano salud, comodidad, placer, ilustracion y vida.

Abundancia en los campos, alegría en los rostros, paz en los corazones.

Estas frases eran la expresion fiel de lo que allí se sentia.

Aquello era un pueblo, un pueblo de los más insignificantes en el grandioso mapa de la civilizacion de la época.

Y sin embargo, la dicha habia fijado allí su asiento; el bienestar se cobijaba en todos los hogares.

Aquel pueblo se llamaba Villa de Oro.

Y de aquel pueblo era maestro Calleja; maestro perpétuo, elegido por unanimidad entre los vecinos, de todos querido y de todos respetado.

Calleja era feliz, feliz como maestro y como particular.

Las disposiciònes de la autoridad, que por supuesto todas se encaminaban al bien general de los vecinos, eran no solo fielmente ejecutadas, sino recibidas con júbilo y aplauso, pues en todas brillaba el espíritu de su tierna solicitud y su constante desvelo por los intereses morales y materiales.

Una paz octaviana reinaba entre los habitantes, jamás interrumpida por rencillas políticas ó particulares, ni por los chismes de vecindad que en el siglo anterior se hallaban tan en auge, ni por nada, en fin, que pudiera alterar en lo más mínimo aquella envidiable tranquilidad, aquella armonía y fraternidad consoladora, lazo de union y base para la satisfaccion de cada uno y para la prosperidad de todos.

Las reglas de policía urbana no necesitaban pregonarse á cada paso, segun costumbre del siglo XIX; cada cual de por sí trataba de cumplir y aun de escederse en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones, y de este modo el aspecto general del pueblo hablaba muy alto siem-

pre en favor de la cultura de sus moradores.

Ni faroles rotos ó de escaso alumbrado, ni inmundicia por las calles, ni gentes que obstruyesen el paso con sus personas ó mercancías; nada absolutamente se observaba que pudiese revelar el más pequeño abandono, ni causar la más mínima incomodidad, ni incitar la menor alteracion ó contienda.

Y no se crea que un numeroso cuerpo de vigilantes ó alguaciles imponia con su presencia la observancia de estas ó las otras reglas; los empleados mencionados se conocian solamente por la tradicion, y el deber estaba en la conciencia de todos, sin-que las palabras *multa* ni *castigo* resonasen nunca por motivo alguno.

Respecto á la higiene y comodidad de los vecinos no habia nada que desear.

Los edificios, á la vez que sólidos y sencillos, reunian todas las condiciones necesarias para su ventilacion y limpieza, sin esas elevadísimas habitaciones debidas á la ambicion de los hombres de otro siglo, ni esos mezquinos aposentos que convertian las viviendas en jaulas, foco muchas de atmósfera corrompida y de enfermedades sin cuento, bastantes de las cuales la policía de Villa de Oro habia logrado evitar.

Las calles, pocas en número, pero grandes y espaciosas, ofrecian extenso tránsito, y al propio

tiempo animacion y belleza, con juegos de aguas de caprichosas fuentes y con frondosos árboles, que templaban él ambiente y daban su benéfica sombra en el estío.

Las palabras taberna, plaza de toros, casas de juego y de prostitucion existian solo en los antiguos diccionarios, y en lugar de esos centros del vicio y de la poca cultura de costumbres, se exhibian otros amenos esparcimientos, que con honesto recreo distraian el ánimo, sin detrimento de la salud ni de los intereses.

Juegos gimnásticos, en los que se lucia la destreza y se adquiria el necesario desarrollo corporal, jardines públicos, donde, sin necesidad de guardas, se mantenian incólumes las flores y los frutos; salones de declamacion, que, adiestrando en el trato social, reflejaban con oportunos chistes y delicados colores las bellezas y las gracias de las ideas, sin necesidad de sátiras para vicios que no existian y sin que la literatura floreciente tuviese que descender á terrenos de mal género para conquistarse los aplausos.

Existian, finalmente, otras mil diversiones y espectáculos en donde brillaban á porfia el ingenio de los hombres y la virtud de las mujeres; mujeres tan distintas de las del último, que no llevaban polison, ni siquiera postizos en el peinado, y que jamás concurrian á los teatros ó pa-

seos haciendo gala de un lujo supérfluo, semejando objetos de exposicion ambulante, sino que se presentaban con la modestia hija del buen gusto y de la esmerada educacion que presidia siempre en todos los actos públicos y familiares de aquella excelente sociedad.

Calleja hubiera reventado de gozo, si reventar hubiera sido posible en un país donde no se conocian hinchazones de ninguna especie; pero la alegría le rebosaba por los poros, y la felicidad de ser maestro de tan digno pueblo, no era en su concepto comparable á ninguna de las felicidades pedagógicas, habidas ni por haber.

CAPITULO X.

Que es la continuacion del anterior.

En el órden admirable que reinaba en todas las relaciones y costumbres de esa villa, se echaba de ver, á la par de la mútua cordialidad y confianza, un sostenido respeto y consideracion entre las diversas clases y personas, tanto por su edad, séxo y carácter, como por la profesion ó destino que desempeñaban.

Y no se crea que una necia vanidad por una parte, ó una torpe adulacion por la otra, establecian esa diferencia, sino el convencimiento de la conveniencia general al practicarlo; pues seguro cada cual en su posicion de sus respectivos derechos y deberes, hacíanse respetar los primeros, llenando estrictamente los segundos como natural consecuencia la una cosa de la otra.

Aparte de esto, el bienestar relativo de todas

las familias formaba una especie de modo de ser independiente y digno, que tan lejos estaba de la estúpida altanería que suele alimentar la riqueza, como de la humildad vergonzante que algunas veces origina la falta de recursos materiales..

Entre los tipos que merecian llamar poderosamente la atencion, tanto por la importancia de sus cargos, cuanto por la exactitud con que sabian y podian llenarlos respectivamente, figuraban en primera línea el maestro de escuela y el secretario de ayuntamiento.

Ambos destinos estaban dotados suficientemente para atender á las necesidades de una vida decorosa y desahogada, y habian hecho olvidar el antiguo refran alusivo al del primero, cuando la escasez de sus recursos hacia inútiles é ineficaces la inteligencia y los buenos deseos de que la mayor parte se hallaban poseidos.

Recordábanse esos tiempos, venerando la memoria de aquellos séres que, privados casi siempre de los medios necesarios para la propaganda de la ilustracion y de la moralidad, educaban su inteligencia y sacrificaban su comodidad en aras de su amor al prójimo, extendiendo sus luces éntre pueblos ignorantes en fuerza de laboriosidad y de desvelos.

Calleja se veia á sí mismo, reproducido, hon-

do y lirondo, permitiéndose una colosal barriga y rebosando salud y contentamiento por todos los poros de su frailuna humanidad.

Observaba que era considerado como una de las más bellas figuras, moralmente hablando, siendo sus atribuciones de una entidad suma, por cuanto dirigia las jóvenes inteligencias por la senda de la verdad, desarrollando en los corazones el gérmen de los buenos instintos, y guiando las aspiraciones de todos por el camino provechoso y noble del desinterés personal, y de la abnegacion y cariño hácia la sociedad, la patria y la familia.

La educacion que daba á los jóvenes hasta la época de su ingreso en otros colegios era completa, y comprendida como era debido en sus diversas fases, moral, intelectual y física.

La primera, penetrando en la vida del alma por medio de la sublime gradacion de las creencias religiosas, les hacia comprender la existencia de una verdad absoluta, de un sér superior á lo creado, de una justicia eterna que pesaba los destinos de la humanidad en su fiel balanza; y hecha éntera abstraccion del influjo de las tradiciones y de las creencias de familia, hacia penetrarse de las suyas á los educandos por medio de la conviccion y del ejemplo, por el razonado instinto del *yo* ó de la *conciencia*, y por el exá-

men y estudio de la naturaleza y de la ciencia en sus resultados tangibles y positivos.

La segunda, ó educacion intelectual, preparada ya en buen terreno la primera, dejaba al profesor ancho campo para su desarrollo, segun las facultades de cada alumno y segun tambien la carrera ó profesion á que se sentia inclinado, formando siempre la base el conocimiento de la lengua natal y de los deberes mútuos, así como el de la historia patria y de los diversos adelantos en los ramos del saber.

Como intermedio de la una á la otra parte figuraba la educacion física y corporal, que consistia en juegos gimnásticos y de destreza, la natacion y otros diversos medios que contribuian al progresivo desarrollo del cuerpo, sin exponerle al peligro de la precocidad intelectual, generalmente nociva á la organizacion de la materia.

Naturalmente, Calleja, comó cualquier otro colega de aquel país, no era un ser vulgar, con algunos conocimientos superficiales y esceso de fraseología y ampulosidad, sino un hombre de profundos estudios y verdadera ciencia, dotado al propio tiempo del carácter conveniente y que no todos poseen, para la educacion de la juventud, sabiendo unir á la firmeza del precepto la dulzura de la persuasion y del ejemplo, con lo

que llegaba á granjearse el respeto y la estimacion de todos.

Con esto y la acertada distribucion de las clases, hábilmente combinadas con horas de solaz para los alumnos, aficionábanse estos de tal modo al estudio, que no se encontraba un chico en la calle ni para un remedio, notable diferencia entre estas y las costumbres de antaño, cuando las túrbas de mozalvetes, ignorantes y atrevidos, hacian inútiles la vigilancia de la policía y de los padres, que á la verdad era bien poca, para evitar el escándalo de sus calaveradas.

Entre los discípulos más aventajados escojía el profesor algunos que le ayudaban en sus tareas, lo cual hacian gustosos, sirviendo de honroso estímulo á los demás estas elecciones.

Si buena posicion ocupaba, pues, el maestro de escuela y hábilmente desempeñaba su árduo cometido, Calleja, apartando la vista de su reproduccion, observaba que no le iba á la zaga el secretario del ayuntamiento, en el cumplimiento digno de sus difíciles y variados cargos.

Puede decirse que todas las disposiciones de alguna importancia, nacian de su iniciativa particular, prestándolas el alcalde el sello de su sancion gubernativa.

El era una especie de administrador solícito de todos los intereses y de agrimensor ó ingenie-

ro general, que dirigía la equitativa distribucion del trabajo y de las recompensas, inspeccionando todas las construcciones del ornato público y de colectivo beneficio, tanto en los campos como en el casco de la poblacion.

Igualmente estaba á su cargo la inspeccion del ramo de beneficencia, fomentando las mejoras aplicables á todos los ramos de la misma, tanto en los hospitales como en las colonias de ancianos é impedidos y en el magnífico manicomio, en el que, unido su celo á una buena direccion facultativa, lograban los mejores resultados en la curacion de los dementes, que por fortuna eran muy pocos, y cuyo número declinaba aun de dia en dia, merced sin duda á la suavidad de las costumbres y á la buena educacion que moderaban la violencia de las pasiones, así como al trabajo y la higiene que hacian desconocer la miseria y daban salud á las naturalezas.

Vigilaba tambien por sí ó por delegado de confianza la acertada inversion de los caudales públicos, proyectaba reformas de todos géneros que sometia á la aprobacion de la autoridad, y constituia, finalmente, unido á los cuatro más ancianos del pueblo y bajo la presidencia del alcalde, un tribunal prévio en el que se dilucidaban las cuestiones y cuyos fallos todos acataban, siendo muy raro el caso de que ninguna querella tu-

viese que salir de los límites de aquella jurisdiccion, para penetrar en el terreno de otra autoridad superior que decidiese.

De manera, que entre el secretario y Calleja asumian en sí las más importantes facultades para el sostenimiento del órden y union de la sociedad y de la familia, y de tal manera desempeñaban sus destinos, que lograban captarse un aprecio extraordinario, trocando en grata y deseada tarea, el antes azaroso y poco envidiable desempeño de los cargos públicos y concegiles.

No solo era el secretario el que formaba las delicias de Calleja, al observar su buena cooperacion para la mision honrosa en que tomaba parte tan activa.

El cura del pueblo, el boticario y el médico, cada uno en la esfera de sus obligaciones, brillaban por su saber y sus virtudes, prodigando con fraternal solicitud á sus semejantes los consuelos de la religion y de la ciencia.

La más hábil direccion facultativa se observaba en todos los planes higiénicos y sanitarios, y el más acendrado celo evangélico brillaba en todas las ocasiones en que la humanidad reclamaba los auxilios de la religion.

La Guardia civil, esa excelente y benemérita institucion creada en el siglo XIX, y en el que tantos y tan señalados servicios habia tenido

ocasion de prestar á todos los intereses sociales, se hallaba dignamente representada en Villa de Oro; pero su presencia, más que una necesidad, era un recuerdo debido á su glorioso renombre, pues jamás se presentaba ocasion en que fuese necesario el auxilio de la fuerza pública para hacer acatar las disposiciones superiores, ni la persecucion de malhechores distraia á tan distinguido cuerpo, que siguiendo constante por la honrosa senda emprendida desde su fundacion, tenia la suerte de figurar siempre en primera línea cuando se hacia preciso medir las armas con los ejércitos extranjeros.

Todos los gremios, todas las asociaciones, ligadas entre sí por vínculos fraternales, lo estaban asimismo recíprocamente con las demás, estableciendo una perfecta homogeneidad de miras y coadyuvando al feliz resultado de una general armonía y bienestar.

Aquello no era Jauja ni la tierra prometida, pero sí se hallaba la perfectibilidad humana en un elevado grado de desarrollo, muy superior al ambicionado muchas veces por Calleja.

La religion cristiana se hallaba generalmente extendida entre aquellos habitantes; pero esta religion, tan dulce y tan consoladora, esta religion toda verdad y toda fé, era practicada con su primitiva sencillez, sin fastuosa ostentacion de

lujo, rindiendo á Dios todos los corazones el expontáneo culto de la adoracion y del respeto.

Sustentábase la religion sin alardes de hipocresía y sin estúpidas supersticiones, pero al propio tiempo habia desaparecido la torpe indiferencia, que cual una inmensa capa de hielo, gravitaba y se extendia en el siglo anterior sobre las sociedades.

La política dominante, única y exclusiva de todos los tiempos y lugares, aunque con forma determinada, podia condensarse y definirse en esta sola frase: LA REALIZACION DEL BIEN PÚBLICO.

Así el poder, más que otra cosa, era una direccion encargada de velar por la observancia de las leyes, siendo estas leyes iguales para todos y para todos provechosas en sus inmutables disposiciones.

El gobierno de aquel país era democrático en toda su pureza, y la primera autoridad emanaba de un Consejo de ancianos que legislaban y gobernaban bajo el nombre de Consejo democrático nacional. La libertad más completa se observaba en todas partes, presentándose en sus más ámplias manifestaciones, siempre limitadas, empero, en el círculo de los derechos respectivos por el cumplimiento del deber y el respeto á los derechos de los demás. La libertad de enseñanza no obligaba á los directores intelectuales de la

niñez á morirse de hambre; la política no era pantalla que velase con sus varios colores la ambicion, ni escabel para encumbrarse á los primeros puestos del poder.

Este era una verdadera carga nacional, que la edad, la sabiduría y la prudencia sobrellevaban con verdadero patriotismo, y si el Consejo de los ancianos encontraba alguna compensacion á sus trabajos, era únicamente en la práctica de sus sábias leyes, que todos los ciudadanos se esforzaban en cumplir. No se conocian partidos de ninguna especie; todos aunaban sus esfuerzos para la felicidad comun, y nunca se originaban crísis entre los supremos consejeros, cuyo reemplazo solo se efectuaba cuando las enfermedades, la muerte ó la ausencia de alguno de ellos lo motivaban. En cada poblacion habia asimismo un Consejo de justicia y administracion, ante el que cada ciudadano podia exponer sus quejas ó reclamaciones; el Consejo local resolvia y sentenciaba, y únicamente en caso de duda ó de asuntos muy trascendentales, se sometian los acuerdos á las superiores decisiones del Consejo supremo. La pena de muerte hallábase abolida de hecho hacia algunos lustros, y de derecho hacia muchos años, pues habíase observado que, al paso que los maestros de escuela engordaban por lo atendidos que estaban de todas las clases de la

sociedad, los verdugos enflaquecian de hambre, faltos de trabajo; viéndose precisados, mucho antes de que fuera ley la abolicion, á abandonar su oficio por otros que les hicieran salir de aquella ociosidad.

Todos los cargos públicos de gràn importancia eran gratuitos y honoríficos, eligiéndose siempre para desempeñarlos á los más sobresalientes en experiencia, saber y rectitud.

Las decisiones del Consejo directivo, ó sea Gobierno, se adoptaban siempre por unanimidad de votos; pués en caso de no haberla, el Consejo resignaba sus cargos y era elegido otro inmediatamente, que subsistia ínterin estaba acorde en un todo en sus apreciaciones sobre la mejor conveniencia del Estado.

Cuando no habia discordancia en sus deliberaciones ejercian su cargo por espacio de cinco años, al cabo de los cuales otro nuevo Consejo venia á reemplazarles en sus trabajos, practicados sin lucro de ninguna especie, y únicamente por la obligacion en que todos estaban de servir á la patria segun sus facultades.

Desconocíanse las deudas, las estafas y las quiebras, y con la falta de destinos públicos retribuidos, en las categorías elevadas, evitábanse los grandes pábulos de ambicion y de rivalidades políticas; los empleados civiles ó militares que

tenian asignacion por el Estado eran inamovibles, y mediante carrera ú oposicion, sin derecho á cesantías ni jubilaciones ó retiros, hallándose en cambio remunerados lo bastante para que, además de subsistir con independencia y decoro, pudiesen economizar para la vejez ó para las enfermedades.

De este modo habia logrado hacerse desaparecer paulatinamente la numerosa y temible plaga de las clases pasivas, rémora contínua de la regularizacion de la Hacienda en los antiguos rutinarios sistemas de gobierno.

Calleja observaba todo con el mayor agrado, discurria por las calles del pueblo, entraba y salia por las aulas, y recibia de sus discípulos y de los ciudadanos todos contínuas muestras de consideracion.

El colegio de primera enseñanza era un edificio suntuoso y perfectamente adecuado en su acertada distribucion al objeto que se le destinaba.

Calleja tenia designada en él su habitacion.

Pensó que ocupándose de las observaciones generales del país, y tomando noticias de lo que se relacionaba con la vida pública, habia olvidado descender á la privada.

Sin duda tendria un cuarto destinado para el estudio y una escogida biblioteca.

Pero ¿qué autores eran entonces los usados? ¿Encontraria alguno de sus libros favoritos?

El maestro quiso satisfacer su curiosidad, y se dirigió por una galería que se estendia á la entrada del edificio.

Aquella galería no tenia término.

Calleja andaba sin cesar, y sin embargo le parecia que se hallaba siempre en el punto de partida.

Entonces trató de volverse por el mismo sitio por donde habia entrado.

Al ir á efectuarlo se sintió cogido por un brazo.

Hizo esfuerzos para desasirse, y se sintió violentamente sacudido.

Reunió sus fuerzas, y con un nuevo y desesperado movimiento quiso desprenderse.

Sintió entonces un dolor agudo que le hizo lanzar una exclamacion y abrir los ojos, despertando de su sueño.

CAPITULO XI.

La vuelta al mundo.

Efectivamente; el maestro Calleja se habia quedado dormido.

Del mundo ficticio que su sobreescitada imaginacion habia creado, volvia al mundo de la realidad.

De los futuros tiempos de mayor perfectibilidad humana á la actual época de la farsa, de la injusticia, del egoismo y del hambre.

Nada restaba de su brillante ilusion sino la causa que habia producido el efecto de hacerla desaparecer.

Esta causa era un agente de órden público, que en pié delante del asiento en el que Calleja se durmiera, le sacudia por el brazó con insolente ademan.

El maestro revelaba por su traje y por su

cara su miserable estado, y el agente podia, por lo tanto, usar, si así le acomodaba, del derecho de la fuerza, en caso de desprenderse ó carecer de la fuerza del derecho.

Aquello era un sangriento sarcasmo, una antítesis horrible de lo que sucedia en Villa de Oro.

Calleja, al esforzarse en medio de su sueño por desasirse de la mano que le sujetaba, se habia dado un golpe contra el árbol en que se recostaba y el dolor ocasionado por aquel le habia obligado á despertarse.

El maestro al ver al agente creyó que se hallaba expuesto á algun peligro.

—¿Qué sucede?—le preguntó con extrañeza y restregándose los ojos.

—Sucede,—dijo el polizonte soltándole, y con acento irónico,—que no está la noche para dormir al fresco, y que voy á proporcionarle un asilo para que no le haga daño el relente.

—Muchas gracias,—contestó Calleja, sin apercibirse de la ironía;—estoy bien acostumbrado á los aires del campo y á cosas algo peores.

—Ya lo presumo, y por lo mismo quiero evitarle esas molestias : esta noche dormirá en la prevencion, y mañana irá con otros compañeros que proyectan una expedicion al Pardo.

—No estoy de humor de expediciones,—re-

puso el maestro, sin comprender bien lo que se le decia, y entre risueño y mohino por la brusca intervencion de aquel hombre.

El buen Calleja ignoraba que existiese un asilo para pobres en el lugar mencionado por el esbirro, así como que la prevencion era un depósito provisional de los detenidos por la policía.

—Pues si no tiene humor ya lo irá haciendo, —dijo el agente;—y ande, compadre, y no trate de ganar más tiempo, que harto nos hacen perder los vagabundos de su calaña.

El viejo filósofo sintió que la sangre que le quedaba en el cuerpo se le agolpaba á las mejillas.

¡Era tratado como vagabundo, menospreciado, insultado por un dependiente del gobierno, de aquel gobierno que se obstinaba en hacerle vivir de vegetales!

Sintió un violento acceso de cólera próximo á estallar; formuló en su mente el más enérgico apóstrofe para increpar la sociedad y los que la dirigian.

Pero consideró que seria perdida cualquier manifestacion de su elocuencia, y se contentó con dirigir al delegado de la autoridad una mirada de desprecio, enderezando sus pasos acto contínuo, con majestuoso continente, hácia la calle de Alcalá.

El agente se detuvo algunos momentos asombrado de aquella desusada manifestacion.

Mas al ver que Calleja desaparecia entre los árboles, creyó que se las habia con un tunante consumado, que habia puesto en juego la mímica de una falsa dignidad para escaparse de sus manos.

Entonces emprendió tras del maestro dándole voces para que se detuviera.

El viejo prosiguió su marcha sin hacerle caso.

El polizonte redobló sus voces y sus pasos.

Calleja tuvo miedo.

Miedo de ser detenido, confundido con los vagos y los malhechores, ultrajado en su dignidad y en su honradez.

Esta idea le ocasionó un vértigo moral.

El temor le sugirió una idea.

Reunió sus fuerzas, y tomando por una de las pequeñas alamedas del paseo dióse á correr huyendo de la persecucion de que era objeto.

El agente corrió detrás.

De este modo siguió algunos minutos.

Entraron en la calle de Alcalá.

El maestro, debilitado por el hambre, por la edad y los pesares, sentia que le faltaba el aliento.

El de policía, jóven, alimentado y vigoroso, le llegaba á los alcances.

Calleja conoció que se le doblaban las piernas, experimentó en el pecho una opresion violenta y tuvo que detenerse.

Le pareció que el suelo huia de sus piés, un zumbido extraño resonó en sus oidos, pasó una nube por sus ojos, sintió que le faltaba el aire para respirar, y lanzando un ronco gemido cayó sin sentido sobre el pavimento

El agente acudió á él.

Los transeuntes fueron deteniéndose á la inmediacion.

Formáronse los correspondientes comentarios.

Sobrevinieron más agentes y más curiosos.

Inventáronse mil suposiciones.

Diéronse como ciertas.

Circularon de boca en boca, exajerándolas.

Tomó apuntes la crónica para la chismografía de la prensa.

Cada cual se despachó á su gusto.

Y el infeliz Calleja, despues de permanecer media hora sobre el suelo, sirviendo de pábulo á la pública curiosidad, fué trasladado á la casa de socorro.

Nadie adivinaba la causa de aquel suceso.

Ninguno comprendia el lúgubre drama que ocultaba.

Todos desconocian aquella lucha titánica, sostenida por una inteligencia abatida contra el

indiferentismo de la época y las necesidades del estómago.

El mundo frívolo y ligero tropezaba con un cuerpo, hacia desembarazar el paso, y proseguia su marcha, dedicándole un epígrama á lo sumo ó alguna frase de compasivo desden.

CAPITULO XII.

Champagne.

Nada más á propósito que unas cuantas botellas del esquisito licor que sirve de epígrafe á este capítulo para terminar alegremente una suculenta comida.

Nada más admirable para sostener la animacion y el chiste en las orgías de los libertinos, y en los festines de los poderosos.

Al anotar esta palabra, surge el recuerdo de que el Champagne es una bebida muy deliciosa, pero muy cara.

Incompatible con el estómago de los desheredados.

De los poetas y maestros de escuela, por ejemplo.

Verdad es que para estos son incompatibles hasta las patatas.

Esto es muy cierto, pero tambien muy doloroso.

Porque los maestros podian tener el derecho de comer y de almorzar tan dignamente como un político de nuestros tiempos.

Sin embargo, el único derecho que se les reconoce, es el derecho de morirse de hambre.

Y la mayor parte abusan de él de una manera lastimosa.

Pero volvamos al Champagne del que debemos ocuparnos, para desechar tristes ideas.

Á la vista del espumoso líquido surge en la mente un cúmulo de consideraciones.

La sociedad puede compararse á una copa de este licor, que se desborda como él y traspasa los límites en que se quiere contenerla.

Las clases desaparecen y se confunden, como tratan de confundir el falso Champagne y el verdadero.

Esto último es una desgracia.

Lo primero el principio de una felicidad.

No deberian existir más que dos clases.

Los hombres de bien, y los que no lo son.

La única y verdadera nobleza reside en los primeros, aunque los segundos puedan cubrir un palacio con sus pergaminos.

Además, que todos hemos tenido un ascendiente noble.

Tan noble como el verdadero amor á la pátria, cuando existia.

Aquel, y no la pátria, que se conserva buena, para servir al presupuesto.

El ascendiente de referencia era Noé.

La humanidad padece á veces olvidos incomprensibles.

Si Noé resucitara, reclamaria por lo menos el título de marqués del Arca, que le correspondia por derecho de ocupacion.

Noé trae á la memoria el cultivo de las viñas.

Y por consiguiente, el vino y el Champagne.

En el fondo de una copa de este licor, sobre todo estando entre dos luces, se descubre siempre alguna imágen de color de rosa.

Al llevarla á los lábios, las ideas adquieren un matiz igual, brotan las ilusiones, se escitan los sentidos, y la lengua más torpe, adquiere una prodigiosa flexibilidad...

El conde de Mina de Oro, era partidario del Champagne.

Pocos dias despues de aquel en que oimos pronunciar su nombre en casa de la duquesa del Bombo, reunia en la suya cierto número de amigos para celebrar su próximo casamiento con tan respetable señora.

Eran las diez de la noche, y habian transcurrido dos despues del accidente de Calleja, y una

desde la en que vimos á Salomon esperando la contestacion de su vecina, y recibiendo la inesperada y agradable visita del hombre del capote ruso.

La comida con que Mina de Oro obsequiaba á sus compañeros de libertinaje, era la última con que daba su adios á la vida de soltero.

El conde, por insinuacion de la duquesa, y para hallarse de acuerdo con las indicaciones que Ernesto Llorente habia de lanzar á los vientos de la publicidad, pensaba adoptar públicamente un género de vida diametralmente opuesto al hasta allí seguido.

Pero al lanzarse públicamente por la nueva senda, trató de continuar privadamente por la tenebrosa que de tiempo atrás recorria impulsado por el vicio y la depravacion.

Mina de Oro, se hallaba sumamente satisfecho por los últimos pasos dados en la última.

La víspera de la orgía, habia tropezado con un objeto codiciado largo tiempo.

Y habia asegurado su pronta posesion.

Este objeto, era un tesoro para el oculto desenfreno del conde.

Este tesoro una mujer.

Y esta mujer, Ernestina Calleja, hija del viejo filósofo que dejamos en camino de la casa de socorro, despues de haber caido sin conocimiento

huyendo de la persecucion del agente, sobre el pavimento de la calle de Alcalá.

Mina de Oro, dulcemente arrullado en un mundo de doradas ilusiones, dejaba divagar su mente por los espacios ideales, soñando con la pronta posesion de inapreciables encantos.

CAPITULO XIII.

El último brindis.

La satisfaccion interior del conde, por el feliz resultado de sus maquiavélicos planes, se reflejaba en su semblante.

Sus comensales, sin embargo, ignorantes de la secreta intriga que le sonreia en perspectiva, atribuian su gozo al proyectado casamiento, que reuniendo á su fortuna la considerable de la duquesa del Bombo, formaria un respetáble capital, suficiente á satisfacer las más ambiciosas exigencias.

Dada la alegría del anfitrion, natural era que se estendiese y se estereotipase sobre el rostro de los convidados.

El Champagne circulaba con profusion, y en el fondo de cada copa, se presentaba un horizonte de color de rosa.

Nadie dudaba que el conde hacia un magnífico negocio.

En efecto, para su union con la vetusta jamona impulsaba á Mina de Oro la sola razon de conciencia.

El conde habia hecho un gran estudio que no era sino el complemento de su egoismo.

Habia estudiado el corazon de la mujer y se preciaba de haberlo conocido á fondo.

Negaba la existencia del amor, y desconocia ese manantial inagotable de tierna solicitud de que se halla provista la mujer, y que constituye el mejor consuelo del hombre y su más grata aspiracion.

Mina de Oro era materialista acérrimo; para él no habia un *más allá* fuera de la tierra; todo concluia en esta, y era preciso aprovechar el tránsito por el mundo de una manera conveniente.

Este absurdo moral y filósofico, este principio funesto, constituia la base de su indiferentismo y de su aversion á la entidad moral de la mujer.

Para él esta no era más que una flor, cuyo perfume debia aspirar momentáneamente, sin tratar de embriagarse con su perfume, ni de conservarla una vez marchita.

Estas ideas, tan generalizadas actualmente,

constituyen la semilla más perniciosa que puede arrojarse en nuestra sociedad.

La mujer, esa bella mitad del género humano, ese árbol de dulce sombra, que nos cobija con el cariño de madre, que trasforma y ennoblece nuestro sér con el de la hija, que nos consuela con el afecto de hermana y que reanima la existencia con su pasion amante, la mujer, repetimos, aspira en nuestra atmósfera social dos emanaciones mefíticas y repugnantes que dañan su corazon y matan sus sentimientos, abrumándolos poderosamente como una clava opresora.

Estas dos emanaciones, son el libertinaje y esceptieismo de los hombres y el desarrollo inaudito de la ambicion, de ese cáncer horrible, que forman en su pecho, inoculando su maléfico virus, los mismos que debian preservarlas de él con incesante solicitud.

La mujer se nos presenta frecuentemente bajo una mala forma; pero ¿no hemos sembrado en su corazon el gérmen funesto del escepticismo?

El conde, desprovisto de afecciones, no habia amado jamás.

En cambio, sus torpes caprichos y su vida licenciosa, sostenida por el poder del oro, habian llevado la inquietud y la deshonra al seno de muchas familias.

Su cuerpo estaba gastado, aniquilado, envejecido anticipadamente por los escesos: su inteligencia se agotaba, pero el vicio se manifestaba latente y poderoso, empujándole por la senda de la degradacion moral y material que se habia empeñado en recorrer.

Su casamiento con la duquesa, hipócrita, envilecida, no introduciria la menor variacion en su modo de pensar.

Solamente que, en lo sucesivo, el velo de la caridad, entretegido con aparentes actos filantrópicos, y exhibido por Llorente, cubriria con sus espléndidos matices la deforme perspectiva de sus estravíos.

De allí en adelante, el conde, satisfaciendo sus criminales instintos en la sombra, gozaria á la luz del mundo de una envidiable reputacion.

Su nombre sería respetado, venerado y engrandecido.

Y aquel prestigio virtuoso, aquella aureola popular, los deberia á la oportuna iniciativa de la duquesa del Bombo.

Si Mina de Oro hubiera sido capaz de sentir algun impulso noble, la gratitud á su futura esposa debia haberse manifestado en aquella ocasion.

Pero el conde no conocia otros sentimientos que los de un egoismo refinado.

Estaba satisfecho, y su satisfaccion rebosaba entre la crápula, dando con aquella orgía una aparente despedida á sus criminales devaneos.

Hemos dicho que el Champagne circulaba con profusion.

La gula estaba aplacada en parte, los estómagos se hallaban bien repletos.

Únicamente la sed continuaba inextinguible.

Los bríndis se sucedian, las copas chocaban con discorde estrépito, las carcajadas, y las alegres exclamaciones se mezclaban con viva animacion.

—A la salud del príncipe de los héroes,—dijo uno de los bebedores;—cantemos las excelencias del amor conyugal y las dulzuras del hogar doméstico.

—Y la felicidad de la familia,—añadió otro comensal, apurando el contenido de una copa.

—Loor á los valientes,—exclamó un tercero, presentando la suya en alto y levantándose.

Muchos de los convidados se apresuraron á imitar su ejemplo, y el ruido producido por el choque de los cristales y el eco de las exclamaciones entusiastas, produjo en los oidos del conde una armonía deliciosa.

Las alusiones, á su cambio de estado, continuaron en escala ascendente.

—Brindemos por la eterna duracion de la luna de miel de los presuntos esposos.

—Y porque el ejemplo del conde lleve á buen camino á los solterones contumaces.

—No, no, que se contente con el homenaje de admiracion que le rendimos.

—Absolvámosle en nombre de la especie.

—Absolvámosle con el propósito de no contaminarnos.

—Eso es, huyamos de las tentaciones.

—Y de los peligros.

—Pero aplaudamos el valor.

—Y juremos no imitarle.

—Veámonos siempre libres de las asechanzas femeninas.

—¡Amen!—prorumpieron varias voces estrepitosamente.

Siguióse una pequeña pausa, durante la cual todas las copas volvieron á llenarse.

—Señores,—exclamó el conde aprovechando aquella trégua;—líbreme Dios de declararme campeon en estos momentos de la causa combatida.

Mi opinion no podria ser emitida con imparcialidad completa, y en este supuesto me limito á implorar la benevolencia general y á manifestar mi sincero deseo de que si cualquiera de los que me escuchan sigue algun dia mis pasos, sea

por haber tropezado en su camino con una mujer de tan *convenientes* cualidades, que no le haga jamás sentir el menor remordimiento por haberse borrado de la lista de los célibes.

Una lluvia de bravos y de aplausos siguió á las frases del conde.

Empuñaron las copas y el espumoso Champagne húmedeció nuevamente las gargantas de los insaciables bebedores.

La servidumbre del conde, una vez terminada la comida y principiando las libaciones y los bríndis, habia desaparecido de la sala del festin.

En aquel momento y mientras las copas se vaciaban, un criado penetró en la estancia.

Acercóse á su amo y le dijo algunas palabras en voz baja.

—Introdúcele al momento,—exclamó el de Mina de Oro.

—El señor marqués ha manifestado sus deseos de hablar en particular al señor conde,—repuso el criado con alguna turbacion.

—Son amigos de confianza,—dijo el conde,—puede el señor marqués pasar y hablar sin el menor inconveniente.

El criado hizo una respetuosa inclinacion y se retiró.

Algunos momentos despues apareció de nuevo y anunció en voz alta:

—El señor marqués del Arenal.

Nuestro jóven filántropo, avanzó lentamente hácia la mesa.

El conde de Mina de Oro conocia al marqués muy superficialmente.

Algunas veces se habian encontrado en los salones del gran mundo.

Eran dos tipos opuestos.

Y el del Arenal no podia vencer la singular antipatía que el conde le causaba.

A este le producia aquella visita una profunda estrañeza.

Jamás habia cruzado con el jóven sino algunas frases de política.

¿Qué podia ocurrírsele al marqués?

A la llegada de este, el conde se levantó, imitando su ejemplo el resto de los concurrentes.

El recien llegado paseó su tranquila mirada sobre aquellos rostros, animados por las repetidas libaciones.

Despues se quitó uno de los guantes y se acercó más á la mesa.

Parecia como que iba á empuñar alguna copa.

—Puesto que el señor conde de Mina de Oro, —dijo con grave entonacion,—ha querido que sus amigos de confianza sean testigos de la en-

trevista que solicitaba obtener privadamente, voy á tener el honor de complacerle.

El jóven calló un momento, como aguardando una contestacion.

Mina de Oro hizo una señal de asentimiento.

Los convidados guardaban un silencio absoluto.

Esperaban el desenlance de aquella escena no incluida en el programa de la fiesta.

El marqués prosiguió con voz pausada:

—Celebro infinito que la voluntad del señor conde me proporcione la ocasion de manifestarle de una manera tan pública mis apreciaciones sobre su conducta, y sobre todo, llegar tan á tiempo que pueda pronunciar el último bríndis, adecuado perfectamente al asunto que se celebra en este instante.

La curiosidad general redobló al oir estas palabras.

El sentido irónico que envolvian las frases y la entonacion del filántropo, hacia presagiar un desenlance anómalo.

El conde sintió un profundo malestar.

Arrepentíase ya de no haber escuchado á solas al marqués.

Quiso murmurar algunas palabras, pero no supo qué decir.

Ya no era posible evitar lo que sobreviniese.

El marqués, apercibiéndose de su turbacion, dió un nuevo paso hácia él, y continuó:

—Trás de tantas lisonjas y felicitaciones, como habrán halagado los oidos del señor conde por su futuro cambio de estado, réstale escuchar la última palabra.

Deseo que su nombre sea tan dignamente conocido como debe serlo, y que el torpe seductor de la inocencia, el infame verdugo de la honradez desvalida, halle siempre á su paso, quien, como en la ocasion presente, á través de la adulacion y de la farsa, haga palidecer su semblante con el acento de la verdad, y señale su frente con el escarnio merecido por su criminal conducta.

Al decir esto, el jóven, conmovido de indignacion y de ira, fijó una mirada despreciativa sobre el conde, y arrojó á su rostro con fuerza el guante de que se habia despojado al entrar.

Un rugido de cólera se escapó de la garganta del conde.

Lanzóse hácia el que de tal manera le increpaba temblando de furor.

A duras penas lograron sus amigos contenerle.

El marqués del Arenal, sin perder la calma, sacó su cartera y de ella una tarjeta que tiró sobre la mesa, saliendo acto continuo de la sala.

El Champagne habia cambiado su color de rosa por un tinte rojo fuertemente pronunciado.

El tinte de la sangre, que seria forzoso se derramase, y que se vislumbraba claramente, despues del dramático episodio que acababa de tener lugar.

CAPITULO XIV.

El primer paso.

Ernestina Calleja, al retirarse de la ventana despues de haber penetrado el objeto lanzado por su vecino, inclinóse para recojer aquel, movida por un impulso de curiosidad.

Al descubrir la carta, aun cuando era la primera que recibia, adivinó fácilmente su contenido antes de abrirla.

Las demostraciones y las miradas de Salomon no habian pasado desapercibidas para ella.

El lenguaje del amor se manifiesta al momento y se hace comprensible á las más sencillas inteligencias.

La de Ernestina estaba desarrollada con esceso.

Y abrigaba en su pensamiento ideas ambiciosas.

Al venir á Madrid, mil risueñas ilusiones habian cruzado por su mente.

Tenia la conciencia de su hermosura, revelada por el espejo, alabada por los jóvenes de su aldea y envidiada por las mujeres de la misma.

Con aquel rico presente que debia á la naturaleza, podia esperar algo más que morirse de hambre, arrinconada con los libracos del maestro.

Pensó que en la córte no faltarian pretendientes á sus encantos reales y positivos, cuando tanto tributo se rendia á los postizos, segun oia en las murmuraciones de las comadres de la vecindad.

Desde su llegada á la capital, el espectáculo del lujo escitó sus aspiraciones de vanidad y de ambicion.

Al mismo tiempo que el lujo fascinaba su vista con su explendor brillante, la miseria penetraba en su morada, mostrándola su repugnante aspecto.

Calleja no encontraba colocacion y fuéle preciso á la jóven trabajar para vivir.

En el taller tuvo ocasion de escuchar diversas apreciaciones sobre aquellas dos visiones que torturaban su espíritu.

Muchas de aquellas obreras, mártires del trabajo, comentaban la dicha y envidiaban las comodidades de otras mujeres que cruzaban á su

lado, deslumbrándolas con sus magníficos atavíos ó salpicándolas con el lodo que levantaban las ruedas de sus carruajes.

Y gran parte de aquellas mujeres debian al vició y á la deshonra el fausto con que las insultaban, á ellas, esclavas de la virtud y del deber.

¿Qué compensacion encontraban sus sacrificios?

La carencia casi completa de recursos para atender á las más perentorias necesidades de la vida.

¿Qué proteccion debian á la sociedad por su heroismo en aquella lucha gigantesca?

La indiferencia ó el desprecio.

¿Y qué porvenir las esperaba en el caso de que una enfermedad, muy fácil de adquirir en medio de tantas privaciones, las postrase en el lecho, privándolas de la facultad de trabajar?

Solo podian ver en perspectiva dos tristes resultados.

El hospital ó el abandono.

Ernestina devoraba la amargura que se desprendia de aquellas conversaciones.

El paralelo era odioso.

El veneno que aspiraba el alma, mortal para los sentimientos dignos.

El vicio triunfaba mientras sucumbia la virtud.

¿Qué defensa encontraban para resistir á las tentaciones de la vanidad, al desconsuelo de las privaciones, al sonrojo de la pobreza humillada y escarnecida?

Triste es decirlo; NINGUNA.

Solamente las creencias religiosas, la voz de la conciencia y el instinto del pudor podian formar su escudo.

Pero no siempre la fuerza de la voluntad era bastante para combatir con éxito y salvar tan continuados peligros.

Ernestina, privada de la maternal solicitud desde sus primeros años, solo habia encontrado en el mundo privaciones y desencantos.

Todo el valor, la fé, la perseverancia, el estudio, la honradez y el trabajo de su padre no le habian dado otro resultado en el lugar, que el arbitrio de morder raíces para suplir al alimento necesario.

Y llegados á la córte, hasta este arbitrio le faltaba, y ella pasaba las noches con la cabeza inclinada sobre la costura para pagar la mísera habitacion y comprar una libreta, y sus vestidos se rompian, sin que hubiera medios para reemplazarlos, y en breve su andrajoso aspecto la obligaria á renunciar al rudo trabajo, y á ocultar la vergüenza de su desnudez en el fondo de su guardilla, los breves dias que tardara

el dueño de la habitacion en arrojarlos á la calle.

¿Y despues, qué podria sobrevenir para los desgraciados?

La jóven se horrorizaba cuando llegaba á este punto.

Durante algun tiempo permanecia abismada en tristes reflexiones, hasta que al cabo, saliendo de su ensueño, levantaba la cabeza y brillaban sus ojos con un extraño fulgor.

En estos momentos, el génio del mal triunfaba en el combate.

Cualquier pequeño impulso la hubiera precipitado en el abismo.

Las miradas y los ademanes de Salomon, como hemos dicho, habian sido observados por la jóven.

Pero el traje del poeta, y el aspecto de la habitacion que en parte se descubria desde su ventana, habian revelado bien á las claras á Ernestina, que su adorador pertenecia á la familia de los desheredados, y que solo podria ofrecerla un porvenir de privaciones y de desventuras para unirlas al largo catálogo de las que venia sufriendo desde que se abrieron sus ojos á la luz.

En la crítica situacion en que se encontraba la jóven, no podian tener cabida en su corazon sino los sentimientos extremos que condujesen á una decisiva solucion.

La desesperacion ó la muerte con la virtud, ó el inmediato cambio de posicion por el camino del deshonor y de la afrenta.

Salomon no podia brindarla con otro mejor camino, ni interesar por lo tanto su voluntad harto combatida por los acerbos golpes del infortunio.

Así es que, como sabemos, los manejos del poeta no le dieron resultado alguno, y lanzó aquella carta, más bien que con el último resto de esperanza, con la viva ansiedad del que aguarda una sentencia definitiva.

Ernestina rompió el sobre y leyó aquellas líneas trazadas con la mágia de la poesía, realzada por la verdad del sentimiento.

Por un momento pareció aspirar en su alma la esencia mágica de aquella pasion, que la hablaba por primera vez con el encanto del idillo.

Pero aquello fué un relámpago.

La imágen de la miseria cruzó su descarnada mano entre la carta y los ojos de la jóven.

Y tras de ella vió surgir la macilenta y sombría figura de su padre.

Ernestina arrojó el papel y se dejó caer en un asiento derramando lágrimas amargas.

Trascurrió así media hora.

La jóven se levantó, se serenó algun tanto y se acercó á la ventana, apoyándose en el antepecho.

Ningun ruido se detallaba, solo llegaba hasta allí en confuso murmullo, el producido por los lejanos rumores de la calle.

Ernestina pasó algun tiempo sin darse cuenta de su estado.

Parecia que el estupor habia invadido su inteligencia.

Por fin, sacudió aquella especie de insensibilidad moral que la abatia.

Paseó su mirada por la habitacion.

La soledad comenzaba á inquietarla.

Su padre no volvia.

Recordó su palidez, su cansancio y el estado de postracion en que parecia encontrarse.

Ernestina tuvo miedo.

Miedo por ella y por el anciano profesor.

¿Qué podia haberle sucedido?

¿Qué causa motivaba su tardanza?

Aquella noche le correspondia llevar el trabajo terminado.

Generalmente iba acompañada por su padre.

Solamente cuando el abatimiento de éste le impedia totalmente salir de casa, se dirigia sola al obrador.

La jóven se consumia de inquietud.

Tenia que entregar las prendas concluidas.

Y temia dejar la habitacion sin aguardar la vuelta del maestro.

Pasaron algunos minutos, que fueron siglos para ella.

No pudo sufrir más tiempo.

Necesitaba terminar aquella angustia que la devoraba.

Cogió su labor y salió dirigiéndose al taller.

Cuando volvió llevaba el pecho desgarrado por una nueva amargura.

El dueño de la sastrería habia reducido á la mitad el número de las oficialas.

Escaseaba el trabajo, y era preciso hacer economías.

Habian salido las costureras más modernas, y la hija del maestro de escuela se encontraba en este caso.

¿Dónde podia encontrar de nuevo alguna ocupacion análoga?

Ernestina comenzó á andar con insegura marcha y en un estado de febril excitacion.

A poca distancia del obrador observó que la seguian.

Volvió la cabeza y se ruborizó.

Era el caballero que otras noches la esperaba á la salida, y que se le acercaba algunas veces cuando no iba acompañada por Calleja.

El conde de Mina de Oro.

El libertino solia espiar á las modistas á su salida del trabajo.

Acechaba sus víctimas como el cazador las piezas.

La primera noche que vió á Ernestina llamóle desde luego la atencion su singular hermosura.

El natural pudor de la jóven rechazó en los primeros momentos las palabras del conde.

Este veló sus aspiraciones bajo la mejor forma posible.

La ambicion de Ernestina se despertó, su corazon palpitó á impulsos de la vanidad y del orgullo.

Conoció el seductor que el terreno se hallaba perfectamente preparado la noche en que salia despedida del taller.

Acercóse á la hija del maestro, y redobló sus halagos y promesas.

Ernestina estaba postrada moralmente.

Consintió en que el conde la acompañara hasta su casa.

Por el camino le confesó su triste situacion y la prolongada ausencia de su padre.

Mina de Oro alimentó nuevas esperanzas.

Al llegar á la puerta la pidió permiso para subir hasta la habitacion, para enterarse de si su padre habia tenido alguna novedad.

Ernestina se habia traido la llave.

Subieron ambos, y entraron en el miserable albergue.

Calleja no habia vuelto.

La jóven prorumpió en amargo llanto.

El conde trató de consolarla.

Manifestóla los peligros á que se hallaba espuesta, sola y abandonada.

Conjuróla á que se dejase guiar por su experiencia en provecho de su mismo padre.

Ella, miserable y sin apoyo, no podria hacer nada por él.

Con su ayuda descubririan su paradero: Calleja seria protegido, colocado, sacado de la funesta posicion, que con su eterna lucha le iba quitando la vida.

Ella encontraria en él respeto, adoracion y solicitud.

Tendria habitacion, vestidos y tren correspondiente á su hermosura.

El conde en cambio solo exigía un poco de cariño, una muestra de pasion para corresponder á la inmensa que alimentaba en su pecho.

Ernestina se vió envuelta en aquella dorada atmósfera de fascinadoras promesas.

Los brazos del libertino rodeaban su talle mientras murmuraba á su oido las más halagadoras frases.

Ella luchó débilmente.

El conde la estrechó contra su pecho, y sus lábios tocaron los lábios de la jóven.

Ernestina sucumbió.

La imágen del pudor abandonó la estancia.

El hogar paterno quedaba deshonrado.

Una hora despues, Ernestina y el conde salian de la casa donde habian sido mancilladas las canas del viejo profesor.

Mina de Oro detuvo un coche de alquiler, hizo entrar á la jóven y se sentó á su lado, despues de dar las señas al cochero.

El caballejo emprendió un conatq de carrera.

Ernestina, con tardío rubor, se reclinó en el fondo del carruaje, cubriéndose el rostro con las manos.

CAPITULO XV.

Indagaciones.

Cuando el marqués del Arenal salió de su palacio por la puerta secreta, despues de haberse cubierto con el hongo y embozado en la capa, comenzó á caminar á paso lento para coordinar, mientras avanzaba, las ideas que bullian en su imaginacion.

Era, como recordarán nuestros lectores, la noche misma en que se habia presentado inopinadamente á Salomon, y la siguiente á aquella en que Calleja, saliendo de su casa, dejara en ella franca la entrada á la seduccion y á la deshonra.

El marqués volvia por segunda vez en el término de pocas horas á la calle de Tudescos.

Solamente que en esta ocasion se dirigia á la casa situada enfrente de la de los poetas.

El secretario del filántropo, entre los papeles que le habia entregado, habia incluido unos apuntes relativos al maestro Calleja.

La lectura de aquellos habia escitado vivamente la atencion del marqués, obligándole á salir sin dilacion.

Daremos noticia de lo que aquellos apuntes contenian.

El hombre de confianza del noble jóven recurria á mil expedientes, segun hemos ya manifestado, para indagar la existencia de la desgracia en sus diversas categorías.

Entre otros, figuraban las visitas á las casas de socorro y á ciertos antros ocultos donde se tegian los infames lazos de velada prostitucion.

En ambas partes recogia preciosos datos de la historia del infortunio.

Aquel dia el diligente servidor giró su periódica visita á una de las casas de socorro.

Pidió noticias como acostumbraba.

Refiriéronle algunos casos de heridas leves producidas por cuestiones y caidas.

Añadieron que la noche anterior habia entrado un hombre de cierta edad, de traje decente, aunque deteriorado, acometido de un accidente.

Habia pasado algunas horas con bastante

agitacion pronunciando repetidas veces el nombre de Ernestina.

Parecia un hombre dominado por una pasion de ánimo profunda.

Al amanecer, viéndole salir de su postracion, el médico habia prescrito una medicina.

Tomado que la hubo, recobró alguna energía y manifestó deseos de marcharse á su casa.

El secretario pidió las señas de esta.

Salió de la casa de socorro y se dirigió á la calle de Tudescos.

Le habia interesado vivamente lo que acababa de oir.

Llegó á la habitacion de Calleja.

Encontró á este en su lecho, presa de la fiebre y delirando.

Varias comadres de los cuartos vecinos hacian comentarios, instaladas en el cuarto del maestro.

A las preguntas del agente del marqués todas á una emitieron sus noticias y sus pareceres.

Calleja, segun voz general, habia salido la noche anterior.

Despues, su hija.

Esta habia regresado acompañada por un caballero.

Amboshabian permanecido largo tiempo solos.

Por último, salieron para no volver más.

El maestro habia llegado al ser de dia.

Encontró entornada la puerta de su habitacion.

Al notar la ausencia de su hija, comenzó á dar voces descompuestas.

Acudieron las oradoras.

Y hallaron al viejo, tendido en el suelo, acometido de una convulsion.

Trasladáronle á su cama.

Hiciéronle tragar á viva fuerza sendas tazas de manzanilla, flor de borraja, tila y flor de malva.

Pero ni por esas.

Habíanle echado siete mantas, reunidas caritativamente entre la vecindad.

Y el enfermó erre que erre.

Aplicáronle paños mojados en agua, en leche, en vino y en vinagre.

Como si tal cosa.

Calleja sudaba á más y mejor, sudaba desde los piés hasta la punta de los pelos.

Pero no se mejoraba.

Al contrario, aumentaban la fiebre y el delirio.

En la actualidad se discutia otro sistema de curacion.

Las comadres hicieron una trégua para tomar aliento.

¿Cómo sabian todos aquellos detalles?

El hecho era raro, pero no nuevo en una casa de vecindad.

El secretario respiró á su vez.

Acercóse á la cama del enfermo.

Calleja pronunciaba frases incoherentes.

Oyóle distintamente los nombres de Ernestina y Mina de Oro.

El pobre viejo, por lo que oyera la víspera á su hija, habia presumido la verdad.

Esta idea, la necesidad y la fiebre producian su delirio.

El secretario conocia bastante al marqués de Mina de Oro.

Su nombre unido al de la hija del maestro, produjeron en su mente un rayo de luz.

Las noticias que adquirió de las vecinas sobre la hermosura de la jóven, le confirmaron en sus sospechas.

Salió de la casa del enfermo y se dirigió á una de esas lóbregas cavernas del vicio donde se habia facilitado entrada para el mejor desempeño de su cometido.

El dinero del marqués, no escaseado para las indagaciones sobre la desgracia, y bien manejado por su agente, producia maravillosos resultados.

La dueña de la hedionda mansion, era una vieja infame, antigua ramera, que tenia abierta al público la morada de la prostitucion legal.

Mas no consistia en esto su principal industria.

Tenia habitaciones ignoradas para cierta clase de aventuras.

Las novicias en la carrera, las víctimas recientes de los grandes libertinos, cuando á estos les convenia no ostentar su *entretenimiento*, ocupaban estas habitaciones secretas, de las que se veian precisadas á trasladarse á las públicas cuando eran abandonadas por sus miserables seductores.

El secretario del marqués sabia de tiempo atrás por la vieja sus relaciones con el conde de Mina de Oro y lo mucho que éste protegía su *industria*, á la que él solo proporcionaba considerable incremento.

Algunas monedas deslizadas oportunamente en manos de la antigua meretríz le pusieron al corriente de lo que deseaba saber.

La hija del maestro de escuela habia, en efecto, ingresado la noche precedente en el catálogo de las prostitutas reservadas.

El fiel servidor del filántropo aventuró algunas palabras por si aún era tiempo de salvar á la jóven.

Una mueca horrible y una risita irónica de la vieja le convenció de que el primer paso estaba dado, y era el último de la vida honrada de Ernestina.

El secretario salió de aquella casa profundamente disgustado.

Llegó al palacio de su señor y redactó los apuntes relativos al suceso, con todos los detalles que habia podido recoger y que acabamos de trascribir.

El marqués del Arenal, dirigiéndose á la morada del maestro de escuela, medía el inmenso infortunio del desgraciado, y amargas reflexiones embargaban el ánimo de aquel hombre generoso.

Veia una sociedad gastada, donde el talento, la virtud y el esfuerzo individual se estrellaban ante la indiferencia colectiva.

Podia vivirse en ella con dinero y con vergüenza.

O con dinero y sin ella.

O sin ninguna de ambas cosas.

Mas sin dinero y con vergüenza, NO.

El mezquino espíritu de la época rendia culto al oro y postergaba ante su imágen los sentimientos, la dignidad y las creencias.

El marqués llegó á la casa del maestro, y penetró en el dormitorio.

El hombre-planta continuaba delirando.

Salió el jóven á la habitacion, y dirigiéndose á una de las comadres de mejor aspecto la habló algunos momentos en voz baja.

La vecina rogó á las demás que salieran del aposento, y á una de ellas que fuera en busca de un médico.

El marqués entregó un bolsillo á la mujer que quedaba, recomendándola la asistencia del enfermo, con arreglo á las prescripciones del facultativo.

Despues salió, dirigiéndose al domicilio del conde de Mina de Oro.

Pensaba rogarle ó exigirle que reparase la afrenta de la infortunada Ernestina.

El conde no estaba en casa.

Era muy tarde, y el marqués se retiró á su palacio sin haber descubierto su hombre.

Al siguiente dia se informó del estado de Calleja, que segun opinion del médico presentaba síntomas de enagenacion mental.

Reiteró sus encargos, y fué nuevamente á ver al conde.

Supo que éste se hallaba, en union de varios amigos, celebrando con un banquete su próximo casamiento con la duquesa del Bombo.

Esta noticia, ignorada por el jóven, excitó su indignacion, pues hacia imposible la reparacion que iba á exigir.

Hizo que se anunciara su llegada, y ya vimos cómo, introducido en la sala de la orgía, habia dado á esta un inesperado término, increpando al conde y arrojándole el guante á la cara á presencia de sus compañeros de aventuras.

CAPITULO XVI.

Un duelo á muerte.

Tras del insulto del marqués sobrevino lo que era natural.

Envióle el conde sus padrinos para entenderse con los que el jóven designó.

Hemos dicho que sobrevino lo que era natural.

Entiéndase que esta naturalidad es relativa al modo de ser de nuestras sociedades.

Porque prescindiendo de esto, el duelo es completamente refractario á todas las leyes de la naturaleza.

Los antiguos juicios de Dios tenian una explicacion más lógica que los actuales desafíos.

Por fortuna, el espíritu conciliador de nuestro siglo ha encontrado una fórmula que, disminuyendo su número, deja en buen lugar cual-

quier susceptibilidad lastimada, y pone á cubierto al ofensor de las iras del ofendido.

La fórmula es una frase.

La educacion la ha pronunciado, el uso la ha establecido, y el arte culinario se ha apoderado de ella.

La frase de *usted dispense*, ha hecho muchas veces cambiar el camino del terreno por el de la fonda.

Esto es un adelanto que revela las tendencias gastronómicas de los hombres de la época.

Esa frase, sin embargo, ó no se pronuncia en todas ocasiones, ó no basta en algunas para lavar las manchas del honor.

En estos casos se necesita sangre para borrarlas.

Es decir, se requiere que una mancha mayor venga á oscurecer la primitiva.

Se califica como crímen el suicidio.

Se califica como crímen el asesinato.

Y el duelo, que es la suma de ambas cosas, aunque prohibido por las leyes, obtiene su sancion moral en la sociedad.

Un hombre que asiste á un duelo á muerte, lleva al terreno la intencion premeditada de poner fin á sus dias, ó á los de su contrario si puede aprovecharse de un descuido suyo, ó de su superioridad en el manejo de las armas.

Y á pesar de su conciencia sobre este doble crímen premeditado, dos CABALLEROS que se baten aumentan á los ojos de ciertas gentes el brillo de su honrosa reputacion.

Pero si dos hombres de la CLASE BAJA cometen IGUAL DELITO con circunstancias ATENUANTES, cuales son su falta de instruccion y la de que generalmente se sigue acto contínuo la reparacion al agravio, bajo la influencia de una excitacion moral, entonces estos hombres, por desahogar su cólera, cubiertos de la blusa ó la chaqueta, son juzgados con todo el rigor del Código y execrados por la pública opinion.

Esto es soberanamente delicioso.

Verdaderamente no se necesitan comentarios.

Los que se desprenden por sí solos hablan muy alto en pro de la moderna civilizacion.

De las consecuencias de un duelo no son siempre responsables los indivíduos.

Sónlo sí los que no combaten como debieran las ridículas preocupaciones sociales.

Los que no aplican la justicia con *igualdad,* desvirtuando así sus actos y destruyendo su esencia, porque donde no hay igualdad no puede existir *justicia.*

Bajo el influjo de las costumbres viciadas y de los errores de apreciacion, muchos hombres van al duelo contra su voluntad y convicciones.

El marqués del Arenal era uno de estos hombres.

¿Pero qué camino seguir para impedirlo?

Habia buscado al conde para pedirle una reparacion que evitase la eterna desgracia de una jóven y el infortunio y la deshonra de su padre.

Esta reparacion era imposible con la union del conde.

Y para aquel infame seductor, asesino moral de las familias, no habia castigo que moderase su conducta y evitara sus posteriores excesos.

Y para aquellos seres sepultados en el abismo de la desesperacion, no habia una rehabilitacion que aminorase la ofensa, como no habia habido un escudo que defendiese su desamparo.

El oro del uno cubria con dorado velo sus criminales acciones.

La miseria de los otros los hundia más y más en el fango donde la *elevada depravacion* los arrojará.

Tan tristes consideraciones, asaltando el espíritu del marqués al saber la noticia del casamiento del conde, habian excitado su indignacion, determinando el violento desenlace.

Era imposible retroceder en sus consecuencias.

El marqués era un hombre de verdadero valor, como lo tenia acreditado en muchos de sus actos.

Aun cuando repugnaba el lance á sus ideas,

previno á sus padrinos que no cejaran un ápice ante ninguna exigencia del conde.

Los amigos nombrados por éste exigieron una pública satisfaccion de palabra y por medio de la prensa, ó el duelo á muerte y á pistola.

Acudieron al terreno.

Situáronse á veinte pasos.

Ambos habian dé hacer fuego al mismo tiempo.

Sonó la doble detonacion, y el marqués del Arenal cayó en tierra herido en el pecho de un balazo.

El conde de Mina de Oro estaba ileso.

La gravedad del estado del marqués obligó á dar por terminado el combate.

Fué trasportado á un coche con las mayores precauciones y conducido á su palacio.

El conde se retiró con sus padrinos.

Quince dias despues, Ernesto Llorente publicaba un suelto en los periódicos dando noticia del casamiento del conde con la duquesa del Bombo, y extendiéndose en prolijos detalles acerca de la suntuosidad de la fiesta.

CAPITULO XVII.

El ingénio del amor.—Desgracias.—Otra vez el del capote.

Dos meses despues de estos sucesos se paseaba una tarde Gacetilla, abismado en sus pensamientos, por el interior de su habitacion.

Esta se habia trasformado algun tanto, merced á la milagrosa venta de la obra de Salomon.

Al regresar Gacetilla, despues de haber visto defraudadas de nuevo sus esperanzas sobre el asalto que pensaba dar á la despensa de su tio, y tras haberse comido filosóficamente su peseta, encontró á Salomon embobado en la contemplacion de los billetes.

Enterado de la visita del hombre del capote ruso, extrañó que este no hubiera manifestado su nombre, en cuya circunstancia no habia reparado Salomon, trastornado á la vista de aquella

fortuna inesperada que se les entraba por las puertas.

De todos modos lo que resultaba cierto era la existencia de aquella, y nuestros jóvenes no quisieron torturar su imaginacion para averiguar el nombre de aquel raro negociante ó de aquel maniaco singular.

Dióles esta circunstancia nuevo aliento para trabajar, y como pudieron presentarse con mayor elegancia y manifestar más pretensiones para la recompensa de sus escritos, por lo mismo que no les era de perentoria necesidad, el resultado fué de dia en dia más provechoso para ellos.

Mejoró, pues, su posicion notablemente y su situacion moral.

La de Salomon, sin embargo, no tardó mucho en decaer.

Despues de haber enviado su carta á la vecina, no solo no obtenia contestacion á ella, sino que no habia vuelto á ver á la jóven asomada á la ventana.

A los dos dias, no pudiendo dominar su zozobra, trató de informarse discretamente de lo que pudiera haber ocurrido.

No le costó mucho trabajo, merced á la locuacidad de las comadres, enterarse de lo sucedido.

El padre de Ernestina estaba enfermo en su

lecho, y el paradero de la jóven se ignoraba, sabiéndose solo positivamente, que se habia entregado en brazos de un seductor á la vida licenciosa.

El jóven filósofo se desesperó ante aquella revelacion y fué preciso que Gacetilla empleara toda la fuerza de su amistad y de sus recursos oratorios para consolarle algun tanto.

Sobrevino la calma para Salomon, pero desde entonces su espíritu se abatió notablemente y su carácter se hizo más sombrío y reservado.

Unicamente con Gacetilla tenia algunos momentos de espansion.

En la tarde á que nos referimos, Salomon habia salido, y su compañero, paseándose como hemos dicho, maduraba un proyecto que acariciaba en su imaginacion y hacia asomar á sus lábios una sonrisa de satisfaccion.

Gacetilla no habia escarmentado con el ejemplo de su amigo.

Y se habia enamorado profundamente.

Pero con la circunstancia agravante de ser otra vecina la causante de su pasion, y otra vecina de la misma casa donde habitaba Ernestina, y que se asomaba tambien á una ventana situada precisamente al lado de la que solia ocupar la hija del maestro.

Cuando Salomon se enteró de lo que pasaba

en el corazon de su amigo, trató de disuadirle de aquella naciente pasion, que podia algun dia hacerle apurar el sufrimiento de la escala del dolor.

Gacetilla no se dió por convencido y continuó en sus trece.

Tenia motivos para ello.

Así como Salomon no habia obtenido nunca ninguna muestra de esperanza, Gacetilla habia visto en las miradas, en las sonrisas y en los ademanes de la jóven que le cautivara, inequívocas señales de ser correspondido.

Una cosa inquietaba á Gacetilla.

Los ojos de la hermosa manifestaban una profunda melancolía, y en su semblante se marcaban las huellas de un sufrimiento prolongado.

Hacia tambien dos dias que la jóven no habia abierto la ventana.

Gacetilla se habia informado de que aquella niña vivia con su padre.

Nueva coincidencia que aumentaba el temor de Salomon.

Habia averiguado tambien que su padre era doctor en medicina.

Pero que sus achaques le impedian salir de casa á visitar.

El trabajo de la jóven servia para mantener á los dos.

Esto era altamente meritorio á los ojos de

Gacetilla, y nuevo motivo de recelo para su compañero.

Gacetilla se sonreia con la idea de su plan.

Para salir de la incertidumbre que le devoraba en los dias que iban trascurridos sin ver al ángel de sus ensueños, habia pensado presentarse él mismo en la habitacion del médico.

Fingiria unos dolores, una afeccion nerviosa, y con pretesto de consulta se facilitaria el acceso á la casa y estudiaria el carácter, la situacion y las tendencias del padre de su amada.

Temeroso de volverse atrás de su resolucion, el jóven cesó de pasear, se arregló la corbata con esmero, dirigió á su trage una ojeada general, y satisfecho del exámen, salió de su casa dirigiéndose á la de la vecina.

Halló cerrada la mitad de la puerta de la calle, y este detalle hizo afluir por un momento toda su sangre al corazon.

Pero desechando fúnebres ideas subió toda la escalera hasta llegar á las boardillas.

Una vez en la galería que conocemos, se detuvo.

Dos puertas se hallaban abiertas.

La que conducia á la habitacion de Calleja y la que daba paso á la contigua.

En el corredor habia varios vecinos y algunas comadres.

Un jóven, de aspecto simpático, de rostro pálido y vestido con elegancia, parecia dictar disposiciones.

El poeta dió algunos pasos con el corazon palpitante de angustia.

De la habitacion del padre de Ernestina, salieron dos hombres sosteniendo á un anciano, lívido y demacrado, que desplegaba en sus labios una sonrisa burlona.

Era el maestro Calleja.

Gacetilla adelantó otro paso trémulo de ansiedad.

Del aposento contíguo salió una señora arrastrando tras sí una jóven que pugnaba por desasirse prorumpiendo en amargos sollozos.

Dos vecinas ayudaban á la señora para trasladar á la jóven.

El poeta tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

La jóven á quien la señora conducia prodigándola consuelos, que no eran escuchados, era la mujer que formaba el encanto de sus ilusiones.

Gacetilla no tuvo fuerzas para hablar ni para moverse.

Unicamente sus ojos, dirigiéndose involuntariamente hácia el interior de la habitacion de su amada, descubrieron un nuevo espectáculo que le hizo estremecer.

En el centro del cuarto habia un ataud descubierto en el que yacia el cadáver de un anciano.

El jóven que se hallaba en el corredor, cuando vió asomar á la señora, apresuró el descenso de Calleja y de los hombres que lo sostenian.

Tras de ellos siguió el segundo grupo.

El del rostro pálido cerró la marcha, despues de hablar algunos momentos con un hombre, entregándole un bolsillo.

Solo quedaban en la galería algunos vecinos y comadres.

Gacetilla, cuando vió desaparecer á su amada, recobró la facultad de andar.

Volvió á la escalera y descendió tras de la triste comitiva.

Dos coches particulares llegaban en aquel momento, deteniéndose delante de la puerta de la casa.

En el primer carruaje introdujeron á Calleja sentándose á sus lados los hombres que le acompañaban.

El jóven elegante se colocó en el asiento de enfrente, ordenando al cochero que guiase en direccion á Leganés.

Entre tanto, en el segundo coche introducian á la jóven, colocándose á su lado la señora.

—A casa,—dijo esta al lacayo cuando cerró la portezuela.

Él lacayo se inclinó y subió á su puesto.

Ambos carruajes partieron á la vez.

Gacetilla iba á correr tras el que conducia á su amada, cuando se sintió detenido por un brazo.

—No te canses en seguirle,—dijo á su lado la voz de Salomon,—conozco los escudos de los carruajes y su propietario, he descubierto el nombre del hombre del capote ruso, que se lleva á Leganés al padre de mi antiguo ídolo.

Gacetilla, temblando de emocion, se asió del brazo de su amigo, que le introdujo en su casa con ánimo de serenar su espíritu.

Salomon no se habia equivocado.

Los carruajes llevaban las armas del marqués del Arenal, y este era el jóven que acompañaba á Calleja.

La marquesa viuda, la noble madre del filántropo, era la señora que iba al lado de la mujer adorada del poeta.

En ella hubieran podido descubrir nuestros lectores una antigua conocida.

Aquella jóven era la hija del médico robado, la desgraciada Aurora Simon, á quien con caritativa solicitud arrancaban de la mansion donde quedaba el cuerpo de su padre.

CAPITULO XVIII.

Explicaciones.

Sabíamos por los informes del secretario del marqués, y por los pasos que este último habia dado, que el infeliz Calleja, al encontrarse sin su hija á su salida de la casa de socorro y presintiendo la triste realidad de su desgracia, habia caido postrado en el lecho presa de la fiebre y del delirio.

El marqués habia dispuesto costear los gastos de su asistencia y cuantos ocasionara hasta su completa curacion.

Ahora bien, el médico llamado por la vecina era un hombre ignorante de los muchos que pululan con el título de doctores y que siembran la muerte á su paso, seguros de la impunidad.

Además de la ignorancia que acompaña á muchos médicos, adolecen gran número de ellos de

un defecto grave, que constituye un delito para todo hombre de recta conciencia y de regular criterio.

Estos médicos, y son bastantes, repetimos, miran con la mayor indiferencia á los enfermos cuando estos son niños ó ancianos.

Esta criminal conducta no tiene explicacion sino en el idiotismo ó la infamia de esos miserables, que con su proceder desprestigian una de las más dignas clases de la sociedad, como desprestigian á la de farmacia los embaucadores charlatanes que anuncian sus píldoras y jarabes maravillosos, especulando descaradamente con la credulidad de las familias y con la vida de las pobres víctimas que caen en sus manos.

Pero de este cínico abuso no son ellos tan culpables como las autoridades que lo consienten.

Cierto es, que á nadie se obliga á usar determinados medicamentos; pero cuando una persona ve padecer á un sèr querido, ¿no es disculpable la buena fé con que acoje ávidamente las engañosas promesas, máxime cuando los resultados de estas se atestiguan torpemente y se apoyan con los nombres de personas, que por sus títulos y su profesion, parecen ofrecer una garantía de verdad á los que tienen la debilidad de darlas crédito?

El abandono con que se contemplan este y otros abusos de vital interés, hace la perfecta apología de la ilustracion de nuestros tiempos.

El médico que acudió á ver á Calleja, aparte de su ignorancia, miraba como cosa baladí la vida de un enfermo, cuando este enfermo era viejo ó era niño.

Reconoció á Calleja y no vió que su situacion era debida á la falta de alimentacion y al esceso de sinsabores.

Prescribió un régimen estúpido, que aniquiló más y más la organizacion del maestro.

Tras una larga lucha con la enfermedad, la naturaleza venció al cabo, pero dejando á Calleja en un lamentable estado de debilidad.

El sistema nervioso llegó á predominar de una manera absoluta, y la imaginacion de Calleja, fuertemente sobreescitada, le hacia caer en repetidos accesos de delirio, aumentados por la falta de aquella hija, que habia huido de su lado despues de deshonrar su nombre.

El sándio doctor que le asistia declaró en estado de demencia al viejo filósofo y manifestó la conveniencia de su traslacion á un manicomio.

Entre las buenas vecinas que habian alternado en la asistencia del maestro, habia una

jóven, recien llegada á la casa, que en los últimos dias se habia presentado para ofrecer al viejo sus cuidados.

Calleja, sea porque su presencia le recordase la imágen de su hija, ó porque le consolase la cariñosa solicitud y bondad de la jóven, lo cierto es, que la preferia á sus demás enfermeras, y que siendo refractario á las medicinas, usaba dócilmente todas, cuando aquella se lo suplicaba con su dulce voz.

Esta jóven era Aurora.

¿Por qué extraña coincidencia habia llegado á ser vecina de Calleja?

Vamos á explicarlo brevemente.

El doctor y su hija llegaron sin novedad á la córte al abandonar el pueblo donde su casa habia sido robada é incendiada.

Con el producto de la venta de sus alhajas, el doctor alquiló una habitacion en uno de los sitios más céntricos y sé dedicó al cuidado de Aurora, cuya salud, como sabemos, se habia profundamente alterado despues del doble siniestro.

El buen Simon vió defraudadas sus esperanzas, cifradas en el cambio de clima y más aun en la animacion de la capital que creia obraria favorablemente en el espíritu de la jóven.

Aurora no se pudo levantar del lecho á los tres dias de su llegada.

Simon era un médico inteligente y que llenaba á conciencia los deberes de su sagrada profesion.

Sin embargo, cuando se trataba de su hija le parecia que un denso velo cubria su razon y ofuscaba su entendimiento.

Llamó, pues, á uno de los médicos más reputados.

A los pocos dias de asistencia, la enfermedad se agravó, presentando síntomas tan alarmantes que el colega quiso descargar su responsabilidad en una junta.

Verificóse esta, reuniéndose los prohombres de la medicina.

Por fortuna su dictámen fué favorable, y de acuerdo con el profesor de cabecera, convinieron en un nuevo y enérgico tratamiento.

La juventud de Aurora prestó su poderoso auxilio y el cariño del pádre sus solícitos cuidados.

Trascurrido un mes, la jóven entraba en el período de la convalescencia.

Simon en este tiempo envejeció diez años.

Y á más de envejecer habia arraigado en su pecho el gérmen de una enfermedad mortal.

Al propio tiempo sus recursos materiales se habian agotado.

El dinero obtenido por la venta de sus alhajas se acababa.

Desde su llegada á Madrid, no habia podido dedicarse á visitar y darse á conocer.

Los muebles comprados fueron otra vez vendidos.

Simon tenia una lesion orgánica en el pecho.

No podia subir las escaleras sin detenerse repetidas veces con violentos accesos de tos.

Era un delirio pensar en ejercer su profesion.

Aquel buen padre se consumia moralmente.

Fué preciso recurrir al trabajo de Aurora y buscar una boardilla donde vivir.

Esta boardilla fué casualmente una que se encontró desalquilada contigua á la del maestro de escuela.

Simon subió las escaleras de aquella casa por primera yúltma vez.

Su enfermedad no necesitaba un cuidado contínuo.

Mas la menor fatiga le ocasionaba una terrible conmocion.

Pasaba el dia postrado en el lecho ó sentado en una silla mientras Aurora trabajaba.

Algunas veces la jóven, por mandado de su padre, abria la ventana para respirar otro ambiente y renovar el aire de la habitacion.

En estos intervalos, Aurora habia visto en la casa de enfrente á Gacetilla.

Ya sabemos que la hija del doctor, cuando perdió la posesion donde se habian deslizado sus primeros años, sintió en lo íntimo de su pecho las primeras manifestaciones del amor, formando en su imaginacion la imágen de un bello ideal.

Cuando miró por primera vez á Gacetilla, se figuró ver la soñada imágen bajo el aspecto de la realidad.

Desde entonces amó al hombre en lugar de amar á la vision.

Aquellos amores no pasaron de mútuas miradas, que aumentaban la pasion de los poéticos amantes.

El cuidado de su padre, el de la casa y el trabajo de costura absorbian la mayor parte de los momentos de la jóven.

La ventana, por lo tanto, se abria muy pocas veces.

Algunos dias despues de su llegada, supieron la desgracia ocurrida al viejo que habitaba el cuarto antiguo.

Simon, no pudiendo por sí mismo favorecer al infeliz Calleja, enviaba algunos ratos á su hija para que ayudase á las demás vecinas en su filantrópica tarea.

Segun hemos visto anteriormente, los cuidados de Aurora, preferidos por el maestro, le proporcionaban un gran consuelo.

Calleja se sentia subyugado por la dulzura de la jóven y la profesaba una especie de adoracion, mezcla de respeto y de ternura.

Antes de continuar vamos á explicar la intervencion del marqués del Arenal en las escenas descritas en el capítulo anterior.

Herido gravemente por el balazo del conde, el noble jóven luchó algun tiempo entre la vida y la muerte.

Su juventud, los cuidados de su madre que no se separaba un instante de su lado y la esmerada asistencia facultativa, lograron triunfar por último.

Al cabo de un mes, pudo abandonar el lecho con gran contentamiento de cuantos conocian aquel digno y elevado carácter.

Su primer cuidado al restablecerse fué llamar al secretario y encomendárle la prosecucion de sus benéficas tareas.

Muchos desgraciados debian haber lamentado el largo período de su enfermedad.

El marqués recomendó especialmente á su fiel servidor que averiguase lo relativo á la situacion de Ernestina y de su padre.

El secretario se apresuró á cumplir sus deseos.

Sin embargo, respecto á la hija del maestro de escuela no obtuvo resultado.

La jóven, abandonada por el conde á los pocos

dias, habia salido de la casa infame donde fuera instalada en un principio, y no fué posible averiguar su nuevo albergue.

En cuanto al maestro, el agente fué á visitarle, é informó al marqués del estado de postracion en que se hallaba.

Visitando á Calleja, tuvo ocasion de conocer la historia del doctor Simon.

El marqués se conmovió vivamente con el relato de aquellos nuevos infortunios.

Tres dias antes de aquel en que Gacetilla aguzara su ingénio para introducirse en casa de su amada, el marqués, sintiéndose con algunas fuerzas, en union de su madre, que se obstinó en acompañarle, hizo su primera salida para ver á su antiguo protegido y á los que en lo sucesivo pensaba protejer.

Tuvo que salir en coche.

Cuando llegó á la casa de la calle de Tudescos, dolorosas nuevas afectaron su noble corazon.

Calleja, segun el médico, debia ser trasladado á un manicomio.

El doctor Simon, aniquilado por la lucha moral de sus horribles padecimientos, al ver en la miseria y con un porvenir de lágrimas á la hija que formaba el encanto de su vida, se hallaba acometido de un accidente que hacia preveer una crísis de funesto desenlace.

La marquesa quiso llevarse á la jóven, cuya hermosura y cuya dulce expresion la cautivaron desde luego.

Aurora no quiso de modo alguno abandonar á su padre.

El marqués dispuso toda clase de socorros, y no salió de la casa sin dejar perfectamente asegurada la asistencia de Simon.

Nada pudo conseguirse como ya sabemos.

Tres dias despues la crísis se determinaba fatalmente.

El doctor Simon era cadáver y el viejo filósofo conducido como demente á Leganés.

CAPITULO XIX.

De cómo á Calleja le querian dar en razon lo que le faltaba en alimento.

Y sin embargo, Calleja no lo estaba.

Aquel hombre habia perdido la sávia vital y la de la inteligencia, á fuerza de vegetales y de ayunos.

Su cuerpo se trasparentaba, se reducia á la más mínima expresion.

Vivia ficticiamente, sostenido por el aliento inmaterial.

El espíritu grosero de la época aniquilaba aquel espíritu.

Simbolizaba la ciencia, la ilustracion, la modestia y el trabajo.

Todo ello era antítesis de las tendencias de su siglo.

El maestro de escuela entró en el manicomio como hubiera entrado en otra parte.

La vida para él no tenia objeto ni atractivos desde la pérdida de su hija.

Ingresó, pues, con indiferencia en el asilo de dementes.

Y no solo con indiferencia, sino inclinándose á dar la razon á los que se la quitaban.

Efectivamente, nuestro profesor tenia momentos en que creia hallarse loco.

Estos momentos, sin embargo, eran la prueba mayor de su cordura.

Sujetósele á uno de los métodos rudimentarios.

Segun parecer facultativo, su razon no adquiria lucidez.

Mas su locura era tranquila.

Dejábasele andar libremente.

Calleja se paseaba á su arbitrio.

El filósofo contemplaba á los desgraciados seres que le rodeaban.

Y se juzgaba uno de tantos.

No se daba razon, no obstante, de cómo no teniéndola se daba cuenta de haberla perdido.

A Calleja no le faltaba razon para ver que no la poseia.

Pero la razon que se buscaba no debia ser la razon que le asistia para conocerlo.

El maestro comenzó á padecer.

¿Estaba loco ó no lo estaba?

Si se afirmaba en lo primero, parecíale que faltaba á lo íntimo de su conviccion.

Si se aferraba á lo segundo y lo manifestaba, era tratado con mayor rigor y vigilado.

Calleja concluyó por callarse.

De buen grado hubiera desistido de pensar.

Para desgracia suya estaba sujeto á un régimen alimenticio que no bastaba ni con mucho á restaurar sus extinguidas fuerzas.

La necesidad le aguijoneaba entre los locos lo mismo que entre los cuerdos.

Entonces se despertó en él de nuevo la aficion á las raíces.

Dedicóse con furor á la alimentacion con vegetales.

Devoraba cuantos caian en sus manos.

Observada esta costumbre, la consideraron como un nuevo síntoma de su locura.

Priváronle de sus paseos por donde asomaba alguna yerba.

Aquel hombre estaba fatalmente destinado á tener el estómago vacío.

A medida que su fuerza corporal disminuia, su inteligencia se dilataba prodigiosamente y su pensamiento vagaba por esferas desconocidas; pero sus ideas tomaban un extraño giro, y aquella imaginacion tan fuertemente exaltada, predominando sobre su voluntad, amenazaba tras-

tornar su justo criterio, avasallar, rendir, oscurecer y borrar completamente aquella razon que aún le quedaba, y de que querian dotarle con exceso sin suplir la falta de las necesidades del estómago.

CAPITULO XX.

La pesadilla del maestro.

Calleja, en sus buenos tiempos, es decir, en los menos malos, porque buenos no los habia disfrutado nunca, dedicado al estudio de las obras maestras de los grandes pensadores, enriquecía su brillante erudicion y fomentaba sus conocimientos, que hacian del maestro un hombre nada vulgar y le colocaban en el verdadero terreno donde con rectas apreciaciones dirigia las jóvenes inteligencias, cuyo progresivo desarrollo y educacion le estaban encomendados.

Entre las obras que el filósofo estudiaba con singular aficion, descollaba en primer término el inmortal trabajo de Cervantes, esa brillante joya literaria que, labrada sobre la cúspide de la inteligencia en los espacios del genio, asombraba al mundo con la belleza y perfeccion de su deli-

cadísimo engarce, y oscurecia con su radiante luz el brillo de las más acabadas concepciones del espíritu, mostrando á las generaciones futuras, entre celajes de gloria, el esclarecido nombre de su sábio artífice, el *Príncipe de los ingenios* españoles.

Calleja devoraba con avidez las amenas páginas del *Famoso hidalgo*, páginas chispeantes de gracia, llenas de filosofía, de encanto, de ciencia y de cultura, y adornadas con las eternas galas del buen gusto y la verdad.

En su situacion actual, el maestro de escuela, á la par que sentia sublimar su inteligencia, aunque tomando extraño sesgo en confuso torbellino sus luminosas ideas, habia sentido debilitar paulatinamente sus facultades retentivas, reduciendo su memoria al estado de impotencia para conservar durante un largo período las imágenes del pasado.

Una sola figura habia quedado notablemente impresa en su mente, aunque revestida de fantásticas formas y de quiméricos detalles.

Era la *triste figura* del hidalgo manchego, que, espiritualizándose en su fantasía de una manera caprichosa, le habia hecho dar en una alucinacion peregrina; alucinacion, primeramente vaga é indeterminada, y que despues, fija en su pensamiento constantemente, á excepcion de cor-

tos intervalos, constituia para el maestro una pesadilla profunda, principio de una monomanía, que fácilmente podia degenerar en locura consumada.

Antojábasele que el siglo actual, desfacedor de agravios de otros tiempos, enderezador de entuertos de caducas civilizaciones, y paladin constante de los derechos humanos, contra las sinrazones y desaguisados de los viejos códigos fundamentales, era el DON QUIJOTE DE LOS SIGLOS, que seguia su marcha entre las sinuosidades y vericuetos de la sociedad moderna, inmensa Mancha llena de aventuras, del mismo modo que el caballero andante recorria la otra Mancha restableciendo el imperio de la inocencia y la hermosura, contra las ruines artes y encantamientos de los malandrines y follones.

Sumido en contínuas cavilaciones sobre su triste destino, figurábasele asimismo que él, Calleja, era el Sancho Panza de este Don Quijote, figura grotesca y asendereada á impulsos del espíritu del siglo, que en medio de sus baladronadas de progreso, le traia hambriento y mohino, dándole por ínsula Barataria en premio de sus trabajos, una casa de dementes, donde los Tirteafueras modernos le vedaban el uso de los manjares codiciados, y precisos para restaurar las fuerzas y sostener el equilibrio de su esquilmada y abatida humanidad.

Surgian ante su vista todas las miserias, todas las debilidades de la contemporánea agrupacion social, y veia al Don Quijote de los siglos, montado sobre la despreocupacion, como el Hidalgo sobre Rocinante, antojársele gigantes los que eran pobres engendros de su propia ignorancia, y dirigir pomposas frases en los clubs, en las tribunas y en la prensa, vociferando contra el oscurantismo, como las dirigia el caballero andante contra la malignidad de los encantadores, en las posadas, en los castillos y en los valles.

Esta pesadilla atormentaba á Calleja, y contribuia á prolongar y acibarar sus sufrimientos.

Llegaba á tener por realidad y certidumbre lo que solo eran visiones de su mente.

Su débil estómago clamaba en alta voz por la necesaria alimentacion, para resarcirse de la gran abstinencia de la mayor parte de su vida, como clamaba el de Sancho por los festines prometidos, para borrar el recuerdo de los mendrugos y bellotas de que se hartaba en despoblado.

El pobre maestro de escuela era bien digno de lástima.

Su flaca figura se deslizaba por el manicomio, justificando en cierto modo con su aspecto extravagante y con la alteracion de sus facciones y ademanes, la opinion que la ciencia habia formulado al suponerlo privado de razon.

CAPITULO XXI.

El alfa y el omega.

Algun tiempo despues de su llegada al manicomio, el maestro recibió un magnífico regalo.

Un gran cofre lleno de variedad de ricas prendas de ropa blanca que la marquesa viuda del Arenal, por encargo de su hijo, habia solícitamente preparado.

El cuerdo-loco estaba en la casa de Orates perfectamente asistido: tenia una habitacion provista de todo lo necesario para una regular comodidad, y el marqués del Arenal le tenia eficazmente recomendado, para que se esmerasen en su asistencia, sin economizar gastos para obtener su curacion ó su alivio.

Calleja, abstraido en su constante preocupacion, recibió aquel regalo con la indiferencia que habia llegado á demostrar por todos los objetos materiales.

Al desliar uno de los paquetes en que venian algunas prendas, se fijó su atencion en el periódico en que se hallaban envueltas.

Habia leido un nombre que, en medio de su casi constante enagenacion, le hizo extremecer.

El nombre del conde de Mina de Oro.

Calleja conservaba un vago recuerdo de los sucesos precedentes á su entrada en el manicomio.

Pero aquel nombre arrojaba un destello de luz en su estinguida memoria.

El maestro de escuela no tenia duda de que aquel hombre habia causado su completa desgracia, con la seduccion y la deshonra de su hija.

El periódico tenia la fecha de algunos dias atrás.

El visionario no se fijó en este detalle, y leyó con avidez.

Hé aquí lo que referia aquel diario, y lo que si Calleja hubiera vivido en el mundo de los *cuerdos* podia haber visto reproducido en toda la prensa de la corte...

«Con el ánimo profundamente afectado bajo la impresion causada por un suceso doloroso, tomamos la pluma para manifestar á nuestros lectores el funesto acontecimiento, esperando al propio tiempo que el peso de la ley y el rigor de la justicia se harán sentir inmediatamente sobre los

miserables, que con su criminal atentado han privado á la buena sociedad madrileña de uno de sus hombres más distinguidos, sumiendo en la afliccion á la virtuosa y noble señora á quien enviamos, desde las columnas de nuestro periódico, la expresion del sincero sentimiento que nos ocasiona su desgracia.

»En la noche del lúnes el conde de Mina de Oro fué sorprendido violentamente en su propia habitacion, por un criminal conocido por el nombre de Chavalillo, que huyendo de la provincia de Valencia, donde pesaba sobre él una sentencia de muerte, en causa sobre homicidio, habia llegado á esta corte á proseguir su encarnizada lucha contra la sociedad y las leyes.

»A la exigencia del bandido de que le entregara en el acto una crecida cantidad, el conde de Mina de Oro trató de oponerse y sujetar al criminal ; pero éste, temeroso de que la servidumbre acudiera en defensa de su señor, terminó la lucha dando al conde una puñalada en el corazon que le privó instantáneamente de la vida.

»La víctima, sin embargo, habia tenido tiempo de lanzar algunos gritos y no pudo realizar el robo, siendo detenido por los criados que acudieron y lograron sujetarle despues de un encarnizado combate, sostenido por aquella fiera, y en cuyo combate resultaron heridos algunos criados.

"El criminal se halla convicto y confeso de su delito, y creemos que la accion de los tribunales no se hará esperar.

"Al propio tiempo que Chavalillo, fué detenido un criado de la casa llamado Visentet, tambien recien llegado de Valencia y admitido ligeramente al servicio del señor conde, á quien se habia presentado dias atrás pidiéndole su proteccion.

"Los generosos sentimientos del conde de Mina de Oro, haciéndole proceder tan de lijero en el amparo de la desgracia, han ocasionado esta vez su perdicion.

"Se cree que Visentet estaba en inteligencia con el criminal, y que por su medio logró este último introducirse y sorprender á su víctima de la manera que hemos dicho.

"Creemos inútil extendernos en consideraciones sobre el dolor que aflige en estos momentos á la noble duquesa del Bombo, viuda del asesinado, cuando aún no hacia dos meses que se hallaba unida á él por los dobles lazos de la estimacion y del amor, y cuando todo el mundo envidiaba la felicidad de los recien casados, y la fama de sus virtudes y filantropía."

Este suelto se hallaba escrito, sin duda alguna, por Ernesto Llorente, el bajo adulador.

Calleja siguió repasando algunos otros periódicos en losque venian envueltos varios objetos.

Por fin, en uno de ellos, de fecha posterior al que acababa de dejar, halló las siguientes líneas:

"El criminal conocido por el sobrenombre de Chavalillo, sentenciado á muerte en rebeldía por la audiencia de Valencia, y que hace algun tiempo alarmó al vecindario de esta corte, excitando su indignacion por el homicidio cometido en la persona del conde de Mina de Oro, ha expiado sus culpas en manos del verdugo.

"Que Dios haya perdonado sus delitos, y sirva de ejemplo su condena para los miserables que se apartan de los deberes y de los derechos de la sociedad."

"Segun se nos manifiesta, el conocido por el nombre de Visentet, pendiente de la misma causa, ha sido condenado á diez años de prision por resultar probada su complicidad."

En efecto, el antiguo criado del doctor Simon, encontrando muy cómoda la manera de enriquecerse practicada por Chavalillo, habia logrado unirse á éste combinando entre ambos los medios de robar al conde, y cuya combinacion les produjera un resultado tan lógico, pero tan contrario al que esperaban.

El maestro Calleja, ante la lectura de aquellos sueltos, dirigió una ojeada en torno suyo y pensó si no era una cordura habitar entre los locos, cuando en el mundo de los cuerdos se veri-

ficaban con harta frecuencia tan tristes atentados, y cuando la sociedad reparaba de una manera tan sangrienta, los males que ella misma causaba, por el abandono en que tenia la ilustracion de sus indivíduos.

El fin de Chavalillo era el correspondiente á su principio, era el omega del alfa; pero si aquel principio hubiera podido evitarse, se hubieran evitado asimismo sus consecuencia y su fin.

El recuerdo de Mina de Oro, momentáneamente surgido en la mente de Calleja, tornó á desaparecer sin dejar el menor rastro.

Volvia á creerse dueño de la personalidad de Sancho Panza, en el tenebroso espacio de la sociedad de la época, ó sea en la fantástica Mancha del Don Quijote de los siglos.

CAPITULO XXII.

Los dramas intelectuales.

Vamos á permitirnos algunas ligeras consideraciones.

Los lectores frívolos, que solo buscan el interés dramático de los diálogos y de las narraciones, aquellos para quienes la novela no constituye sino un pasatiempo más ó menos agradable, y no una forma que el publicista busca para herir más directamente el sentimiento y la inteligencia, en pro de su filosofía y su moral, pueden pasar este capítulo.

Entre todas las figuras que en el sombrío cuadro de la ignorancia y de la barbárie se destacan, hay una cuyos pálidos contornos inspiran una repugnancia invencible, una impresion profundamente desconsoladora. Esta figura es el crímen, hijo natural del extravío de las pasiones,

del temperamento, de las circunstancias y de la falta de una entendida educacion.

La legislacion, tratando de borrar esta desgreñada imágen del desórden intelectual, ha empuñado la paleta, trazando una oscura pincelada sobre sus formas, cuya pincelada, desvirtuada por la accion del tiempo, que no en vano sigue su curso progresivo, ha venido á trocarse en un borron súcio y deforme, cuyo desarrollo es proporcionado á las épocas que se suceden y cuya extension amenaza oscurecer con su inmundo contacto el perfil de otras bellas figuras, que sonrien, impulsadas por los generosos sentimientos de libertad y de fraternidad. Esa mancha fatídica y repugnante, con la que el legislador ha hecho aún más miserable el aspecto de la figura criminal, se llama *la pena de muerte*.

A medida que el progreso avanza, á medida que la ilustracion dirige sus benéficas luces á todas las inteligencias, su aspecto se hace más odioso y vemos la hermosa imágen de la civilizacion, acercarse resuelta y decidida á que desaparezca por completo.

Y no puede menos de suceder así. La existencia del hombre es una cosa demasiado grande, para que otro hombre, désele el nombre que quiera, tenga el derecho de quitársela.

La pena de muerte, más que un castigo, es

una represalia social, es una venganza colectiva ejercida sobre el indivíduo, infructuosa y estéril para el escarmiento de los demás. Muchas veces, por el contrario, el ejemplo de una triste y deplorable celebridad hace persistir en sus propósitos al desgraciado que se lanza en la carrera del crímen.

¿Quereis precaver su funesta influencia? Preparad la educacion, desarrolladla de una manera conveniente y ahogareis en su gérmen los maléficos instintos del vicio, y sobrepondreis á la fatalidad de las circunstancias el imperio de la razon y de la filosofía.

Algunos casos se escaparán á vuestra prevision; algunos crímenes se cometerán á despecho de todo; pero esos crímenes serán muy pocos é hijos únicamente de una aberracion mental. Es verdad que el infortunio, la ira y la venganza pueden ser causas suficientes para engendrar el delito, pero no lo es menos que con el estudiado desarrollo de los generosos sentimientos, innatos en el corazon del hombre, pueden modificarse estas causas y hacerlas desaparecer.

No se crea por esto que pretendemos la impunidad del crímen: se halla muy lejos de nuestra mente semejante idea; castíguese en buen hora, castíguese, sí, pero que la expiacion redunde en beneficioso ejemplo y no en irritante

espectáculo para la sociedad; trátese de extinguir, no el indivíduo, sino la criminalidad; estúdiese y refórmese nuestro Código, que sea el castigo una reparacion social sin ser sangrienta, y sin que vengan á oscurecer la esplendente representacion de la justicia, ni el armazon horrible del cadalso, ni la sombría figura del verdugo.

Hora es ya de que ese borron desaparezca; hora es ya de que la hermosa imágen de la civilizacion tienda su blanco ropaje, sin salpicarse de sangre, y consignando y estableciendo do quiera los eternos principios de justicia y de fraternidad universal.

La educacion actual es falsa ó incompleta, los malos instintos no se corrigen y se estirpan, las circunstancias no se preveen, ni se proteje al indivíduo contra su influencia.

Estas tres causas producen tristes resultados.

De estos se desprenden amargas consecuencias.

El cadalso, sarcasmo del progreso humano.

Las casas de prostitucion, escarnio de las costumbres.

Y el manicomio, emblema de la lucha social, resúmen de todas las pasiones, desenlace terrible de esos mil dramas intelectuales, que pasan desapercibidos, entre el movimiento contínuo que agita la vida de los seres, de las familias y de las naciones.

Alguna escena de esos dramas se manifiesta con alarmantes formas en el mundo de los cuerdos.

Y entonces se encierra al protagonista en una casa de Orates, donde continúa la accion desarrollándose en su calcinado cerebro, perpetuando su agonía.

Pero las gentes *sensatas* han apartado su vista de las delirantes aberraciones.

Y la sociedad queda tranquila.

Como al incluir á una jóven deshonrada en el catálogo de las Mesalinas.

Y como al satisfacer á la vindicta pública entregando un delincuente en manos del verdugo. Se acude al desenlace de los dramas, pero no se evita su confeccion y desarrollo.

CAPITULO XXIII.

La cámara azul.

El don Quijote de los siglos, como le calificaba Calleja, ó sea el siglo diez y nueve, como nosotros le llamamos, es el siglo de los procedimientos y de las reformas.

Lástima grande que en las de verdadera importancia se camine á paso lento y sean necesarios, años sin cuento, discursos sin fin y páginas sin número, para llevar la conviccion al ánimo de los que pueden plantearlas.

Esto sucede con la cuestion de los cementerios, cuyo antiguo sistema, perjudicial á la salud, sensible para las familias y triste por sus formas, debiera ser reemplazado por el embalsamamiento ó la momificacion; con la reforma de los códigos en sentido civilizador, con el asunto siempre debatido y nunca resuelto de la administracion

pública, paralizada en su marcha provechosa por la empleomanía y por las deudas de los Tesoros, y finalmente, con otros tantos. problemas, que cual los de la educacion de la infancia, la emancipacion de la mujer y la proteccion al trabajo, afectan directa é inmediatamente á los intereses generales de la sociedad.

Entre los procedimientos que se ensayaban en las casas de dementes para la curacion de los mismos, comenzaba á iniciarse, en la época en que Calleja estaba considerado como tal, el procedimiento-azul.

Tratóse de emplear aquel sistema en el maestro, cuya locura, segun opinion científica, se adaptaba perfectamente por sus manifestaciones exteriores, á la aplicacion beneficiosa de aquel método de curacion.

Calleja fué trasladado, de noche, cuando se hallaba entregado al sueño, á la cámara preparada al efecto.

Era una estancia espaciosa de forma circular, sin mueble alguno y rodeada de una galería acristalada, que daba paso á la luz con igual fuerza á todos los puntos á la vez.

El suelo, las paredes, el techo y los cristales eran azules.

La cristalería tenia por la parte interior un fuerte enrejado de hierro cubierto de caotchuc,

y de esta misma materia se hallaban revestidas las paredes y el pavimento.

Calleja, depositado con precaucion en aquella sala, despertó cuando la luz del dia fué penetrando en ella.

Al ver aquel celaje celeste creyó que se hallaba soñando y volvió á cerrar los ojos.

No pudiendo conciliar el sueño, tornó á abrirlos y se levantó.

La estancia se hallaba igualmente iluminada por albores azules.

Giró la vista en todas direcciones y solo vió azulados reflejos á su alrededor.

Comenzó á dar vueltas en diversos sentidos.

No hallaba la entrada ni la salida.

Solo un océano de resplandores azules se ofrecia á sus miradas.

Sus vueltas se hicieron más precipitadas.

Al fin comenzó á correr.

Las suelas de sus zapatos, preparadas anticipadamente, botaban sobre aquel suelo de goma.

Su carrera se hizo frenética, sus saltos prodigiosos.

Botaba contra el pavimento y contra las paredes.

Aquello era un vértigo espantoso.

Calleja era sacudido, derribado, impelido y rechazado por una fuerza oculta.

Y á todo esto, sin pronunciar una sílaba, con el rostro pálido, las facciones desencajadas, el cuerpo nervioso, el corazon palpitante y los ojos encendidos.

Verdaderamente aquello era una cosa fantástica y maravillosa.

Cualquiera que hubiera contemplado á aquel hombre, estrellándose, cayendo, levantando y repeliéndose á sí mismo de todos los extremos con la rapidez del pensamiento, hubiera retrocedido y dudado creyéndose juguete de una terrible pesadilla.

La fatiga del cuerpo llegó á dominar por último aquella excitacion nerviosa y sobrenatural.

Los saltos fueron haciéndose menos frecuentes, la carrera disminuyó en su increible rapidez, los músculos del maestro se contrajeron, su respiracion se hizo anhelante y fatigosa.

Al cabo cedió la crísis por completo.

Se detuvo asido á la verja que defendia los cristales, despues dió algunos pasos inseguros, sus piernas se doblaron totalmente y cayó al suelo, bañado en un sudor copioso, y materialmente aniquilado con aquella carrera inconcebible.

CAPITULO XXIV.

Locura de un cuerdo.

Si el maestro de escuela se hubiera hallado efectivamente privado de razon, la ciencia podia haber estado de enhorabuena, obteniendo un satisfactorio resultado.

La disposicion física era escelente, y quizá con la razon perdida, la crísis que sobreviniese tras aquella extrema fatiga corporal, podia determinar una favorable reaccion.

Calleja experimentó precisamente lo contrario.

Su inteligencia no estaba eclipsada, únicamente el largo período de debilidad sufrido, y el abuso de los vejetales, habian modificado su organizacion, alterándola desfavorablemente.

Al caer en el suelo, despues de sus vertiginosos saltos, continuó sin moverse por espacio de algunos minutos.

Despues se incorporó lentamente y clavó su mirada en los cristales de la galería.

De esta manera permaneció ya inmóvil.

Cruzaba por su mente una alucinacion horrible.

Creyó que estaba muerto y que vagaba su espíritu por los espacios azulados.

Pensó que era la esencia del Sancho Panza de la época, flotando misteriosamente sobre las regiones etéreas.

Con doble vista sobrenatural, traspasaba las brumas del espacio y divisaba perceptiblemente la *Mancha de su don Quijote* ó sea *la sociedad del siglo* con todos sus encantamientos, costumbres y peligrosas manifestaciones.

A la imaginacion de Calleja se mostraba un cuadro inmenso, colosal, sin límites.

La figura del *don Quijote de los siglos* aparecia en primer término, brillando en su escudo con caprichosos tintes de variados colores la palabra *Civilizacion*.

El amor, el génio, la gloria, el buen sentido, la verdad, el honor, la caridad y la fé, huian ante su lanza, y en cambio le rendian homenaje los goces materiales, la osadía, el egoismo, la hipo-

cresía, la usura, la indiferencia religiosa y la despreocupacion social.

La Deuda flotante, á la boca de un abismo, señalaba su fondo al don Quijote, y todos los locos de las diferentes clases sociales se encaramaban unos sobre otros, luchando entre sí por desbancarse de sus puestos y apoderarse del Becerro de oro, que descollaba asimismo en primer término, y ante cuya imágen postraba el flamante paladin una rodilla, con ademan de adoracion y de respeto.

En el fondo, el verdugo, al pié del cadalso, señalaba éste con una mano, y con la otra, cubierta de sangre, se apoyaba sobre la parte superior del escudo de Don Quijote, mirando el lema y sonriéndose irónicamente.

Al lado del verdugo un niño ciego, á quien volvia la espalda la figura de la Ilustracion, tocaba el lema inconscientemente con una brocha negra.

Un obrero, abofeteado por su amo, rociaba el escudo con petróleo, y una prostituta le arrojaba cieno con insolente ademan.

La sangre, la brocha, el petróleo y el cieno, cayendo sobre el escudo, formaban un borron que amenazaba hacer desaparecer el lema al extenderse sobre él.

La imaginacion de Calleja se iluminó más.

Veia en el niño al pueblo ignorante, á su propia hija en la prostituta, degradada por el oro; al esclavo blanco en el obrero, y á los hijos de la prostitucion, de la ignorancia y de la esclavitud por el pauperismo, convertidos en delincuentes y cayendo al pié del verdugo, que representaba la venganza colectiva de la sociedad.

El maestro de escuela trató de coordinar sus pensamientos, de ayudar á su memoria y de velar su imaginacion ante aquel exceso de luz que la trasformaba.

Las palabras *degradacion*, *esclavitud* é *ignorancia,* cruzaban ante él, en giros raudos, con caractéres de fuego.

Aquellas palabras daban por resultado el *crímen*.

Y el crímen arrojaba como consecuencia el *castigo* sin reparacion para el agravio, ni correccion para el indivíduo, ni provecho para la sociedad.

De pronto todas aquellas palabras se borraron, y apareció en el fondo del cuadro la figura de Aurora, aquella jóven que tan gratos consuelos prodigara al filósofo en su larga afeccion, y que se acercaba al Don Quijote, simbolizando la caridad universal.

Entonces la lanza del fantástico caballero desapareció como por encanto; una nube roja

asomó en el horizonte y el maestro de escuela vió al andante paladin que, inclinándose un tanto atrás al lado de un cañon gigantesco, hacía fuego con éste sobre todas las figuras y sobre todos los emblemas.

El filósofo lanzó un grito, cerró los ojos y apoyó una mano sobre su corazon.

Despues alzó la vista con expresion estúpida, llevó ambas manos á su frente, y soltó una estrepitosa carcajada.

Esta vez no cabia duda.

Calleja estaba en su casa.

Se habia vuelto loco rematado.

EPÍLOGO.

—

Aurora Simon, recogida por la filantrópica solicitud del marqués del Arenal y de su virtuosa madre, tardó mucho tiempo en consolarse de su inmensa desgracia, y fueron precisos todos los recursos de la fé cristiana, para llevar la resignacion á su espíritu.

La pérdida del autor de sus dias dejaba un inmenso vacío en su corazon.

Aquel padre cariñoso, lleno de amor y abnegacion, habia sido su compañero constante, su fiel amigo, el sér bondadoso que le habia mostrado la senda de la vida, cubriéndola á su paso con frescas guirnaldas de matizadas flores.

Cuando la calma fué sobreviniendo lentamente, cuando las dulces y consoladoras palabras de la marquesa y de su hijo hicieron aspirar á su alma el delicado aroma de la esperanza, Aurora

sintió renacer con fuerza otro recuerdo, que habia quedado momentáneamente adormecido bajo el peso de su infortunio.

La huérfana pensaba en aquel jóven simpático, vecino suyo, encarnacion del bello ideal que por tantos años habia acariciado en sus ensueños.

Sabia que era amada por él, lo habia leido en sus ojos, en sus ademanes, en toda su expresion.

¿Pero qué se habia hecho de aquel hombre que constituia la única ilusion posible de su futura felicidad?

Esta idea trajo á la mente de Aurora otro género de consideraciones.

Las delicadas atenciones de que era objeto por parte de sus ilustres protectores, continuaban sin disminuir en lo más mínimo desde su ingreso en aquella casa hospitalaria.

Aurora, recobrando su calma y su salud, comprendia que debia poner término á una situacion que la sonrojaba, tanto más cuanto mayores eran las atenciones y finura con que era distinguida.

Era preciso no ocasionar nuevas molestias, era necesario salir de aquella mansion donde la caridad cristiana y la verdadera nobleza tenian su asiento, y salir bendiciendo desde lo íntimo de su corazon á aquellas almas generosas.

Mas, ¿cuál era el porvenir que se la presentaba?

¿Dónde acudir en busca de los recursos materiales necesarios para la existencia?

No conocia á nadie en Madrid, ignoraba á quién dirigirse en demanda de un trabajo que la permitiese atender á su subsistencia, de una manera decorosa.

La jóven torturaba su mente en busca de una solucion que no se presentaba.

Por último, una sonrisa se dibujó en sus lábios, serenóse su frente y recobró la animacion de su mirada.

¿A quién mejor que á la bondadosa señora á quien debia tan señalados favores podia pedir consejo?

Extrañaba que no se la hubiera ocurrido antes una idea tan sencilla.

Aurora se levantó del asiento en que se encontraba, en el lindo aposento que se la habia destinado, y se dirigió hácia la puerta para ir en busca de la marquesa.

En aquel momento una doncella de esta pidió permiso para entrar.

Aurora la salió entonces al encuentro.

—Adelante,—dijo con su dulce timbre de voz.

—La señora marquesa me envía,—prosiguió la doncella,—para rogar á usted que tenga la bondad de pasar, si la es posible, á su habitacion.

—Siempre estoy á la disposicion de la señora,

—contestó la jóven,—y precisamente en este momento pensaba solicitar el honor de tener una entrevista con ella.

A los pocos instantes Aurora se hallaba en presencia de la madre del marqués.

—Señorita,—la dijo esta con su proverbial amabilidad,—he molestado á usted para proporcionarla una sorpresa que creo la será muy agradable.

Aurora se ruborizó, creyendo se trataba de alguna nueva muestra de las distinciones que estaba recibiendo.

Dió gracias á la marquesa por sus beneficios, y creyendo llegada la ocasion oportuna de realizar su idea, la expuso su deseo de no causar más incomodidades, y la pidió su parecer sobre la marcha que habia de seguir para obtener una ocupacion honrosa, concluyendo por manifestarla su vivo reconocimiento, poseida de la mayor emocion y cubiertos sus hermosos ojos de lágrimas que pugnaban por saltar á sus mejillas, revelando el estado de su alma.

La marquesa, por toda respuesta, la estrechó en sus brazos, y entonces la jóven no fué dueña á contener su llanto.

—Tiene usted un hermoso corazon,—dijo la viuda,—pero al propio tiempo,—añadió con acento de dulce reproche,—es usted algo ingrata

al tratar de privarnos de su compañía, en los momentos mismos en que nos ocupábamos en buscar los medios de labrar su dicha.

Al decir esto la marquesa abrió la puerta del aposento en que se encontraban, atrayendo á la jóven dulcemete á una sala contigua.

En el centro de esta sala, en pié, y conversando en voz baja, se hallaban dos hombres.

Uno de ellos era el marqués del Arenal.

El otro nuestro antiguo amigo Gacetilla.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, ambos volvieron rápidamente la cabeza.

Aurora sintió encenderse su rostro y palpitar violentamente su corazon con aquel inesperado encuentro.

El semblante del poeta se iluminó con la expresion de una alegría extraordinaria.

El marqués le impulsó suavemente y ambos se dirigieron al encuentro de las dos mujeres.

¿Cómo se encontraba Gacetilla en aquel sitio?

Cuando Salomon se persuadió de que el hombre que conducia á Calleja á Leganés y daba sus órdenes para la direccion del otro carruaje, en que iba la hija del doctor Simon, era el marqués del Arenal y el mismo indivíduo del capote ruso que de tan singular manera le habia protegido, concibió una idea que hizo reanimar á Gacetilla con la esperanza de un feliz término para su amor.

Segun Salomon, una vez convencido de la autenticidad del personaje y de la intencion con que llevaba á la jóven á su palacio, que no podia menos de ser digna mediando su madre en el asunto, nada más sencillo, más natural y más lógico que presentarse el jóven publicista personalmente, á dar gracias á su hasta entonces incógnito protector por su noble desprendimiento.

No podia caber duda á los dos amigos de que la adquisicion de la obra de Salomon, era un pretesto delicado, con el que habia tratado de velar su generoso auxilio.

Una vez introducido en casa del marqués, Salomon averiguaria el paradero de la jóven y combinaria con el filántropo la manera de protejer aquellas relaciones.

Gacetilla aplaudió el pensamiento, aprobando al punto un plan que le mostraba el medio de más pronta realizacion para acercarse al ángel de sus sueños.

Dos dias despues de la muerte del doctor Simon, el jóven filósofo se hacía anunciar al marqués del Arenal en el palacio de este.

Salomon, venciendo la modestia del aristócrata, le hizo escuchar entusiastas expresiones nacidas de un verdadero sentimiento de gratitud.

Quedó encantado de la galante acogida del marqués y solicitó su vénia para volver otro dia

para tener el gusto de ofrecer sus respetos á su señora madre.

Poco tiempo despues, y enterado de que la huérfana se hallaba hospedada en el palacio y tratada con maternal solicitud por la marquesa, Salomon tuvo con esta una entrevista.

Expuso á la noble señora los sentimientos de su amigo, la conviccion que tenia de poseer el corazon de la jóven, y la esperanza que abrigaba de que le autorizaria para presentar á su amigo y facilitar un arreglo, para la formal continuacion de aquellos nacientes amores.

La marquesa, á quien Aurora habia relatado su historia, profesaba á esta un gran afecto y tenia hecho el propósito de velar por su suerte futura proporcionándola un porvenir digno de su nacimiento y de su educacion.

Contestó á Salomon haciéndole esto presente, y mandó llamar á su hijo para que manifestase su opinion.

El marqués acudió.

Dijo que tenia proyectado un largo viaje por Francia, Suiza y Alemania.

Que durante su ausencia habia pensado dejar á Aurora en compañía de su madre.

Pero que, si la inclinacion de ambos jóvenes era verdadera, no veia inconveniente alguno en que el compañero de Salomon, á quien suponia

tan honrado como este mismo, tuviese entrada en su palacio y entablase sérias relaciones con la huérfana, aunque escaseando lo posible las visitas, que serian en presencia de su madre, y abreviando el tiempo para realizar cuanto antes su union con la jóven, bajo cuya solemne promesa consentia en apadrinar aquellas relaciones.

Salomon al oir estas palabras, á no contenerle el respeto, se hubiera arrojado al cuello del marqués, estrujándole lleno de alegría entre sus brazos.

Salió del palacio ébrio de gozo y corrió á dar á su amigo tan satisfactoria noticia.

Ambos jóvenes comprendieron lo que tenian que hacer, para responder como era debido á un proceder tan bondadoso.

Al siguiente dia Gacetilla fué presentado por Salomon á la viuda y á su hijo.

Gacetilla manifestó su agradecimiento y su firme propósito de no tener más que una entrevista con la jóven.

En ella se aseguraria de la realidad de los sentimientos de esta, y no volveria á su presencia hasta que, pasado el tiempo marcado por las conveniencias sociales por el fallecimiento de su padre, viniese el jóven á ofrecerla su posicion y su nombre.

El marqués estrechó la mano del poeta.

Salomon se marchó dejando las cosas en tan buen estado; el marqués y Gacetilla siguieron conversando sobre los detalles del proyecto, y la marquesa pasó á la estancia inmediata disponiendo que llamaran á la jóven.

Sabemos lo que siguió.

La escena que sobrevino fué sencilla y conmovedora.

Gacetilla, seguro del amor de la jóven, juró volver solamente para ofrecerla su nombre el dia en que, trascurrido el luto, pudiera asimismo ofrecerla un modesto porvenir.

El marqués y su madre, apartados discretamente á un extremo de la estancia, dejaron cruzarse entre los jóvenes sentidas frases de amor y de constancia.

Despidiéronse finalmente.

Aurora se postró á los piés de la excelente señora á quien debia su dicha.

La marquesa la levantó, abrazándola cariñosamente y reiterándola su vivo afecto.

Gacetilla se retiró acompañado del marqués.

El primero se dirigió en busca de su amigo para dar salida á la manifestacion de su alegría.

El segundo, se dispuso á hacer los preparativos del viaje.

A la semana siguiente salia el noble jóven con direccion á París . . . .

Nuestros lectores no habrán olvidado al antipático personaje que buscaba en la adulacion y en la bajeza el escabel de su fortuna.

Ernesto Llorente, aumentando su audacia y su hipocresía, llegó á tocar la meta de sus ambiciosas aspiraciones.

Consiguió hacer el número tres en la série de maridos de la duquesa del Bombo.

Pero aquel hombre corrió en vano toda su vida tras el fantasma de la felicidad.

Sin afecciones, sin creencias, hijo legítimo del positivista siglo en que vivia, estudiaba la ciencia de la época, que estribaba en ser, en tener, en gozar y en figurar tanto ó más que el más encumbrado de sus conciudadanos.

Ernesto Llorente simbolizaba la ignorancia atrevida y presuntuosa, del mismo modo que Calleja la sabiduría modesta y la verdadera ilustracion.

Solamente que el primero avanzaba tanto como su tiempo, y el segundo retrogradaba moralmente á otras épocas en que la virtud y el saber florecian y se abrian paso entre los hombres.

El siglo diez y nueve ha establecido ostensiblemente premios á la virtud pregonada, convirtiéndola en una especie de industria.

Ha ideado las exposiciones universales, donde

se rinde culto al adelanto y al progreso, en todos los ramos del saber.

Ha multiplicado las asociaciones benéficas, los hospicios, los hospitales, los Bancos, los Montes de Piedad y las casas de socorro.

Ha cimentado el crédito para las operaciones financieras en todo el globo terráqueo.

Ha formulado el *usted dispense*, inscribiéndole en las puertas de las fondas, como emblema de avenencia en las contiendas individuales de la sociedad.

Ha proclamado la libertad de enseñanza.

Los derechos individuales.

La asociacion del trabajo.

Y la emancipacion de la mujer.

Y sin embargo de esto, la virtud perece, humillada por el explendor del vicio.

El progreso materializa las inteligencias.

El pauperismo se extiende y se dilata como una terrible gangrena que invade los miembros de las agrupaciones sociales.

La bancarrota muestra su insondable abismo, como una constante amenaza, á las más florecientes potencias.

El duelo sigue en auge, y tolerado y áun exigido por la opinion, entre las gentes de levita.

Los maestros de instruccion primaria beben los vientos por tragar alguna cosa.

Las plazas de verdugos se proveen en animada concurrencia de aspirantes.

El proletariado sucumbe, bajo la dura mano del capital acumulado.

Y la prostitucion, amparada por las leyes, invade las capitales, las aldeas, los pueblos y los caseríos, arrojando el cieno de la corrupcion al pedantesco emblema de la civilizacion contemporánea.

Ernesto Llórente, frívolo, materialista, adulador, incrédulo y ambicioso, estaba dentro de su época.

Realizaba sus goces materiales, aspiracion constante de una inmensa parte de la generacion caduca á que pertenecia.

Satisfecha la exigencia de la materia, dejaba la vida del alma extinguirse lentamente.

La dicha de este modo llegaba á ser un mito.

Para Ernesto lo fué siempre.

Aun sus placeres mundanales, su vanidosa ostentacion y su orgullo, se vieron turbados siempre por la altanería de la duquesa, que le echaba frecuentemente en cara la proteccion que le habia dispensado.

Ambos personajes formaron una pareja deliciosa en la abigarrada galería de caricaturas matrimoniales.

Ernesto murió jóven, consumida su existen-

cia por la ambicion insaciable y por la persecucion de su propia mujer, que al aumentar en años aumentaba en vanidad y en impertinencias.

El adulador egoista abandonó este mundo sin dejar un recuerdo, sin hacer recitar una oracion, ni derramar una lágrima.

Al quedar viuda por tercera vez la duquesa del Bombo, aún tenia visos de jamona.

Entonces se llamó á cuentas.

Y echando una ojeada retrospectiva sobre sí misma, consideró que á pesar de la senda recorrida, la restaban fuerzas para arriesgarse á sostener otra nueva cruz del matrimonio.

Esta digna competidora de Barba Azul, se puso, pues, en acecho para realizar, en ocasion oportuna, su cuarto casamiento.

¿Llegó á efectuarlo alguna vez?

Tememos que sí, aunque no podemos consignarlo con certeza.

¿Qué habia sido de Ernestina?

Abandonada por el conde de Mina de Oro, tan luego como éste experimentó el hastío consiguiente á la satisfaccion de su capricho, oyó las proposiciones de la infame mujer, en cuya casa se encontraba, con profundo sentimiento de indignacion.

La jóven no estaba degradada todavía, y aquellas deslumbradoras ofertas con las que se la proponia el tráfico de su propio cuerpo y de su voluntad, por un puñado de oro, vinieron á herir su dignidad y su razon.

Abandonó aquella mansion abyecta, y con el remordimiento en el alma, andubo errante por las calles sin darse apenas cuenta de la situacion en que se hallaba.

Escuchando á cada paso groseras manifestaciones de los sentimientos que excitaba su hermosura y su abandono, se dirigió á los lugares menos frecuentados huyendo del centro de la poblacion.

A veces sentia vehementes impulsos de correr en busca de su padre, de manifestarle su estravío y de arrojarse á sus plantas implorando su perdon.

Pero siempre se veia detenida por una falsa vergüenza, y dejaba trascurrir el tiempo sin adoptar resolucion alguna.

Trascurrieron bastantes dias de este modo.

Algunas alhajas que conservaba, primeras muestras de la viciosa liberalidad del conde, la sirvieron para atender á su manutencion, pagando un modesto hospedaje en una de las calles más retiradas de la corte.

En breve desaparecieron estos efímeros recursos.

Ernestina buscó trabajo.

En unas partes era rechazada, en otras oia proposiciones humillantes ó se la admitia únicamente bajo el carácter de aprendizaje, sin sueldo alguno, durante un plazo señalado, más ó menos largo, pero siempre considerable para la jóven, atendida su precaria situacion.

No pudiendo pagar lo estipulado, fué despedida de la casa de huéspedes donde se hallaba.

Entonces Ernestina, agobiada por el sufrimiento, se dirigió con incierto paso á la calle de Tudescos.

Pálida, consternada, temblando de dolor y angustia, escuchó la narracion de la enfermedad de su padre, y supo que éste acababa de ser conducido á Leganés.

La hija del maestro se orientó de la direccion de este pueblo, y emprendió su marcha hácia él.

Hacia dos dias que no tomaba alimento.

Era á la caida de la tarde, y la noche la sorprendió antes de haber andado un tercio del camino.

Las fuerzas la faltaban para continuar, y un terror involuntario se apoderaba de ella.

Quiso sobreponer su voluntad á sus temores. pero la materia se resistió á obedecerla.

Sintió un brusco zumbido en los oidos; una

nube oscureció su vista; dobláronse sus piernas, y lanzando un gemido cayó desmayada á un lado de la carretera.

Al cabo de algun tiempo la hizo volver en sí el fresco de la noche.

La oscuridad era completa.

Ernestina, sin conciencia exacta de lo que hacia, se levantó con trabajo y prosiguió su marcha lentamente.

Una hora despues, se encontraba de nuevo á las puertas de Madrid.

En su aturdimiento habia tomado, despues de su desmayo, una direccion inversa.

La fatalidad la arrastraba al precipicio.

Cuando llegó al centro de la poblacion era una hora avanzada de la noche.

La sed, el hambre y el cansancio devoraban su naturaleza.

Su vista giraba extraviada en todas direcciones.

En semejante estado, un nuevo satélite del vicio se le puso en su camino.

Escuchó unas proposiciones vergonzosas, y las aceptó cuando ya se hallaba próxima á sucumbir.

Desde aquel momento la hija del maestro de escuela descendió, escalon por escalon, hasta el último estremo de la degradacion y del libertinaje.

En vano el marqués del Arenal, ayudado por su activo agente, habia dado incesantes pasos para descubrir su paradero.

La vida errante de la jóven hizo infructuosas tan nobles tentativas.

Ernestina terminó sus dias en el hospital, último refugio de estas desgraciadas.

La sociedad, culpable de su estravío, no tenia un recuerdo para ella.

Y sin embargo, la prostitucion en nuestra época reviste caractéres menos alarmantes que en los tiempos pasados.

La religion de Jesucristo fué el primer freno impuesto á la general depravacion de las costumbres antiguas.

Vamos á trasladar algunos párrafos del erudito historiador Pedro Dufour, que tan magistralmente se ha ocupado de este asunto, por hallarse conforme en sus apreciaciones con nuestra manera de sentir.

«La noble moral de Cristo,—dice,—habia iluminado los espíritus, encadenado las pasiones, exaltados los sentimientos, purificado los corazones.

«En los principios de esta nueva creencia pudo creerse que la prostitucion se borraria de las costumbres, sin que fuera necesario poner diques legales á las impurezas de aquel sucio torrente,

que San Agustin compara á lâs cloacas construidas en los más espléndidos palacios para desviar los miasmas infectos y asegurar la salubridad del aire.

»La sociedad nueva que se había fundado en medio del antiguo mundo, y que se conducia desde el principio segun la moral evangélica, hizo una cruda guerra á la prostitucion, bajo cualquier forma que osara presentarse; los obispos, los sínodos, los concilios la denunciaban en todas partes á la indignacion de los fieles, obligándoles á replegarse en las sombras para sustraerse á los castigos corporales y pecuniarios con que se la perseguia.

»Pero la sabiduría de los legisladores cristianos hubo de confiar demasiado en la autoridad religiosa; gran solicitud y santo celo mostraron en reprimir todas lás manifestaciones de la concupiscencia; pero no tuvieron en cuenta los instintos, las aficiones, los temperamentos: la prostitucion no podia desaparecer sin poner en peligro el reposo y el honor de las mujeres honradas.

Así es que desde luego entró descaradamente en sus innobles dominios, hubo de arrostrar muchas veces la ley que la retenia en los más estrechos límites, esforzándose en alejarla de las miradas honestas.

El cristianismo era quien siempre levantaba ante ella altas y respetables barreras.

El cristianismo, haciendo del matrimonio una institucion de verdadera moralidad, y elevando la condicion de la mujer al lado del esposo, que la tomaba por compañera ante Dios y los hombres, condenó la prostitucion á vivir fuera de la sociedad en tenebrosas guaridas y bajo el sello de la infamia pública.

Con todo eso, la prostitucion no dejaba de tener una existencia asegurada y necesaria; era espulsada de las ciudades, pero encontraba refugio en los suburbios, en las encrucijadas de los caminos, á la sombra de los bosques, en campo raso; distinguíanse en medio del pueblo por ciertos colores reputados infames, por ciertas prendas de vestir esclusivamente suyas; pero á pesar de esto seguia ejerciendo su abominable profesion; y si inspiraba horror á la gente púdica y piadosa, atraia á sí á la juventud licenciosa, á los viejos reverdecidos, á todos los que no tenian estimacion que perder.

Puede decirse que jamás ha cesado de existir, aunque los escrúpulos morales ó religiosos de un rey, de un príncipe ó magistrado hayan llegado al extremo de querer aniquilarla con un exceso de penalidad.

Las leyes que habian pronunciado su aboli-

cion, no tardaban mucho en ser abolidas ellas mismas; y esta odiosa necesidad social permanecia constantemente en el cuerpo de la nacion, como una úlcera incurable cuyo progreso detiene no más la medicina.

Tal es el papel de la prostitucion, despues de muchos siglos, en todos los países donde hay una policía previsora é inteligente.

Esto es lo que debe llamarse prostitucion legal; la religion la prohibe, la moral la reprueba, pero la ley la autoriza.

Esta prostitucion legal comprende no solamente á las criaturas que confiesan y practican oficialmente su abyecta profesion, sino tambien á todas las mujeres que, sin tener diploma para abandonarse á los placeres del público, hacen comercio de sus gracias bajo títulos más ó menos respetables.

Hay, propiamente hablando, dos clases de prostitucion legal: la que tiene derecho y lleva consigo una autorizacion personal, y la que no tiene ese requisito y se autoriza con el silencio de la ley respecto de ella; la una, disimulada y oculta; la otra, patente y reconocida.

En virtud de esta distincion entre dos clases de mujeres prostituidas que se aprovechan del beneficio de la ley civil, pueden apreciarse las diferentes categorías á que se extiende esa pros-

titucion de contrabando, y sobre la cual el legislador ha cerrado los ojos y el moralista duda si debe ó no entregarla á los juicios de la opinion.

Cuanto más pierde la prostitucion de su carácter de tráfico habitual, más se aleja del límite legal de infamia á que la encadena su destino; cuando sale del círculo aun indefinido de sus vergonzosos mercados, se extravía en los vagos espacios de la galantería y de la voluptuosidad.

Vése, pues, que no es fácil determinar límites exactos y fijos á la prostitucion legal, pues que no se sabe dónde principia ni dónde acaba.

Pero lo que debe estableeerse claramente en el espíritu de nuestros lectores, es la distincion enorme que separa de la prostitucion antigua la prostitucion moderna.

Esta, puramente legal, tolerada más bien que permitida, bajo la doble censura de la religion y la moral; aquella, al contrario, igualmente condenada por la filosofía, pero consagrada por las costumbres y por los dogmas religiosos.

Antes de la Era cristiana la prostitucion está en todas partes, en el hogar doméstico, en el templo, en los caminos; bajo la influencia del Evangelio no osa ya mostrarse sino á ciertas horas de la noche, en los sitios reservados y lejos de la vista de las gentes honradas.

Más tarde, sin embargo, para tener la liber-

tad de presentarse en público y sustraerse á la policía de las costumbres, toma empleos, trajes y nombres que no alarmen el sentido moral de las familias, y se hace una máscara de decencia para ejercer libremente su oficio impúdico sin vigilancia ni contratiempo.

Pero siempre, aunque la ley sea impotente ó muda, la opinion pública protesta contra esas hipócritas metamórfosis de la prostitucian legal.

Hoy aun cuando las costumbres públicas rindan mayor acatamiento á la opinion en la época presente, el mal se halla universalmente estendido y la degradacion de la mujer, pública ó privadamente, aumenta á proporcion del lujo y á medida que la posesion del oro se considera como la causa que da por resultado la satisfaccion de las pasiones más groseras y de los goces materiales, suprema aspiracion de nuestros tiempos.

Por otra parte, el siglo actual, con su exajerado *quijotismo*, como regenerador y reformista, no se halla en esta parte, como en otras varias y muy principales que hemos señalado, á la altura que su decantada ilustracion y su cacareado progreso debieran elevarle.

Las mujeres de la época han perdido en prestigio lo que han ganado en vanidad.

Vamos á terminar este asunto.

Antes de concluir breves palabras.

Puesto que la sociedad os relega al olvido y os abandona á vuestras propias fuerzas, inspiraos en los innatos sentimientos de vuestro pudor y vuestra dignidad.

Caminad constantemente hácia el bien y cimentareis la base de vuestra dicha.

Siguiendo la senda del mal, labrareis inmediatamente la ruina del edificio de vuestra felicidad.

Teneis libre albedrío.

Teneis razon natural.

Teneis conocimiento de vuestros deberes.

Cumplid exactamente con ellos.

Y con la rectitud en el corazon, la fé en el espíritu y la despreocupacion en la inteligencia, buscad el amor, fuente universal de dulces emociones para el primero; la religion, bálsamo de todas las amarguras para el segundo, y el trabajo, escudo protector de las creencias para la tercera.

Y de este modo, con el aliento en el alma y el vigor en la materia, educareis á vuestros tiernos hijos encaminando sus pasos hácia un noble fin, y haciendo fructificar la celestial semilla de fé, de paz, de caridad y de amor, que el Hombre-Dios prodigó sobre la tierra, para labrar el bienestar temporal y la dicha eterna de los hombres.

Salomon, ateo en amor, é incrédulo á fuerza de desengaños en el poder del hombre para conquistar una posicion social, cuando no tiene otras bases que su virtud y su talento, comprendió que para obtenerla en su país era preciso recurrir á la política, á la adulacion ó á la mujer.

Refractario por carácter á la segunda y por conviccion á la tercera, resolvió consagrarse á la primera con empeño.

Efectivamente, la política es el sueño dorado de los hijos de este siglo.

Ante la voz de la patria, que simboliza el presupuesto, deben ahogarse todos los demás sentimientos y desaparecer ciertos escrúpulos.

Lo esencial es sentarse á la mesa del festin.

Sin el estómago repleto no es posible servir á ninguna causa, defender ningun principio, ni sustentar ninguna idea.

El elevado alcázar de la política, con la radiante luz de la empleomanía, es uno de los brillantes faros que alumbran con ilustrados resplandores las densas nebulosidades de otros tiempos.

Nuestro jóven filósofo, herido en las caras afecciones del amor, se dedicó, pues, á la política con toda la fuerza de su inteligencia y de su voluntad.

Revistióse de osadía, calidad primera, indis-

pensable para medrar en semejante terreno, y con su bien cortada pluma hizo en breve conocer y respetar su nombre desde las columnas de un periódico de oposicion.

Creóse una favorable atmósfera en torno suyo; su prestigio se propagó á provincias, y en las primeras elecciones consiguió ser elegido diputado por uno de los distritos de Extremadura.

En el Congreso crecia fabulosamente su reputacion.

Aprovechando una coyuntura favorable para sus ideas, pronunció un elocuente discurso, atacando uno de los actos del gobierno.

La mágia de su palabra y su poderosa entonacion arrebató á los diputados, ganando la mayoría de votos y haciendo fuese admitida una proposicion de censura al ministerio.

Este presentó su dimision.

Aceptada desde luego, el nombre de nuestro antiguo poeta circuló de boca en boca, señalándole la pública opinion como uno de los candidatos para el futuro gabinete.

El nombramiento del jóven, como ministro do Estado, vino á sancionar estos rumores.

El filósofo, en su nueva posicion, no se olvidó de su amigo, de aquel que en los dias de prueba habia compartido con él los disgustos y penalidades.

Gacetilla fué empleado, con carácter de agregado, en la legacion española cerca de la Santa Sede.

El amante de Aurora partió á la ciudad eterna decidido á aprovechar el tiempo para entregarse al trabajo con ahinco.

Un detalle de su buena voluntad.

En medio de sus ocupaciones tuvo lugar de dedicarse á intrigar para obtener un pingüe beneficio en favor de aquel tio, cuya despensa habia asaltado en críticas situaciones.

El poeta no olvidaba á la hija del doctor Simon.

Una sentida y constante correspondencia enlazaba aquellos corazones amantes á despecho del tiempo y la distancia.

Cuando terminó el plazo señalado para el luto de Aurora, Gacetilla recibió en Roma una carta de Salomon.

A la carta acompañaba un pliego concediéndole una licencia temporal por cuatro meses.

Gacetilla agradeció desde el fondo de su alma esta nueva muestra de amistad y de interés de su antiguo compañero.

Hizo al punto sus preparativos de viaje y regresó á la capital de España.

Abrazó á Salomon y se dirigió al palacio del marqués del Arenal.

Este no habia regresado aún del extranjero.

El poeta fué recibido con extraordinaria alegría por Aurora y con sincera satisfaccion por la marquesa viuda.

Esta presentó á Gacetilla una carta de su hijo.

Anunciaba un retraso de algun tiempo en su vuelta, felicitaba á los dos amigos por su merecida posicion, y recordando se hallaria próxima la union de los amantes, manifestaba su deseo de ser padrino de la boda, rogando á Salomon que le reemplazase en su nombre, toda vez que no le era posible asistir personalmente.

Gacetilla demostró su agradecimiento á la marquesa por las repetidas bondades de ella y de su hijo.

Al mes de la llegada del poeta, se celebró su enlace con la hija del doctor Simon.

La marquesa fué madrina, y Salomon padrino en nombre del marqués.

Aurora y Gacetilla recibieron magníficos regalos.

Salomon unió á estos el que preparaba á su amigo para la boda.

El nombramiento de secretario general del ministerio que estaba á su cargo.

El sol toca á su ocaso.

La naturaleza se cubre de sombras y parece prepararse al sueño.

Las flores inclinan sus cálices de oro y grana, saludando melancólicamente y como abatidas por el pesar los últimos rayos del sol poniente.

La luna asoma su plateada faz y mil vagas nubecillas, sonrosadas como los sueños de un niño, cruzan por el zénit, detallando apenas sus caprichosas formas en el azul espacio.

Por intervalos se escucha á lo lejos el continuo rumor de las olas, sonrisas de ese gigante de las aguas, que pugna en vano por ahogar el continente, estendiéndose sobre su superficie.

Bosques inmensos de copas de esmeralda se agitan suavemente produciendo un eco dulcísimo y desigual.

Y la brisa del mes de las flores, brisa de la primavera, esparce todos los sonidos, dilata todos los aromas y comunica vida á todo lo creado.

Y el sol al ocultar su frente, las flores al inclinar sus tallos, el astro de la noche al ostentar su nacarado rostro, el mar al agitar su vasto seno y la brisa al cimbrear las copas de los árboles, forman un conjunto poético y misterioso, un encanto indefinible y supremo, manifestacion de amor que exhala la naturaleza toda, adorando al gran Artífice, Señor de la creacion.. . . . . .

Algunos años habian pasado desde el casamiento de Aurora.

En el bellísimo lugar del que hemos dado un imperfecto bosquejo, se veia, á la dudosa claridad del crepúsculo, y á la inmediacion de una casita, blanca como las alas del cisne, un grupo de tres jóvenes y dos niños.

Aquella era la posesion que el doctor Simon habia comprado á su hija en sus buenos tiempos y donde Aurora viera deslizar feliz y tranquilamente los primeros años de su existencia.

Gacetilla, retirándose de las agitaciones de la vida pública, habia adquirido la deliciosa quinta, donde al lado de su esposa, cada dia más amante, se dedicaba por completo á la educacion de sus hijos, entregándose al sosiego y las dulzuras de la vida del campo y de familia.

A su regreso de Roma habia alcanzado grandes triunfos literarios que le proporcionaron abundante cosecha de láuros y dinero.

Cuando se vió con un capital suficiente para atender á sus obligaciones en medio de una existencia cómoda y modesta, compró la propiedad, que fuera, digámoslo así, la cuna de su esposa, y renunciando al destino que debia á la amistad de Salomon, se trasladó con aquella y con sus niños á la poética morada.

Muchos de los vecinos del pueblo, que recor-

daban á la hija del doctor y las excelentes prendas que á entrambos adornaban, se apresuraron á ofrecerla sus respetos y á manifestarla el placer con que la volvian á ver en aquel país.

Gacetilla, á pesar de estas muestras de afecto y consideracion, no quiso permanecer en un pueblo que tan tristes imágenes podia ofrecer á la mente de Aurora, con la memoria del crímen perpetrado por Chavalillo y Mata-suegras, y se retiró al ameno verjel, donde los presentamos por última vez á la vista de nuestros lectores.

El grupo que hemos señalado se componia, efectivamente, de Aurora, Gacetilla y sus dos hijos.

El otro indivíduo que le completaba, aunque no de la familia, se le consideraba como tal.

Era nuestro amigo Salomon.

Inútil nos parece decir que el filósofo habia dejado de ser ministro, en este país de los contínuos cambios de gobierno.

Pero disfrutaba de una brillante posicion en la córte, donde continuaba residiendo.

Solamente que todos los años hacia una visita á su antiguo compañero, quien le obligaba á prolongar su residencia por espacio de algunas semanas.

El filósofo, célibe contumaz, se hallaba dispuesto á no salir del gremio de solterones.

Pero la vida activa de la política y las luchas de los partidos, así como los trabajos de la tribuna y de la prensa, no bastaban á llenar las aspiraciones de su corazon.

Necesitaba encontrar una voz amiga que respondiese á sus sentimientos, una mano leal que estrechase con efusion la suya, sin interés y sin representar una muestra más de la farsa de que se hallaba rodeado.

En estos momentos su pensamiento volaba hácia el nido donde ocultaba su felicidad su buen amigo.

Poco tardaba en abandonarse á sus impulsos y se trasladaba á la magnífica posesion donde saturaba su alma, abrumada por la mefítica atmósfera social que respiraba en la córte, con el espectáculo del amor en los séres y en la naturaleza.

Aunque con las comodidades propias de su buena posicion y rodeado de halagos y consideraciones, los dias que pasaba al lado del poeta y su familia eran los más felices de la vida del filósofo ex-ministro.

No necesitamos decir que aquella amistad, sostenida en los dias de infortunio como en los de prosperidad, no llegó á entibiarse nunca.

Gacetilla y Salomon fueron dos casos raros de un afecto que en nuestra época ha llegado á ser inverosímil.

Sabemos por la carta del marqués del Arenal, que este habia aplazado indefinidamente su regreso del viaje que efectuara al extranjero.

La marquesa viuda, desde el casamiento de Aurora, á quien habia llegado á profesar el cariño de una madre, se hallaba sumida en una profunda melancolía, separada de la jóven y de aquel hijo que tan dignamente ostentaba sus blasones, heredando con su nombre sus virtudes.

Solamente encontraba alivio á su tristeza en la práctica constante de los actos filantrópicos que nunca abandonaba.

Además de sus protegidos, tenia á su cargo el cuidado de los del marqués durante la ausencia de este.

Las bendiciones de los desgraciados llevaban al alma de la excelente señora un lenitivo poderoso en medio de su amargura.

Por fin un dia recibió una carta de su hijo que la devolvió la esperanza y la alegría.

El marqués anunciaba su pronta vuelta y solicitaba de su madre autorizacion para presentarse á ella, unido con indisoluble lazo á la que habia elegido como compañera de su vida.

La marquesa mandó al punto su consentimiento, segura de que la eleccion de su hijo se habria fijado en una mujer digna por todos conceptos de llevar su nombre.

Pocas semanas despues se apeaba el marqués del Arenal á la puerta de su palacio, ofreciendo su brazo á una jóven rubia, elegante, de expresion simpática y de rostro encantador.

Aquella jóven era la baronesa de ***, oriunda de Alemania, descendiente de una familia ilustre, y más ilustre aún por su talento y sus virtudes.

El marqués habia atendido preferentemente á esta circunstancia para ofrecerla su corazon y su mano.

La ceremonia religiosa se habia verificado en París, saliendo los novios despues del casamiento con direccion á Madrid.

La marquesa recibió á su nueva hija con su habitual amabilidad, y no tardó mucho en felicitarse de contar á la baronesa en su familia.

Las nobles aspiraciones de su hijo encontraban eco inmediato en el corazon de la alemana, y ambos esposos continuaron las filantrópicas tareas que constituian la mayor satisfaccion para aquellos privilegiados séres.

Andando el tiempo, los frutos de aquella venturosa union, proporcionaron á los cónyuges y á la marquesa goces nuevos y desconocidos.

La digna abuela se encargó de la primera educacion moral de sus queridos nietos, enseñándolos á practicar el bien por solo el placer de

hacerlo, como segura y sólida base de su felicidad sobre la tierra.

Algunos meses despues de su casamiento, recibia el marqués del Arenal, por conducto del activo secretario que continuaba á su servicio, la noticia de la muerte de uno de esos desheredados sociales protegidos por su filantropía.

El fallecimiento habia tenido lugar en la casa de dementes del inmediato pueblo de Leganés.

El muerto era conocido en el mundo de los cuerdos bajo el nombre de el maestro Calleja.

Desde la fantástica vision que le habia llevado al paroxismo del delirio, perturbando su espíritu abatido y privándole de la razon completamente, el maestro de escuela habia caido en un estado de postracion física lastimosa, de cuya estúpida insensibilidad salia algunas veces para entregarse al ejercicio de su monomanía.

Persuadido cada vez más de que él, maestro hambriento é individuo semi-vegetal, era el Sancho Panza de la época, antojábasele ver en todos sus semejantes la triste figura de su don Quijote, del don Quijote de los siglos, alanceando las generaciones y las edades pasadas para vengar sus entuertos y desaguisados, y defendiéndose de

los tiros de las creencias y de las rancias preocupaciones, con el flamante escudo donde se ostentaba el arrogante lema de *Civilizacion*.

Pero el infeliz Calleja veia surgir al propio tiempo ante su vista extraviada las siniestras figuras que contemplara en su vision primitiva, y percibia distintamente aquel informe grupo de la mujer prostituta, el niño ciego, el proletario agobiado y el verdugo, que aunados en comun esfuerzo, trataban de borrar, oscurecer y manchar el preclaro lema del esforzado caballero.

Entonces Calleja creia que él, Sancho Panza de su tiempo, debia estorbar el intento de aquellos encantadores enemigos, y asiendo el primer lienzo ó pañuelo que se le venia á la mano, apresurábase á sacudir el polvo de cualquier prójimo que se le ponia por delante.

Pasados estos momentos de exaltacion, Calleja volvia á caer en su inmovilidad, y deslizábanse sus dias, abatiéndose por momentos aquella naturaleza tan combatida por toda clase de privaciones físicas y de sinsabores del espíritu.

La muerte, al fin, puso término á los padecimientos de aquel desventurado, excluyendo su nombre de una sociedad á la que debia su desgracia, lo mismo que su hija, Simon, Chavalillo y Mata-suegras.

El buen Salomon, en las varias épocas de su elevacion á las regiones del poder, trató de pagar al marqués del Arenal la deuda de gratitud que con él habia contraido.

Pero el noble filántropo rehusó con reconocimiento y verdadera modestia las consideraciones y honores con que le brindara el sincero aprecio del filósofo.

Unicamente, para demostrar á los dos jóvenes en cuánto estimaba su amistad, consintió algunos veranos en acompañar á Salomon en sus periódicas escursiones á la quinta donde residia Gacetilla.

La familia del marqués solia entonces acompañarle, y aquella agrupacion de nobles séres, ligados mútuamente por los lazos del cariño, de la amistad y del amor, veia deslizarse algunos dias serenos y apacibles, apartados del contínuo combate de las pasiones y de las luchas sociales, y aspirando aquella plácida calma que alentaba sus espíritus para sobrellevar con ánimo levantado las borrascas de la vida.

La curiosidad de nuestros lectores, respecto al destino de los personajes de esta historia, queda satisfecha.

No nos jactamos, sin embargo, de haber desarrollado cumplidamente el pensamiento filosófico-social de nuestra obra.

Los estrechos límites á que, por otra parte, nos vemos reducidos, obligándonos á circunscribir este trabajo á una pequeña esfera de accion, han cortado muchas veces el vuelo de nuestra fantasía.

Hemos señalado algunos de los defectos capitales que se detallan como puntos negros en la pretenciosa figura del siglo de las luces.

Reconociendo sus adelantos en la senda del progreso, hácia el camino de la perfectibilidad humana, no podemos menos de insistir en nuestro propósito de inducir á los que pueden hacerlo, á que trabajen para conseguir la total desaparicion de esas sombrías figuras que oscurecen el explendente emblema de cultura, tanto más, cuanto mayores son los vociferados alardes con que se presenta el siglo actual como EL QUIJOTE DE LOS SIGLOS.

Espíritu civilizador en los códigos; proteccion para el trabajo; educacion para el pueblo; recompensa justa á los encargados de ilustrarle, y dignidad y amparo á la mujer.

Tales son las principales hazañas á cuya realizacion debe aspirar el andante caballero, por las escabrosas sinuosidades y vericuetos sociales,

para ostentar con justicia el lema que le señala como el noble paladin de la verdad, en el palenque de los tiempos.

Que las generaciones venideras recojan ese escudo, donde brille en toda su pureza el esplendente lema de la civilizacion.

Es llegada la hora de avanzar.

No retrocedamos en el camino del bien por nada ni por nadie.

FIN.

INDICE.

CATÁLOGO

de las obras que se hallan de venta en la casa editorial de Luis de Diego, calle del Conde de Miranda, núm. 3, tercero, y se remiten á provincias francas de porte.

Arte de tocar la guitarra por cifra y sin necesidad de maestro: un tomo en 8.º, 5 rs.

Atlas geográfico universal, con 18 mapas, aumentado con las vias férreas y carreteras construidas hasta hoy dia, para uso de las escuelas: un tomo en 4.º encuadernado en tela, 14 rs.

Baraja de los enamorados y tertulias, única en su género; sirve para toda clase de juegos y de naipes, con preguntas y respuestas: 5 rs.

Biblioteca de la risa, cuentos de Boccacio: consta de 4 tomos en 8.º, 16 rs.

Caza con escopeta y perros: un tomo en 8.º con grabados, 7 rs.

Caza de montería ó arte de buscar, perseguir y matar la caza mayor, etc: un tomo en 8.º 7 rs.

Caza de pájaros, ó arte de cazarlos con toda clase de redes, ligas, reclamos, lazos, etc.: un tomo en 8.º, 7 reales.

Dante, la Divina comedia, nueva y célebre traduccion, por J. Sanchez y Morales: un tomo en 8.º mayor, 10 reales.

Dos pillos, memorias de una duquesa, novela interesante, por D. Ramon Ortega y Frias: un tomo en 8.º, 5 rs.

El arte de cazar, en prosa y verso, dispuesto en cuartetas y quintillas para la mejor explicacion de sus reglas, por D. Juan María J. P. Gomez y Arjona, ilustrado con grabados: un tomo, 5 rs.

El garbanzo, cuadros históricos de costumbres, tomados al natural, por Eduardo de Palacio, y precedidos

de una explicacion catálogo de D. Enrique Perez Escrich: un tomo en 8.° mayor, 5 rs.

El hazmereir, coleccion de cuentos, anécdotas, gracias, chistes, epigramas, chascarrillos, dichos agudos, etcétera, etc., por Lustonó: un tomo con 33 grabados, 4 reales.

El hombre segun la ciencia, su pasado, su presente, su porvenir, ó sea ¿de dónde venimos? ¿quiénes somos? ¿á donde vamos? exposicion seguida de gran número de aclaraciones y notas científicas é ilustrada con 36 grabados, por el doctor Luis Büchner y traducida por R. B. Moraton: un tomo en 4.°, 18 rs.

El libro negro ó la magia; las ciencias ocultas con secretos admirables, sacados de los más célebres autores cabalísticos, tanto antiguos como modernos, con grabados: un tomo en 8.°, 10 rs.

El libro verde, coleccion de poesías satíricas y de discursos festivos (parte de ellos inéditos), por D. Francisco de Quevedo, poeta de cuatro ojos, hijo de sus obras, padrastro de las agenas, señor que fué de este valle de lágrimas y cofrade de la carcajada y de la risa, segunda edicion corregida y aumentada por el colector de la primera D. Eduardo de Lustonó, é ilustrada por Perea: un tomo en 8.° mayor grueso, 12 rs.

El Oráculo, ó sea libro de los destinos, el cual fue propiedad exclusiva del emperador Napoleon I, con un mapa de preguntas: un tomo en 4.°, 10 rs.

El Padre Ginés (Memorias del tiempo de Felipe II), por D. Ramon Ortega y Frias: un tomo en 8.°, 5 rs.

Escopeta y demás pertrechos del cazador, ó arte de tirar á toda clase de caza, etc.: un tomo en 8.°, 5 rs.

Extravíos secretos ú onanismo solitario (masturbacion) en el hombre, en la mujer. Estudio extractado de Begrim, Bertram, Campe, Celso Fournier, Gottliebwogel, Grimaud de Caux, Lomnius, Sthelin, Salmuth, Tisson, Van-Swieten, Willaume, Zimmermann, Mata, Ginez y especialmente de Deslandes, por Amancio Peratoner: un tomo en 8.° mayor, 14 rs.

Guia médica del matrimonio, é instrucciones para asegurar su objeto moral, sus placeres legítimos, y para evitar y remover sus dificultades físicas; acompañadas de direcciones personales de importancia vital, dedi-

cadas á los casados y solteros de ambos sexos, escrita en inglés, por el doctor J. L. Curtis, y traducida al castellano por D. G. A. Cueva, quinta edicion: un tomo, 8 rs.

Historia natural del hombre y de la mujer, desde su aparicion en el globo terrestre hasta nuestros dias; seguida de la historia de las monstruosidades humanas, por Debay: un tomo en 4.º menor con bellísimas láminas de D. Eusebio Planas, 16 rs.

Jerusalem libertada, poema en 20 cantos, por Tasso. Esta obra consta de 2 tomos adornados con 21 láminas, 16 rs.

La dama de las Camelias, novela escrita en francés, por A. Dumas (hijo), y traducida al castellano por Manuel Aranda y Sanjuan: un tomo en 8.º, 5 rs.

La piel de Zapa, por H. de Balzac, version de D. Ramon Ortega y Frias: 2 tomos en 8.º, 10 rs.

Los secretos de la generacion ó el arte de engendrar niños ó niñas, segun se quiera, y de tener hijos dotados de talento, hermosos y robustos, precedidos de la descripcion de las partes del hombre y de la mujer, con la indicacion del uso particular de cada una de ellas, y terminando con la exposicion de los medios más adecuados para conservar la potencia amorosa hasta una edad muy avanzada, por M. J. Morel de Rubempre, doctor en medicina en la facultad de Paris, miembro de muchas sociedades sábias, etc; traducida de la 107 edicion francesa, por Joaquin Bordoy: un tomo en 8.º, 14 rs.

M. de Kinglin ó el pacto con el demonio, *Las costumbres*, *Una palabra sobre Paris*, y *Metusko ó la independencia de Polonia*: estas cuatro preciosas novelas del célebre Pigault Lebrum, traducidas al castellano, forman un elegante tomo en 8.º mayor, 5 rs.

Manual de estilo epistolar ó novísimo secretario universal. Modelo de cartas familiares, de felicitacion, de pésame, suplicatorias, de recomendacion, amorosas, comerciales, billetes de convite y despedida, etc., etc., y formulario de documentos de uso frecuente, como solicitudes, recibos, pagares, oficios, contratos, etc., etc., por D. Baldomero Mediano y Ruiz: un tomo con 256 páginas, edicion de 1875, 5 rs.

Manual de barnices y charoles, de economía doméstica, y coleccion de recetas de todos géneros y de todas materias: un tomo, 7 rs.

Obras poéticas completas de Espronceda, precedidas de un prólogo por D. José García de Villalta; de la biografía del autor, por D. Antonio Ferrer del Rio, y adornadas con su retrato, 1876: un tomo en 8.° mayor, 14 rs.

Perros de caza y caballos, ó arte de conocer las razas de los perros, eleccion de los de caza, etc.: un tomo en 8.° con grabados, 4 rs.

Un año entre los salvajes, viajes y aventuras del doctor Smith, por D. Ramon Ortega y Frias: un tomo en 8.°, 5 rs.

Venus retozona, ramillete picaresco de poesías festivas (finalizando con *El delirio* de Espronceda): un tomo, 5 reales.

OBRAS DE VARIOS AUTORES.

OBRAS DEL CAPITAN MAYNE-REID.

ILUSTRADAS CON GRABADOS.

El precio de cada obra será el de 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

VAN PUBLICADAS:

¡En el Mar!
William el Grumete.
La Granja del Desierto.
Los Jóvenes Boers.
Los Cazadores de Girafas (segunda parte de los Jóvenes Boers).
Bruin ó los Cazadores de Osos.
Los cazadores de Plantas.
Los Trepadores de Rocas (segunda parte de los Cazadores de Plantas).
Los desterrados en la Selva.
Veladas de Caza.
La Cazadora Salvaje.

Los Hijos del Capitan Grant en la América del Sur, 3 rs.
Los Hijos del Capitan Grant en la Australia, 4 rs.
Los Hijos del Capitan Grant en el Océano Pacífico, 4 rs.
De la Tierra á la Luna, 3 rs.
Alrededor de la Luna (segunda parte de la Tierra á la Luna), 5 rs.
Un Descubrimiento prodigioso, 2 rs.
Veinte mil leguas de Viaje Submarino (primera parte del Atlántico al Pacífico), 4 rs.
Segunda parte de Veinte mil leguas de Viaje Submarino, del Pacífico al Atlántico, ilustrada con mayor número de láminas y páginas, 5 rs.
Una ciudad flotante, 3 rs.
De Glasgow á Charleston, 2 rs.
Aventuras de Tres Rusos y de Tres Ingleses en el Africa Austral, 4 rs.
Un capricho del doctor Ox, 3 rs.
La Vuelta al Mundo en ochenta dias, 5 rs.
Una invernada entre los hielos (El Capitan Cornbute), 2 reales.
Maese Zacarías.—Un drama en los Aires.—Estas dos novelitas encuadernadas bajo una cubierta cuestan 2 rs.
La Isla Misteriosa, tres partes, 15 rs.
En provincias se aumenta un real por razon de portes, en cada cuaderno.

ADVERTENCIA.

Los pedidos se sirven á correo vuelto, siempre que á los mismos acompañe su importe, más dos reales para el certificado, segun órden de la Direccion de Correos que rige desde 1.° de Julio de 1874. Tambien se sirven cuantos encargos se hagan á la casa de otras obras, siempre que al hacerlos acompañen su importe en letras ó libranzas del giro mútuo. Se previene que en los pedidos exista la mayor claridad, tanto en los títulos como en los años de las ediciones y tomos de estas, pues no se admiten devoluciones por faltas que no dependan de la casa.

s de lo

pun
el Gi

ccion
s agra
ditos
Bolas
06 pág

materi
dos
har l
verda
alado
l.

EPOC
para
s arte
e repr
fa mi
estu

tras,
Mé-
mar-
for-
tra-
ota